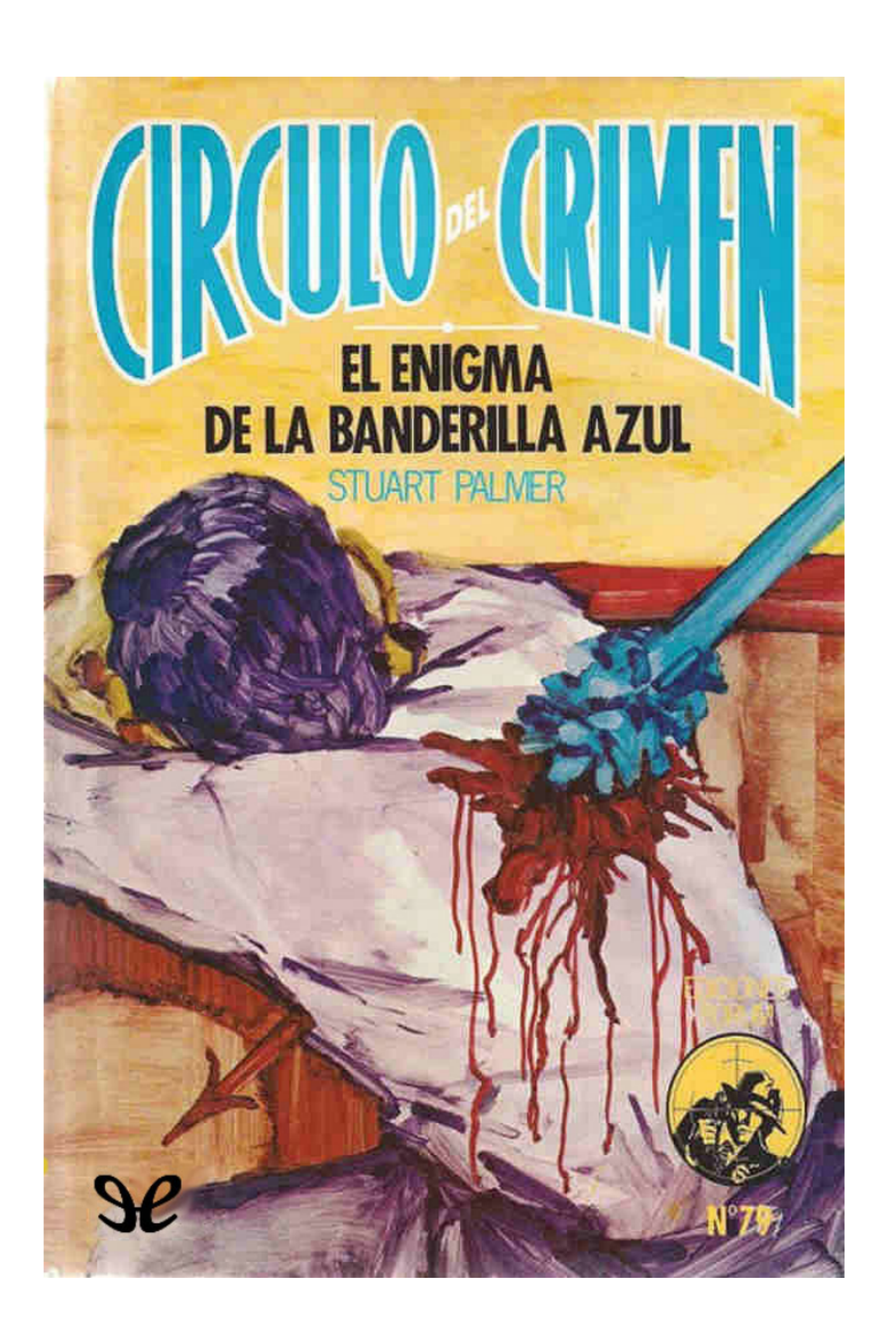

CIRCULO DEL CRIMEN
EL ENIGMA
DE LA BANDERILLA AZUL
STUART PALMER
Nº 79

Un grupo de norteamericanos, entre los que se encuentra un senador y su esposa, así como un inspector de la policía de Nueva York, van a disfrutar de unas breves vacaciones, en México, invitados por el Gobierno. Comienzan a sucederse una serie de incidentes que hacen pensar que alguien desea atentar contra la vida de la esposa del senador. Los incidentes culminan con la muerte de un «gigoló» en la plaza de toros de México, al cual le clavan en la espalda una banderilla azul. Todo vuelve a indicar que se buscaba acabar con la mujer del senador, pero «miss» Hildegarde Withers, una estrafalaria y aguda detective «amateur», no se dejará engañar por las apariencias.



Stuart Palmer

El enigma de la banderilla azul

Hildegarde Withers - 7

Círculo del Crimen - 79

ePub r1.1

castel15 19.11.2018

Título original: *The Puzzle of the Blue Banderilla*
Stuart Palmer, 1937
Traducción: Manuel Giménez Sales
Ilustraciones: Miguel Ángel Pratico

Editor digital: castel15
ePub base r2.0





Índice de contenido

Reparto

Hildegarde Withers: Maestra.

Oscar Piper: Inspector de Homicidios de Nueva York.

Francis X. Mabie: Senador demócrata.

Adele: Su mujer.

Dulcie Prothero: Ex doncella de Adele.

Rollo Lighton: Periodista mexicano.

Al Hansen: Turista norteamericano.

Julio Méndez: Simpático mexicano.

Mike Fitz: Experto en negocios sucios.

Marcus Ippwing: Turista norteamericano.

De Silva: Capitán de la Policía mexicana.

Robert Schultz: Torero norteamericano.

Manuel Robles: Empleado de aduana mexicana.

I

UN diminuto y excitado terrier contestó a la llamada del timbre y, arañando el encerado suelo, dio varias vueltas con el pelo erizado. Husmeó luego por la rendija debajo de la puerta, gruñó amenazadoramente y ladró. El timbre volvió a sonar y el terrier, tras unas cuantas vueltas más por el apartamento, fue a arañar la puerta del cuarto de baño, atronando a casa con su alboroto.

Dentro del baño, su ama cerró el grifo del agua fría.

—¡Quieto, *Dempsey*! ¿Quieres callar?

Era el día más caluroso del más cálido verano que Manhattan había sufrido en muchos años y *Miss* Hildegarde Withers, habiendo desistido de su resolución de no desperdiciar sus vacaciones asistiendo al cursillo veraniego de la Columbia, había dejado, de manera vergonzosa, de asistir a las clases.

Junto a la bañera había una silla sobre la cual descansaba una taza de té helado al lado de un montón de libros de texto sobre criminología, penología y sociología, y un abanico de hojas de palma. Pero la angulosa maestra se había abismado en la lectura del último ejemplar de la revista *Crímenes auténticos*.

Dejando de lado «La maldad de Johnson», se apresuró a ponerse una discreta prenda sobre su harto exigua figura y corrió a contestar a la llamada. *Dempsey* empezó a dar vueltas en torno a los pies de su ama, calzados con zapatillas.

El joven, de uniforme azul, retrocedió un paso al abrirse la puerta.

—No se asuste del perro —le tranquilizó *Miss* Withers—. Su madre una vez asustó a un chico de Correos, y éste lo intenta desde entonces.

Dempsey movió la cola, abatió la cabeza y abrió sus poderosas mandíbulas en una especie de carcajada silenciosa.

Su ama firmó el resguardo, empujó al perro hacia dentro, y cerró la puerta con firmeza. Luego leyó el siguiente telegrama:

> *Querría una dama de gusto y recursos ocuparse de un perfume llamado «Elixir d'Amour» vendido en una cadena de Drugstores. Interesa urgente respuesta. Tren cuarenta Ferrocarriles Mexicanos Nacionales en ruta Laredo México.*
>
> OSCAR PIPER

Miss Withers lo releyó tres veces, con creciente aprensión y extrañeza. En los últimos cinco o seis años había adoptado la costumbre de intervenir regularmente en la mayoría de los casos de asesinato de la División de Homicidios de la Policía de Nueva York. En varias ocasiones su ayuda había sido solicitada, aunque gruñonamente, por el duro y hosco irlandés de Centre Street. El inspector Oscar Piper era, posiblemente, su mejor amigo. Y ciertamente, ella era su más acerbo crítico. Pero jamás había esperado ser requerida para un asunto de esta clase.

—¡Ya sabía que algo le ocurriría a ese individuo aliándose con esos demócratas! —le dijo *Miss* Withers a *Dempsey*—. ¡Y todo, con la excusa de inaugurar una carretera internacional!

Se vistió de prisa, sin hacer caso de las lamentaciones del perrito que en vano la acompañó hasta la puerta, presentándole su correa y su bozal, y salió del apartamento. Murmuró para sí: «¡Elixir d'Amour!» —soltó un bufido—. ¡Oscar va detrás de algo interesante!

De lo único que el inspector iba detrás era de intentar obtener repóquer. Cuatro hombres habían estado tratando de olvidar el calor, el polvo y el cegador sol del sur de Texas, jugando a cartas en uno de los departamentos centrales de un «Pullman», con las cartas y las fichas colocadas sobre la mesita plegable de la ventanilla.

Y entonces el interventor, un «mestizo» de cara de calabaza, de acercó al grupo.

—¡Señores, no está permitido! —exclamó en una mescolanza de

inglés y español. Sus palabras y el acento eran de disculpa, mas en sus ojillos chispeó la íntima satisfacción.

—No pasa nada —le dijeron—. Somos honorables invitados de la República.

—No está permitido —repitió el interventor, meneando la cabeza.

Cuando se hubo marchado, los cuatro jugadores se miraron entre sí. Luego tres se volvieron hacia su otro compañero, una persona de aspecto cadavérico, con una barbilla azulada, que al inspector le recordaba a uno de los enormes buitres que habían estado planeando sobre el tren desde la salida de Laredo quince minutos antes.

Se había presentado como Rollo Lighton, periodista de México. «El periodista» había dicho. Enviado para redactar las crónicas de las ceremonias relativas a la inauguración de la línea «Panamericana».

—Bueno —exclamó Lighton—, por lo visto el presidente ha firmado un edicto prohibiendo el juego en los trenes. Nos hallamos ya sobre Río Grande…

¡Conque aquella corriente de fango había sido el Río Grande! En aquel preciso momento, el tren se detuvo en medio de la soledad, con un brusco frenazo. Una pila de fichas blancas cayó sobre el regazo del inspector, que estaba sentado junto a la ventanilla, abanicándose con un sombrero de paja.

—¡Cáscaras! —exclamó disgustado tan distinguido personaje.

El hombrecito que permanecía a su lado se agachó para recoger las fichas. Llevaba un traje negro, reluciente, y un sombrero «Stetson» digno de figurar en un rodeo. En sus labios flotaba una inocente sonrisa.

—Hay que vigilar a ese Hansen, compañero —le advirtió Rollo Lighton al inspector—. He oído decir que el dinero y las fichas siempre se quedan en sus manos.

Hansen le dirigió una amplia sonrisa por debajo del sombrero.

—Sólo las fichas azules, amigo —empujó las fichas rescatadas hacia su dueño—. Hemos parado por las aduanas —explicó entonces—. Mientras examinan el equipaje, tal vez podríamos irnos a su coche salón particular, ¿no?

Se dirigía al senador, Francis X. Mabie, líder por el distrito de

Manhattan (y deseoso de hallarse en su distrito en aquellos momentos). Mabie dejó entrever una sonrisita profesional.

—Ya veremos —prometió con el mismo tono con que prometía un número bajo de licencia, o no hacer caso de una multa—. Si mi esposa no tiene que oponerse…

Cruzó las manos delante de su rechoncha fachada. El senador Mabie llevaba con suma dignidad lo que los chinos denominan la «curva de la felicidad».

—A su nueva esposa no le gusta el póquer, ¿verdad? —le preguntó el inspector.

—No es eso, sino que acusa el calor —replicó Mabie.

Todos acusaban el calor. Durante tres días habían estado como encajonados en Laredo con un enjambre de turistas, sumergidos en un hervidero de bandas de música y oratoria, cociéndose en un homo de aire caliente.

Ahora que el presidente de México y el vicepresidente de Estados Unidos habían colaborado en el corte final de la cinta tendida a través del Puente Internacional, las ceremonias habían concluido. No quedaba ya nada salvo el viaje a la capital de México como invitados de la república sureña. La mayor parte de los capitanes y reyes habían partido por la nueva carretera, formando una cabalgata de coches, pero unos cuantos dignatarios pesimistas habían oído decir que el agradable y antiguo valle de Monterrey se estaba cociendo a una temperatura de 115 grados F., y que ciertos moteles de los distintos pueblecitos a lo largo de la nueva ruta tenían mosquitos tan grandes como cucarachas y moscardones como ratones. También decían que la carretera, durante un trayecto de ciento treinta kilómetros, desde Tamuzunchale hasta las cimas de la Sierra Madre, todavía estaba sin pavimentar.

Las almas menos aventureras habían escogido el más prosaico de los medios de transporte, el ferrocarril, con sus altamente recomendables «climas artificiales». Pero el sistema de refrigeración no servía casi en absoluto para hacer descender la temperatura dentro de los vagones, ni la vista de los almacenes y depósitos de la estación de Nueva Laredo podía inspirar a nadie.

—Estos muchachos de la aduana se entretienen demasiado con este tren —observó Hansen, consultando un enorme reloj de oro.

—Además, se supone que estamos provistos de la inmunidad

diplomática, ¿no? —preguntó el senador Mabie.

Lighton se rascó la barbilla con una uña excesivamente curvada.

—Éste es igual que otro tren cualquiera —observó—. Usted debía de haberse ido con la cabalgata de coches si deseaba vítores y aclamaciones. Por otra parte, no se inquiete por los aduaneros. Con mi…

—No me hable de las aduanas —le interrumpió Al Hansen, colocándose el «Stetson» sobre un ojo—. Una vez los chicos de las aduanas me atravesaron el pellejo con tres balas. Total, porque estaba intentando entregar unos artículos a un cliente mío al sur del río.

—¿Qué clase de artículos? —quiso saber el senador, para llenar la pausa.

—Ametralladoras para Pancho Villa —contestó Hansen—. Fue en la primavera de 1913, y había camuflado las ametralladoras en cajones de cerveza, pero me olvidé de humedecer las tapas de los cajones y…

—Estoy demasiado seco para seguir escuchando —le atajó el senador—. Me tomaría de buena gana una cerveza mexicana, de la que tanto he oído hablar. Pero por lo visto, no sirve de nada tocar el timbre…

No servía de nada. En algún lugar del vagón estaba sonando otro timbre.

—¡Portero! —gritó Lighton, roncamente. No se presentó nadie.

—¡Interventor! —gritó Hansen, más al corriente de las denominaciones en español. A lo largo del pasillo, un bebé comenzó a berrear rítmicamente, y la pareja de Peoria, ya entrada en años, que llevaba unos sombreros habaneros, se despertó y miró en torno, esperanzadamente, en busca de bandidos.

Se abrió una puerta, volvió a cerrarse, y a continuación el interventor pasó junto a los cuatro hombres, al trote. Su rostro indio estaba tan impasible como siempre, pero parecía tener cierta dificultad al hablar. Al pasar musitó unas palabras en español por encima del hombro y desapareció por la parte delantera del vagón.

Rollo Lighton dejó caer la mandíbula, abriendo la boca, y enseñando dos hileras de dientes amarillentos.

—Ha dicho… algo respecto a la dama del saloncito —jadeó.

—Algo que me sonó a muerte —agregó Hansen—. Sé muy poco

de español, pero sí sé que…

Todos trataron de ponerse de pie al unísono, luchando para despegarse de los húmedos asientos. De modo extraño, quien llegó primero al pasillo fue el irlandés que estaba sentado junto a la ventanilla, pareciendo ganar en estatura a medida que se abría paso a codazos por entre los demás. El sombrero de paja se quedó olvidado sobre el asiento cuando Oscar Piper, el veterano inspector de la Brigada de Homicidios de la Policía de Nueva York, galopó hacia delante como el caballo de un antiguo coche de bomberos, excitado por el tañido de la campana.

Hasta aquel momento su participación en la delegación demócrata de Nueva York había sido bastante pesada e insoportable, mas ahora, si la palabra «muerte» significaba lo que pensaba…

Piper recorrió el pasillo en toda su extensión, hasta llegar a la puerta señalada como Salón A, la que abrió volviendo a cerrarla a sus espaldas para obstruir el paso a los demás. Husmeó con la nariz, frunciendo el ceño.

—¡Que no entre nadie! —ordenó—. ¡Despejen!

Sus ojos verdes, profesionalmente adiestrados para observarlo todo de una ojeada, recorrieron el saloncito «Pullman», con una precisión que más adelante podría capacitarle para describirlo claramente bajo juramento en el estrado de los testigos.

Era una pequeña estancia, atiborra da de equipaje con profusión de etiquetas, una estancia con dos cuerpos en e suelo…

El hombre vestía el uniforme gris de los aduaneros de la república. Su afilada cara mostraba ahora un color ceniciento, y se hallaba mirando al techo con unos ojos muy abiertos e inyectados en sangre. Parecía compasivamente cómico… como una marioneta caída a suelo y arrumbada a un lado.

Piper se arrodilló a su lado y en su entrecejo se dibujó una profunda arruga.

—¡Muerto! —exclamó en voz baja.

Movió ligeramente el cadáver de donde estaba tendido, casi encima de un maletín abierto, un maletín que dejaba al descubierto frascos con reflejos plateados, y el destello de botellas de cristal… Por un momento, el inspector se volvió de espaldas a la asustada e inquisitiva gente que se agolpaba en la rendija de la puerta.

—¡Adele! —gritó el senador—. ¡Adele!

Oscar Piper se inclinó sobre la mujer que estaba tendida entre dos asientos, como colgando por efecto de una explosión. Era una joven muy bella, tal vez de treinta años. Era una mujer increíblemente suave, aunque pesaba bastante en los brazos del inspector.

—¡Échenme una mano! —gritó perentorio. Hubo un instante de vacilación, y Francis Mabie, saltando por encima del cuerpo del aduanero, cogió a su esposa por las piernas enfundadas en nylon.

La sacaron del saloncito, dejándola en un asiento del «Pullman». Piper apartó a los curiosos.

—¿Podemos hacer algo por ella? —sollozó Mabie.

El inspector lo estaba haciendo ya. Su método de primera ayuda resultó tan eficaz que Adele Mabie se hallaba ya sentada, erguida, cuando el interventor volvió a recorrer el pasillo, seguido por los oficiales del tren, otros aduaneros, y un individuo calvo con una perilla, que olía a tequila y llevaba un maletín negro.

El grupo se alejó por el pasillo, y desapareció por la puerta del saloncito.

—Creo… creo que me desmayé —tartamudeó Adele Mabie, penosamente.

—No hables, Adele. No debes…

La mano del inspector apretaba el bolsillo de su chaqueta. Era un viejo amigo, e incluso había estado invitado al casamiento de Adele, sin embargo ella ahora apenas le reconoció.

—Sería mejor que hablase —le susurró al oído—. ¿Qué ha sucedido ahí dentro?

—¡Ahora no, inspector! —rugió Mabie, furioso.

—Será mejor que conteste —se obstinó Piper—. ¿Bien?

—¡No lo sé! —chilló la joven. A pesar de su estado, sus dedos, de manera automática, alisaron y enderezaron los mechones de su revuelto cabello—. ¡No sé qué ha sucedido! El aduanero…

—¿Le conoce? ¿Lo haba visto antes? —exigió Piper.

—Claro que no —negó ella—. ¡Pero fue muy amable! Apenas registró mi equipaje, y no dijo nada de los tres cartones de cigarrillos que llevo. Se limitó a sonreír y hasta hizo un chiste en su idioma, según creo… Y entonces… —se estremeció—. ¡No me acuerdo!

Los demás estaban agrupados a su alrededor. Lighton se sentía tan curioso como un ave de rapiña, y también estaba allí el corpulento Hansen, con los ojos tan abiertos como los de un chiquillo. Más atrás había otros pasajeros del vagón, la vieja pareja de Peoria, la familia americano-mexicana con sus tres niños gordinflones, las dos sonrientes señoritas de amplias caderas, y un caballero español, de cierta edad, con grandes bigotes y un bastón con puño de oro.

El inspector frunció el ceño, y con súbita decisión cogió a la joven por un brazo, indicándole con el gesto al esposo a cogerla por el otro.

—Salgamos a la plataforma posterior —decidió—. El aire le sentará bien.

La puerta resonó a sus espaldas.

—Y ahora, por favor, sea sincera conmigo, señora Mabie —le suplicó.

—¡Óigame! —exclamó el senador, encolerizado—. ¡Olvida que no está en Nueva York, inspector!

—Ni usted tampoco, y no tardará en darse cuenta —replicó Piper—. ¿Bien, señora Mabie?

La mujer se reclinó sobre el pecho de su marido.

—No… no tengo nada que declarar —repuso en voz baja—. Nada.

—¿No puede decirme por qué ese pobre diablo estaba asiendo esto en su mano cuando lo encontré? ¿Sin el tapón? —el policía exhibió un pequeño frasquito de color ámbar, como un hexágono aplastado. En letras verdes podía leerse en el mismo: «Elixir d'Amour», y en caracteres más pequeños: «Envasado por las farmacias Longacre Square, N.Y.C.».

La señora Mabie movió tristemente la cabeza, como una muñeca de trapo.

—¿No encuentra raro que una persona destape uno de sus frascos de perfume y caiga muerto en el acto? ¿Y usted casi le siga al otro barrio?

—Sinceramente, inspector… Tengo dolor de cabeza y…

—Todos tendremos dolor de cabeza antes de que concluya este asunto. Y si usted no quiere ayudarme, y no permite que yo la

ayude…

—Es como una pesadilla —susurró la joven—. Una pesadilla, de la que despertaré dentro de un instante —movió la cabeza como para despejar su cerebro—. En realidad —continuó como un niño que habla con una persona sorda—, este frasco no es mío.

—Sí, los duendes lo pusieron dentro de su equipaje.

—¡No lo he visto en mi vida! —insistió Adele Mabie—. Solamente uso «Esencia de Markoff», a cuarenta dólares la onza. ¿Por qué se imagina que yo puse una droga…?

—No hablé de ninguna droga, pero ahora iré más lejos. ¡Se trata de veneno! —le espetó el inspector.

—¿Un veneno en el frasco de perfume de otra persona, para asesinar a un inofensivo aduanero mexicano, al que no había visto en mi vida?

—¡Bien dicho! —aprobó el senador con más aplomo en la voz—. ¿Por qué tenía que asesinar mi esposa a un aduanero o hacer con él un pacto de suicidio? Busque entre los aduaneros y no…

—Está bien, está bien —gruñó el inspector—. Estamos de acuerdo en que fueron los duendes. Mas será una defensa muy pobre ante el tribunal.

—¿El tribunal? —repitió la mujer, débilmente.

—Sí, cuando se vea usted acusada de homicidio en segundo grado, o negligencia criminal, o lo que sea.

Adele Mabie dejó escapar un grito.

—¡Se ha desmayado! —rugió el senador, tratando de impedir que el inanimado cuerpo de su esposa resbalase hacia el piso de la plataforma.

El inspector Oscar Piper abrió la portezuela para permitir el paso a dos camilleros con su fúnebre carga, tapada con una sábana.

—¡Diantre! —exclamó el inspector—. Hubiera podido hacer algo por ella, y se desmaya. Ahora sólo cabe esperar que la señora Mabie no vuelva en sí en una cárcel mexicana.

—¡Pero no se trata de su frasco de perfume! —jadeó el senador —. ¡No pueden detenerla! ¡Le aseguro, inspector, que mi mujer tiene que ver tanto en este asunto como yo!

—Uh… uh… —murmuró el inspector. Cuando el tren, finalmente, se detuvo en la estación de Nueva Laredo, el inspector bajó a redactar un telegrama.

2

EL inspector permanecía en el andén en medio de un tropel de mozos de equipajes, vendedores de bebidas carbónicas, piñas tropicales, chicles y cigarrillos. Reinaba una intensa actividad por todas partes, pero no había indicios de la Policía que había esperado.

Los oficiales del tren saltaron de un vagón, y eso fue todo.

Oscar Piper se enfrentaba con un lindo problema de ética. Si hablaba respecto al frasco de perfume que tenía en el bolsillo, frasco que había derramado casi todo su contenido dulzón sobre el suelo del saloncito del tren, la esposa de su amigo Francis Mabie se vería mezclada en un gran escándalo y con toda seguridad arrestada.

El inspector formaba parte del grupo gracias al senador Mabie. Necesitaba unas vacaciones, ya que en diez años sólo había realizado un vuelo a Santa Catalina, durante el curso de una investigación. Desde la edad de veintiún años, Oscar Piper había votado por los demócratas, por lo que le llamaban el «polizonte Tammany», aunque siempre había tenido a gala asegurar que el uniforme estaba antes que sus simpatías políticas.

Haba sido, pues, una especie de recompensa, conseguida por el senador, poder agregarse al grupo. Naturalmente, los miembros de la delegación de Nueva York habían aprobado la idea, pensando que no sería mala cosa llevar en el grupo a un inspector de Policía, alguien que, por sus muchos años de experiencia, sabía que los radicales mal aconsejados eran capaces de arrojar una bomba en medio de las ceremonias de apertura del Puente Internacional. Ahora sus vagos deberes oficiales habían terminado, y sólo le restaba por delante el viaje a la capital mexicana, que siempre había anhelado visitar. No le quedaba nada… salvo que la reciente y atractiva esposa del senador acababa de mezclarse en un

homicidio.

Su lealtad estaba al lado del senador. Y sin embargo, Oscar Piper sentía un profundo disgusto hacia la gente que actuaba descuidadamente con los frasquitos de veneno. Naturalmente, cianuro potásico. Era el único producto, con aquel olor clásico a almendras amargas, que podía matar en el acto. Los vapores habían invadido el saloncito… siendo los responsables del colapso de la joven.

Pero ésta negaba que el frasco le perteneciese. Negaba haber poseído nunca la redoma. Bien, éste era un asunto puramente femenino. El telegrama le ayudaría a dilucidar aquel extremo.

El jefe del vagón «Pullman», con cara de calabaza, apareció a su lado y le mostró su reloj niquelado, avisándole:

—Sólo cinco minutos, señor.

—Entonces, ¿no piensa retener el tren? —Preguntó Piper, sobresaltado.

—Ah, no, señor. No podemos detener a un expreso en una estación sólo porque un aduanero ha sufrido un ataque cardíaco. Cierto, es muy triste, pero otros tienen deberes que atender.

—¿Ataque cardíaco, eh? —Asintió Piper. Evidentemente, el doctor local no estaba familiarizado con lo que se llama «el acre olor de las almendras amargas».

La locomotora hizo sonar su silbato por dos veces. Inmediatamente, el andén se convirtió en un galimatías, trepando la gente a los vagones, e intercambiando los últimos besos a través de las ventanillas. Hubo un tumulto de despedidas, recados, avisos, lloriqueos y bromas… todo en español. Con una sensación de angustia, el inspector se dio cuenta de que era un extranjero en aquel país.

En uno de los coches de segunda clase un cuarteto de músicos interpretaba «La Paloma», de Iradier, melodía dulzona, triste…

El jefe del tren le estaba indicando su vagón.

—Por favor, señor… —elevó la voz y agitó el brazo—. ¡Vámonos!

El inspector se vio obligado a subir al vagón. Otros habían decidido por él. Para bien o para mal, tenía que llegar a la capital de México.

Hasta llegar a su compartimiento tuvo que atravesar varios

vagones. La noticia de la tragedia se había extendido ya por todas partes, y se vio obligado a contestar a diversas preguntas a diestro y siniestro. Los años de experiencia le habían enseñado mucho a Oscar Piper y sabía esquivar ciertas preguntas.

Sin embargo, no le resultó tan sencillo eludir a Rollo Lighton, ya en el coche «Pullman Elysian».

—Mire, inspector, se dice que el doctor ha calificado la muerte del aduanero de ataque al corazón. Si es así, ¿por qué entonces la joven…?

—Sí —le interrumpió Hansen—. El ataque al corazón no es contagioso, ¿verdad?

Piper se encogió de hombros.

—Quizá se desmayó al ver que el hombre moría delante de sus ojos —sugirió.

—¿Y el olor del saloncito?

—Supongo que debió de ser el perfume derramado del frasco —para cambiar de tema, el inspector Piper señaló los negros titulares del periódico mexicano, tirado sobre el asiento—. ¿Qué dice aquí?

—¡Mañana, huelga! —Contestó Lighton—. O sea que mañana se declarará una huelga en México. Como si este país no estuviese ya bastante castigado. Vamos a divertirnos.

El inspector no estaba interesado en la lucha de clases, excepto en la Union Square. De repente se le ocurrió una idea que podía explicar muchas cosas.

—¿No será una huelga de policías, verdad?

Sus dos interlocutores le contemplaron boquiabiertos.

—No —replicó Lighton—. Es una huelga del Sindicato de la Electricidad. Mañana, el Distrito Federal se quedará sin fluido, y seguramente más tarde ocurrirá lo mismo en las demás provincias. Lo que significa que México se convertirá en un infierno.

El inspector intentó salir del compartimiento, pero Hansen le asió de una manga.

—Un momento. Se trata de algo muy importante. Nos gustaría hacerle entrar en un asunto seguro, si quiere obtener dinero con rapidez.

Ambos miraron a Piper intensamente, y el inspector se envaró.

—¿Dados o caballos?

—Nada de eso. Voy a la capital de México —comenzó a

explicarle Hansen— para organizar un hipódromo, pero ha ocurrido algo.

—Espere a oír el resto —continuó Lighton—. Por mi parte, yo arriesgo hasta mi último centavo en el negocio. Bien, ahora vamos a enviar todo el dinero que podamos recoger…

—Un momento —le atajó Hansen—. ¿Y usted, Piper? Si le dejamos entrar en el asunto, ¿puede hacerse con mil pavos? Le garantizo que le devolveremos diez, quizá veinte de los grandes, dentro de dos semanas.

El inspector se había metido las manos en los bolsillos.

—Lo siento, muchachos. Sólo soy un policía muy mal pagado, sin ninguna cuenta a mi nombre. ¿Por qué no prueban con el senador? Es un jugador.

Al Hansen se encogió de hombros.

—Ya lo hice. Y se excusó alegando que tenía demasiadas cosas en qué pensar.

—Que es también lo que me pasa a mí —replicó Piper, y se abrió paso hacia la parte posterior del vagón. Un camarero mexicano de chaqueta blanca le iba siguiendo, portador de una bandeja con bocadillos y una tetera. El inspector se demoró, viendo cómo el camarero entraba en el saloncito. Captó una visión de Adele Mabie, vestida con una ropa suave y crujiente. Por lo visto estaba recuperándose muy rápidamente.

Piper continuó adelante, teniendo como objetivo la plataforma posterior. Siempre le ayudaba a estimular sus ideas contemplar las dos líneas paralelas de raíles que se unían a lo lejos. Pero esta vez, ya con la mano en la manija, se paró en seco, retrocediendo instintivamente en el pasillo.

A través del vidrio acababa de divisar la recia forma de Francis Mabie, recostado contra la portezuela. Con él había una muchacha, muy bonita y no muy alta, con rizos rojos.

Excitadamente, estaba besando al senador.

El inspector se aplastó contra la madera, atisbando desvergonzadamente por el cristal. Si bien los otros no le prestaron la menor atención.

Piper lamentó de todo corazón no saber leer en el movimiento de los labios. Nunca se había dedicado a aquel arte hasta que, gracias a su habilidad en esta ciencia, *Miss* Hildegarde Withers

había logrado derrotarle, resolviendo uno de los casos más apasionantes de toda su carrera.

El senador y la joven se separaron, para volver a juntarse. Y entonces, mientras Piper trataba de hacer que esto se compaginase con todo el problema, vio que la pelirroja se había convertido en una gatita furiosa y estaba pegándole a Mabie en ambas mejillas.

Después, abrió la puerta. El inspector apenas tuvo tiempo de retroceder, fingiendo encender un cigarrillo, pero la joven pasó por su lado sin hacerle caso. Poseía una cara triangular, más atractiva cuanto más enfadada. Ojos llameantes, barbilla firme…

Lo que más atrajo el interés del inspector fue que al pasar la joven por su lado, observó que iba metiendo cierta cantidad de dinero en su bolso; billetes verdes americanos.

Cuando Piper salió a la plataforma, el senador pareció sinceramente encantado de verle.

—He estado buscándole —le saludó.

El inspector se interesó por la salud de la señora Mabie.

—Mi pobre Adele está en cama —contestole Mabie—. Se llevó un gran susto, lo mismo que yo, si a eso vamos. No es raro que se desmayase, al ver caer muerto a un hombre delante de sus ojos.

El inspector no contestó y ambos hombres se dedicaron unos momentos a escuchar el chirrido de las ruedas al resbalar sobre los raíles.

—Creo que usted sacó una conclusión errónea de aquel frasco —prosiguió el senador, tras la pausa—. ¿Eh, inspector? —Se dejó caer en una de las butacas de mimbre que la compañía de ferrocarriles colocaba en la plataforma para descanso de sus amados y sufridos pasajeros.

Piper le imitó, sonriendo a medias.

—Puedo estar equivocado —admitió—. Quizá lo esté respecto al frasco. Al fin y al cabo, no ha sido analizado. Bien, ¿quiere destaparlo y aspirar el resto del perfume? —Preguntó de repente, sacando de un bolsillo el frasco del «Elixir d'Amour».

—¿Por qué no? —Accedió Mabie, alargando la mano.

El inspector devolvió el frasco a su bolsillo.

—No, gracias.

El tren iba rodando por entre una campiña poblada de

mezquites, salpicando el paisaje de vez en cuando por alguna casita de adobe, rodeada de cactos, delante de la cual siempre se veía una inevitable fila de indios morenos, vestidos con unas ropas de algodón descolorido, que habían salido fuera para contemplar el suceso del día: el paso del tren. Unas enormes moscas negras planeaban sobre las chozas, barridas por el tren, aunque acto seguido volvían a huronear sobre las cabezas de ambos hombres en la plataforma.

De pronto, Piper cerró su mano en el aire y atrapó a una mosca, que siguió zumbando dentro del cerrado puño. A continuación, acercó la mano, siempre cerrada, al frasquito, cuyo tapón desenroscó, aunque sin abrirlo por completo y sostuvo allí la mano mientras contaba hasta veinte.

—¡Mire! —Exclamó después, abriendo la mano. La mosca seguía allí, moviéndose lentamente por entre lo que los palmetólogos y adivinadores llaman el Monte de Venus.

—No está muerta —dijo Mabie—. ¿Qué le dije?

Ambos lo vieron. La mosca, de pronto, resbaló de la mano del inspector, quedando inmóvil en el suelo de la plataforma.

—Ataque cardíaco —sentenció Oscar Piper, sonriendo torvamente.

El otro le miró, chispeantes los ojos.

—¿Quiere entregarme ese frasco? —Le suplicó—. Ahora mismo, antes de que ocurra algo más —señaló los raíles por los que corrían raudamente las ruedas del tren—. ¡Aplástelo ahí!

Piper negó con la cabeza.

—No serviría de nada. Tengo que aplastar lo que se halla detrás de todo esto. Aplastar al asesino, no a su instrumento. Y si las autoridades de Nueva Laredo no quieren tomar cartas en el asunto, me toca a mí.

—¿Quiere decir que todavía se aferra a la ridícula idea de que Adele…?

El tren silbó lúgubremente, con un pitido estridente que pareció interminable. Estaban llegando a una estación.

Acababa de detenerse el convoy, cuando el interventor apareció en la plataforma.

—¿Señor Piper?

—Sí…

—Un telegrama para usted —fue el anuncio. Y el interventor le entregó un sobre.

El senador Mabie se levantó al coger Piper el mensaje.

—Voy a estirar un poco las piernas —dijo y saltó al andén. Luego se alejó con rapidez.

El inspector no le vio marchar ya que su atención permanecía acaparada por el telegrama. No era exactamente lo que había esperado de parte de Hildegarde Withers. Ésta le había telegrafiado:

> *Si estás enredado con una mujer aficionada a las flores o los caramelos, no lo pongas por escrito. Perfume mencionado no atraería a dama de gusto. Se vende a cincuenta centavos la onza y es terrible. Saludos.*
>
> HILDEGARDE

Al inspector no se le ocurrió que su sufrida compañera de Nueva York hubiese interpretado mal su telegrama y estuviese experimentando un ramalazo de celos. Estaba demasiado preocupado con un nuevo giro de sus ideas. Adele Mabie era una mujer rica, con dinero propio. También una mujer de gusto. No era fácil que adquiriese un perfume de cincuenta centavos la onza…

Y si el frasco de perfume no era suyo…

Dejó de pronto la plataforma, internándose en el vagón. Entonces vio a Adele Mabie que venía hacia él, casi corriendo por el pasillo. Le cogió del brazo.

—¿Ha visto a mi marido?

—Está estirando las piernas por el andén —repuso Piper—. ¿Ocurre algo?

—Oh, nada… pero todo me parece tan raro… Seguramente es que me siento exaltada…

—¿Qué es lo raro, señora Mabie? —Preguntó Piper.

—Fue el té, el té helado que me sirvió el camarero. No pude bebérmelo a causa de su sabor amargo. Y cuando el tren se detuvo me pareció ver un rostro atisbando por la ventanilla. No sé a quién pertenecía, o si me lo imaginé simplemente. Pero me pregunto…

—Seguro que se está preguntando muchas cosas —refunfuñó el

inspector—. Vamos, enséñeme el té.

—Todavía está en la bandeja, en el saloncito. No quise devolverlo hasta que alguien más lo oliese. Tal vez esté imaginándome cosas, pero…

Volvieron a cruzar el umbral del saloncito. Y Adele se quedó quieta ante el dintel, señalando con la mano.

Debajo de la ventanilla había una mesita plegable, entre los asientos. Sobre la mesa veíase una bandeja plateada con una servilleta y los restos de un bocadillo. Mas no había ninguna taza de té.

Había habido una. Los añicos se hallaban esparcidos por la mesa y los asientos, entremezclados con hojitas de té empapadas.

—¿Qué ha sucedido? —Gritó Adele—. ¡Si hace sólo un instante que salí de aquí! ¡Nadie ha tenido tiempo de hacer nada!

Las ventanillas estaban abiertas todavía para alejar el olor dulzón del perfume y las almendras amargas, y por ellas penetraba el ruido procedente del ajetreo de la estación, divisándose asimismo una serie de vagones de mercancías, cubas de petróleo, y en lontananza los purpúreos montes. No había nada, ningún ser viviente cerca cuando el inspector se asomó a mirar, nada, excepto un perro canelo, muerto de hambre, que inmediatamente salió corriendo.

Piper se puso a gatas, inspeccionando el suelo. Tardó sólo un momento en encontrar el proyectil, no demasiado hundido en la tapicería del asiento. Era del calibre 38, un simple trocito de plomo. Había destrozado la taza de té, tan por completo, que los fragmentos y el contenido escapaban ya al más concienzudo análisis. Para el inspector no había la menor duda.

—¡No entiendo cómo ha ocurrido! —Repitió Adele.

Piper se levantó. Su índice trazó una línea imaginaria en el aire, desde el agujero de la bala en la tapicería hasta la bandeja, prosiguiendo hacia la ventanilla.

—Se lo explicaré —declaró—. La bala fue disparada por una pistola con silenciador, porque no se oyó ningún disparo. La pistola no tenía un cañón largo, porque no hay señal ninguna en el marco de la ventana.

—¿Pero quién? —Imploró Adele—. ¿Quién lo hizo?

—Esto no lo sé —dijo el inspector Piper, con sinceridad—. Lo

único que sé es que la persona que efectuó el disparo debe medir por lo menos dos metros y medio —meneó la cabeza, después de olfatear los restos de la taza de té—. Imposible adivinar si contenía veneno. Pero, por lo visto, alguien no quería que pudiéramos averiguarlo.

Adele Mabie se estremeció.

—Creo… creo que iré a buscar a mi marido —dijo.

—Buena idea. Y cuando lo encuentre, péguese a él… y manténgase en medio del gentío hasta que arranque el tren —le aconsejó el inspector. Luego la vio alejarse por el pasillo.

Cerró la puerta del saloncito a sus espaldas, bajó las persianas de las ventanillas y encendió la luz. Revisó el equipaje de los señores Mabie, como pasándolo a través de un cepillo. Por fortuna, la mayoría de las maletas se hallaban abiertas, seguramente como resultado del examen de las aduanas.

Por entre las cajas de sombreros, las carteras de mano y los maletines, el inspector continuó su búsqueda… sin saber qué buscaba. En un pequeño maletín negro, dedicado a la ropa interior, halló un librito encuadernado en tela: *Tu Viaje por México*. Le habría gustado examinarlo más a fondo, sabiendo que tales Diarios sirven para conocer más a fondo el carácter de sus dueños.

Lo fue hojeando, y encontró dos páginas pegadas. Entre ambas alguien había dejado una fotografía, uno de esos horrores baratos que se hacen en las ferias y parques de atracciones, por un centavo. El retrato se hallaba bastante deteriorado, pero Piper consiguió descifrar el rostro de Adele Mabie, más joven y dichosa que en la actualidad. Estaba sentada en un carrito de dos asientos, ostentando el emblema del «Luna Park», al lado de un individuo. Por desgracia, el rostro de su compañero había sido cuidadosamente recortado con unas tijeras. El inspector no pudo deducir nada de aquella excursión a Coney Island. Se guardó la foto y continuó el registro.

Investigó todos los frascos de cremas y potingues para la piel, el jabón de afeitar, los frascos de lociones, pero no encontró rastro alguno de veneno ni arma alguna… nada que se apartase de lo normal y corriente. Incluso apretó el tubo de la pasta de dientes, la olfateó y la tocó con la punta de la lengua. No, no había nada sospechoso en ella. Nada, excepto el frasco incongruente que tenía en el bolsillo. Volvió a dejarlo todo como estaba.

Después fue hacia la puerta y en aquel instante alguien golpeó en la madera desde fuera. Era una llamada timorata, extraña… Piper apagó la luz, esperando que girase el picaporte.

Pero hubo otra llamada.

Ciertamente, no eran los Mabie. Impulsivamente, el inspector asió el tirador y abrió la puerta. Ante el umbral se encontraba la joven pelirroja, del vestido amarillo, la chica más bonita del tren. Sus ojos parecían despedir chispas.

—¡Tome! —Exclamó, arrojándole al inspector treinta dólares sumamente arrugados.

3

—¡OH! —Se asustó la joven—. Perdone, me he equivocado —y pretendió recuperar el dinero.

Piper retrocedió, admirando los rizos rojos, las cejas castañas, el vestido amarillo.

—Tal vez sí —reconoció—. Pero lo que cabe preguntar es, ¿en qué momento se equivocó?

—Estaba esto tan oscuro…

Lo estaba, mas el inspector, de forma optimista, pensó que el asunto comenzaba a aclararse ligeramente. Sostuvo abierta la puerta, de manera invitadora.

—¿Quiere entrar y esperar?

La joven se pasó una mano por su pelirroja cabellera y curvó los encendidos labios.

—¡Esta noche, no, Josephine! —Iba a añadir algo más, pero de pronto ladeó la cabeza como un pájaro insolente, mirándole fijamente a los ojos—. ¿No le he visto antes? ¿Tal vez en el tren de Nueva York?

Oscar Piper exhibió su chapa dorada ante el rostro de la muchacha. ¿Fue una figuración suya, o la joven, instantáneamente, se retiró a su concha, como un caracol asustado?

—Soy yo quien hará las preguntas —díjole Piper, con su estilo más inquisitorial—. ¿Quién es usted, qué hace en este tren y por qué le devuelve este dinero a Francis Mabie?

La muchacha le dirigió una trémula sonrisa. Su súbita calma le causó a Piper la impresión de que el interrogatorio iba a ser pan comido.

—¿Nos hallamos más abajo de la frontera, verdad?

—¿Y qué? Lo que deseo saber…

—¿No hay luna llena esta noche?

Al inspector le importaba un pepino el calendario lunar. Como

era un ser sumamente modesto, no pensó ni por un momento que aquella chiquilla le estuviera proponiendo una cita en la plataforma.

—Sí, hay luna —la joven volvió a sonreír—, conque haga el favor de dar un salto hasta ella, señor polizonte de Nueva York —y girando sobre sus tacones, se alejó corriendo por el pasillo. Fuera, resonó el conocido grito de ¡Vámonos!

Conque la muchacha había ganado el asalto. El inspector estuvo a pique de perder su aplomo.

—¡Eh, usted! —Gritó, cuando apenas divisaba ya a la muchacha al fondo del pasillo. Apresuradamente, salió en su seguimiento.

Pero entonces vio obstruido el paso por una nueva contribución a la lista de pasajeros, en la figura de un joven alto y rubio, mexicano sin duda, con un sombrero azul. Llevaba una guitarra bajo el brazo y una pesada maleta en ambas manos, de piel de caimán.

—¡Lo siento! —Se disculpó, pero el inspector ya había tropezado con la maleta, viéndose obligado a renunciar a su caza. Le resultaba difícil recordar que al sur del Río Grande su brillante placa de metal dorado no tenía más valor que las chapas de hojalata de «Inspector de Gallinas» que venden en las ferias del Medio Oeste.

Los otros pasajeros comenzaron a invadir el vagón desde ambos extremos. La pareja de Peoria transportaba una piña tropical tan grande como la bola del mundo. Hansen y Lighton avanzaban, juntas las cabezas. Y Adele Mabie llevaba los brazos cargados de paquetes.

Era evidente que se había dedicado a comprar *souvenirs* para olvidarse de la tragedia pasada. Sus compras consistían en un par de sandalias de piel de ciervo, una muñeca de madera debidamente etiquetada, tres paquetes de caramelos de café con leche mexicanos dentro de unas cajitas redondas, de un rojo brillante, dos látigos de cuero de vaca, y un par de pendientes de ópalo. Detrás suyo, el senador iba cargado con dos sarapes de alegres coloridos.

Piper les siguió hasta el saloncito y cerró la puerta. Mabie soltó los paquetes y le miró.

—Bien, ¿qué es todo este embrollo de la taza de té, un disparo y…?

—Contestaré a ambas cosas. Señora Mabie, ¿tiene algún

enemigo?

La joven casi dejó caer las dos muñecas de madera.

—¿Algún qué?

—Alguien que desee matarla.

Adele Mabie pareció considerar aquella pregunta, como si se tratase de un pensamiento obsceno.

—¿Matarme?

—Esto dije. ¡Bucee en su pasado!

—Realmente —sonrió ella—, temo carecer de pasado. No, no recuerdo a nadie que pueda querer matarme. Si fuese a la inversa…

—Por favor, no bromee —la riñó Piper—. Señora Mabie, usted es una mujer acaudalada, ¿verdad?

Ella asintió.

—Y yo soy su único heredero —añadió el senador—. Es ahí adonde pretende ir a parar, ¿cierto Piper? ¡Está usted loco!

Adele se colgó del brazo de su marido.

—Prosiga, señor Piper.

—Bien… —titubeó el inspector—. Algunos primos que estuviesen resentidos cuando heredó el dinero…

—¡Pero no tengo a nadie! ¿No sabe que ese dinero lo gané yo? Fui la propietaria de la más importante cadena de tiendas de regalos de todo el país. Y lo vendí todo por un millón de dólares. Entonces di la vuelta al mundo y regresé a Nueva York donde conocí a Francis… Bien, una cosa trae otra…

—¡Pregúntele a quien quiera si no somos una pareja perfecta! —Tronó Mabie—. Nos avenimos como el lúpulo y la cebada, ¿verdad, querida?

—No le estoy acusando —rezongó Piper. Sostenía la creencia de que el senador no asesinaría nunca por dinero, no al menos mientras pudiese manejar grandes contratos de puentes y puertos—. ¿Ningún triángulo, eh? ¿Ningún antiguo enamorado quisquilloso?

Mabie quiso hablar pero Adele se le adelantó.

—Una mujer que está gastando un millón de dólares no tiene tiempo para tonterías, inspector. Hasta que volví a Nueva York y conocí a mi marido no me di cuenta de que me faltaba algo… —súbitamente cambió de expresión—. ¿Trata de decirme que alguien pretende asesinarme?

Piper se encogió de hombros.

—¿Usualmente, tiene la maleta de los vestidos abierta, señora Mabie?

Ella asintió.

—Otra pregunta. ¿Qué haría una mujer que encontrase en su equipaje un frasco de perfume que no le perteneciera? —Miró al senador.

—Tirarlo, naturalmente…

—¡No! —Le atajó Adele—. ¡Lo olería para ver si era bueno! Ninguna mujer de la tierra resistiría esta tentación.

Piper asintió, complacido.

—Esto es lo que hubiera hecho usted, de no haberlo hecho antes ese pobre empleado de aduanas. Sí, una fuerte aspiración de ácido prúsico es cuanto se necesita para morir. Es una despedida en todos los idiomas.

Todos callaron por un momento. Las yemas de los dedos de la señora Mabie tabalearon sobre una de las cajitas de caramelos que había comprado.

—Alguien debe… debe de odiarme terriblemente —dijo al fin—. Buscarse tantas complicaciones para…

—Mirado de ese modo… —asintió Piper. Se levantó—. ¿No puede ayudarme más?

Adele Mabie vaciló, contemplando intensamente la punta de sus zapatos.

—No… no se me ocurre ningún nombre. A menos que… Francis, ¿no podría ser esa chica?

—¿Qué chica? —Intervino Piper.

—Oh, esa idiota de doncella que en Laredo quiso ponerme un rizador en el cabello y me hizo esto —le enseñó al inspector un mechón chamuscado, y luego volvió alisarse la cabellera.

—¿Sí? ¿Qué hay de esa chica?

Adele Mabie le dirigió al inspector una mirada de reojo.

—Vaya, Piper… Usted tiene que conocerla, puesto que le vi hablando con ella en la puerta de este saloncito. No tengo la menor idea de cómo Dulcie Prothero consiguió subir al tren, pero…

—¡Un momento! —Rogó el inspector—. ¡Esa muchacha…! No parece una criada…

Adele se echó a reír con amargura.

—Bueno, no actúa como una doncella. Resultó que toda su

experiencia, de la que me había hablado cuando contestó a mi anuncio del diario de Nueva York, pidiendo una doncella para el viaje, era un solemne embuste. No tiene la menor idea de lo que debe hacer una doncella; ni la menor idea. Luego averigüé, y al final tuvo que admitirlo, que había estado trabajando en una fuente de soda.

—¿Dónde? —Insistió el inspector.

—Bueno, ya sabe, en un *drugstore* de la avenida de Amsterdam y la calle Setenta y Dos… o en un lugar semejante del West Side —pronunció el distrito como si fuese un lugar espantoso y abominable—. ¡Hay que ver la trifulca que me armó cuando la reñí por haberme chamuscado el cabello! ¡Por lo visto, deseaba ardientemente venir a México, y hay que ver las cosas que me dijo cuando la despedí!

—Bueno, tal vez la despediste con rudeza —intervino Mabie—. Y sin previo aviso.

Por un instante, los ojos de Adele echaron chispas.

—¡Sí, Francis, defiéndela! ¡Supongo que soy cruel e irrazonable porque no quise que acabase de chamuscarme el pelo!

El senador avanzó hacia ella, pero la joven movió los hombros con obstinación.

—¡Insolente, estúpida! —Fue cuanto dijo.

—Bien, les dejo —decidió Piper—. Interrogaré al camarero que sirvió el té, aunque no creo que consiga nada de él. Será mejor que de ahora en adelante adopte todas las precauciones posibles.

En las pupilas de Adele Mabie centelleó una extraña mirada.

—Pero, inspector, si alguien de este tren pretende asesinarme, ¿qué puede hacer usted ni nadie?

—No lo sé —contestó Piper con franqueza—. Pero yo intentaré hacer algo.

Pasó la media hora siguiente procurando obtener alguna pista del jefe del vagón y los camareros, sin ningún resultado positivo. Aparte de las dificultades del idioma, parecían considerarle como un inoportuno gringo a quien basta con contestarle «¿Quién sabe?» y nada más. Pero logró averiguar que la maleta de los vestidos de Adele Mabie había sido utilizada para mantener abierta la puerta del saloncito cuando el tren salió de la estación de Laredo. «Donde cualquiera, al pasar, podía verla», pensó Piper.

El tren rugía y jadeaba a lo largo de la vía férrea, trepando, descendiendo, curvándose. El inspector, consciente de que poseía muchos cabos sueltos que tenía que anudar, o atar o lo que se haga con los cabos sueltos, se dejó caer en una butaca del coche-restaurante y club, todo a la vez. Pidió una botella de «Moravia» y la fue sorbiendo en silencio.

En una de las mesitas, Hansen y Rollo Lighton se hablaban jugando a las damas. La mesa todavía no estaba dispuesta para la cena. Sus voces aumentaban de volumen o disminuían, según la jugada.

En realidad, hablaban de la huelga preparada en México para el día siguiente, con el inconveniente de la falta de luz y otras comodidades. Si bien parecían referirse a la misma como si se tratase de un acto providencial.

—¡Es un mal viento que no puede enviar nada a los debidos bolsillos! —Fue la observación desatinada que Al Hansen repitió dos o tres veces. De pronto consultó su reloj y dijo—: Ahora debe estar recibiendo el mensaje…

—No se preocupe por él —le calmó Lighton—. Mike es un veterano en estas cosas. Cuando los ángulos necesitan ser limados, él sabe hacerlo. Lleva allí diez años. Estuve con él cuando organizó aquella carrera de coches de Washington a México hace un par de años. Redacté la publicidad. Mike Fitz lo organizó muy bien. Su apadrinador le retiró su apoyo.

Hansen dijo algo respecto a «más dinero».

—Seguro que sí. Es un tipo formal, y estas cosas le son familiares. Si alguien desea organizar algo, un negocio o lo que sea, él es el hombre. Diez a uno a que expondrá parte de su capital… y tiene un buen puñado de dinero.

Muy al sur, en la gran ciudad encaramada sobre una alta meseta, Michael Fitz se estaba friendo la cena, en forma de un solo huevo y dos trozos de tocino, cuando sonó el timbre de la puerta.

Instantáneamente cerró la puerta de la cocinita y se agachó junto a una butaca del saloncito para calzarse los zapatos. Después, tras una crítica ojeada al guapo rostro con una onda de pelo gris que le contemplaba desde el espejo, abrió la puerta.

Sólo era un chico de Correos. Cogió el telegrama, llevándose automáticamente la mano al bolsillo del pantalón y sacó un solo

«tostón». Pensándolo mejor, no lo entregó. No era momento de grandes dispendios.

El chico se quedó un instante a la expectativa y luego comenzó a descender la escalera. Se hallaba casi al final cuando una voz le llamó desde arriba.

—¡Eh, muchacho! —Y un «tostón» de plata cayó rodando a sus pies.

Mike Fitz volvió a leer el telegrama y la fórmula oficial del encabezamiento. Alegremente comenzó a silbar las notas de «Adelante, María Teresa», y fue danzando hacia la cocinita, donde desenchufó la sartén eléctrica, y arrojó el huevo y el tocino al cubo de la basura.

Consultó su reloj… o mejor dicho, el redondel de su muñeca donde el reloj había estado hasta la semana anterior. Se encogió de hombros. Era temprano y le quedaba tiempo para ir hasta la estafeta de Correos, comer un poco de arroz con pollo en Prendes y después…

—¡Incluso en la Ciudad de México la suerte tiene que sonreírme alguna vez! —Exclamó para sí, poniéndose el impermeable y saliendo al Paseo.

El tren traqueteaba y zigzagueaba al correr hacia el sur, donde se alzaban los antiguos montes de los aztecas y los mayas, a la asombrosa velocidad de cincuenta kilómetros por hora. En el coche-restaurante los pasajeros ya se hallaban comiendo. El inspector Oscar Piper declinó una invitación para agregarse a los señores Ippwing y compartir una tajada de piña.

—¡Sinceramente, es lo mejor que ha comido en su vida!

Pero el inspector tenía otro pescado por freír.

—Gracias de todos modos —y pasó adelante. Un momento después se hallaba a la puerta del vagón de segunda, tras haber decidido cuál debía ser su próxima jugada.

Aquel vagón era otro mundo, una escena de vida y colorido, completamente distinto a su propio ambiente. En un extremo del coche, tres muchachos estaban tocando el violín, la armónica y la guitarra. Era una canción melancólica que debía proceder directamente de Granada y los moros. Las familias compartían las cestas de comida o las provisiones compradas desde las ventanillas en Villaldama. Muchos dormían ya, enroscados en sus asientos y

envueltos en mantas. Parte del equipaje del vagón era de piel, pero casi todo eran envoltorios de mantas, paquetes atados con cuerda, bolsas de papel y cestas de mimbre. Había latas y restos de frutas por todas partes, y se veían también jarritas de pulque. En el pasillo voceaba un vendedor de caramelos y cigarrillos, uniendo su voz a la de los músicos. Todo olía a comida y a humanidad por entre las oleadas de calor que penetraban a través de las abiertas ventanillas, y dos o tres bebés sollozaban quieta, tranquilamente, como suelen llorar los bebés mexicanos.

Hacia el final del vagón, Piper divisó a la joven con la que había decidido conversar, la joven impulsiva del vestido amarillo. Se encontraba en animada charla con el joven mexicano del sombrero azul a quien Piper había visto subir al vagón en Villaldama.

«Esa chica pesca con facilidad», se dijo el inspector.

Vio levantarse al joven, con expresiva sonrisa, y recorrer el pasillo. Cuando llegó a la altura del inspector, le saludó con un:

—¡Hola, *Mr*. Nueva York! —Siguió hacia el coche-restaurante, al tiempo que Piper le dirigía un gruñido.

El inspector saltó a interesantes conclusiones. Si los dos jóvenes estuviesen mezclados a…

En caso de duda lo mejor es buscar la verdad. Pasó junto al vendedor de caramelos, saltó por encima de unos bultos y, finalmente, se plantó con firmeza junto al asiento de Dulcie Prothero.

La joven se puso de pie, sobresaltada. Pero Piper sacó los treinta dólares y los blandió ante la cara de la joven, como un abanico.

—Al marcharse olvidó algo —le dijo—. Algo suyo. ¿O no es suyo este dinero?

—No comprendo… —Dulcie cerró la boca, aceptó el dinero y empezó a meterlo automáticamente dentro de su bolso.

—Espere —la advirtió Piper—. Será mejor que lo cuente.

Alargó la mano con una torpeza rara en él y bolso, dinero y todo lo demás cayó al suelo.

—Lo siento —y ambos se arrodillaron para recoger los esparcidos artículos. El inspector observó que el bolso, pese a su capacidad, estaba casi vacío. Sólo contenía un pañuelo, algunos billetes, unas papeletas de empeño, una polvera y unos recortes de periódico. Uno era de un joven de largas orejas, que llevaba una

especie de disfraz.

—Esto es gracioso —observó Oscar Piper—. No sabía que Paul Newman hubiese cantado «Carmen»…

—¡No es Paul Newman! —Replicó Dulcie, estremecida de ira. Cogió la fotografía y la guardó en el bolso—. Y ahora, si no le importa… —esperaba que él se marchase, pero no fue así.

—Interesante país, México —comentó Piper, sentándose en el brazo del asiento.

—Lo era —observó Dulcie. Empezaba a perder la altanería.

—E interesantes costumbres —añadió Piper—. ¿Sabe que aquí no hay jurados? Sólo un juez, y después un pelotón de ejecución. Es un triste final.

Su frase quedó subrayada por las alegres notas del «Rancho Grande» interpretado por el trío juvenil.

—Continúe —le animó ella. El inspector frunció el entrecejo—. Siga, charle un poco más —agregó Dulcie—. Siga hasta invitarme a cenar con usted y contestaré que no —le contempló apreciativamente—. También le dije que no al *alegre caballero del sombrero azul*, cuando me lo pidió, a pesar de que su conversación era menos fúnebre que la de usted.

—No hablaba de cenas, sino de asesinatos —la corrigió bruscamente el inspector.

La joven contuvo la respiración.

—El asesinato del empleado de aduanas de esta tarde —prosiguió el inspector—. Más uno o dos atentados. A propósito ¿le importaría decirme qué perfume usa usted?

—¡No uso ninguno! —Gritó la joven.

—¿Ni ha tenido nunca un frasco como éste? —Sólo se lo dejó entrever.

—¡Oh, no, jamás en la vida! —Protestó Dulcie Prothero, sin desviar la vista del asiento de delante.

Piper asintió y se puso de pie.

—Es gracioso que esté tan segura cuando ni siquiera ha visto la etiqueta —y dicho esto se alejó pasillo adelante. Era mejor que la muchacha cavilase un rato. Mientras tanto…

Telegrama del inspector Oscar Piper a *Miss* Hildegarde Withers, 32 calle Setenta y Cuatro Oeste, Nueva York, enviado desde Palo Blanco, provincia de Nueva León, república de México, a las 7,40.

Sin tonterías. Esto parece grave. Telegrafía inmediatamente información Dulcie Prothero antes empleada Drugstore Amsterdam calle setenta y dos. Tal vez vendan cianuro potásico.

OSCAR

Telegrama de *Miss* Hildegarde Withers al Inspector Oscar Piper, Monterrey, Nueva León, Tren 40 «Ferrocarriles Nacionales», procedente de Nueva York a las 9,18.

Drugstore informa Prothero abandonó empleo hace una semana sin despido. Buena en jamón y queso para bocadillos pero sus rodajas de piña eran terribles. Buena chica. Nombre me suena. Sí, Drugstore tiene cianuro potásico pero no me lo venderían. Sus libros de registro de venenos no tienen partidas de ventas en cinco meses pero hacen buen negocio con «Elixir d'Amour» cincuenta centavos o frasco de dos dólares o crema para pecas. Muero curiosidad saber qué pasa.

HILDEGARDE

EL tren rugía al correr hacia el sur a través de un polvoriento desierto. Cuando Oscar Piper regresó al coche-restaurante halló que todas las mesas estaban ya ocupadas. Hansen y el periodista permanecían jugando a «los chinos» quién pagaría las cenas y las cervezas. Fue el tipo del sombrero de *cowboy* quien ganó, si bien fue una triste victoria. Rollo Lighton se había dejado el dinero en el vagón con la corbata y la chaqueta.

Finalmente se marcharon, y Oscar Piper apoyó los codos sobre la mesa, sumido en sus pensamientos. Las cosas comenzaban a concordar. ¡A pesar de que Hildegarde Withers siempre le había recriminado que nunca conseguía aclarar nada sin la complicada maquinaria de Centre Street! En su maleta aún tenía los regalos que ella le había hecho: una lupa y un par de falsas patillas. Bien, ya veríamos quién reiría el último.

Oscar Piper llamó al camarero con el corazón rebosante de optimismo. Y de repente recordó que, a pesar de todos sus esfuerzos por retener en la memoria los nombres del jamón y los huevos en español, las palabras habían huido de su mente.

Las pronunció en inglés varias veces, en voz alta, pero el camarero se limitó a menear la cabeza. Pero en aquel preciso momento, cuando ya parecía irremediablemente condenado a morirse de hambre, una voz habló junto a su oído.

—¿Puedo servirle en algo, señor?

Sin esperar la respuesta, el joven alto y rubio se sentó frente a él, con una taza de café en la mano. Le dijo al camarero, con un español sumamente fluido, que sirviese en seguida «huevos con jamón, con los huevos fritos por ambos lados» [1] .

—Gracias —rezongó Oscar Piper—. Y a propósito, ¿cómo supo que yo era de Nueva York?

—Por su corbata —repuso el joven, sonriendo ampliamente.

Piper contempló su corbata con cierto orgullo, al pensar que había algo metropolitano en su persona.

—Por la etiqueta interior que dice «Epstein Kollege Klothes, de Broadway» —añadió el joven. El inspector dudó de que hubiera podido fijarse en tal detalle en la breve ojeada que le había dirigido cuando se habían tropezado en el coche.

—¿No le fue bien con la señorita, eh? —Le preguntó a renglón seguido el mexicano, de hombre a hombre.

Piper se enderezó, la sonrisa del joven le desarmó.

—Una chica muy bonita, sí, señor —prosiguió el joven, en un torturado inglés que al inspector le recordó débilmente una antigua comedia que había visto, acerca de una linda joven castellana, un aviador americano y un bandido que era «el peor caballero de todo México».

—Tampoco me alentó mucho a mí —confirmó el joven—. Pero sé su nombre. Se llama Dulcie, lo que en español equivale casi a «dulzura».

Acababan de llegar los huevos con jamón.

—¿Vive usted aquí? —Quiso saber Piper.

—Permítame —con una floritura de la mano, el joven extrajo una tarjeta que ostentaba el nombre de Julio Carlos Méndez S.—. La inicial es del apellido Schley, de mi madre —explicó—. La uso

para darle más énfasis al final de mi nombre, ¿entiende? Soy rubio por parte de madre. Todo el mundo me toma por norteamericano, porque además hablo condenadamente bien el inglés. Lo aprendí en Tijuana cuando fui allí a gastarme el dinero de papá criando toros para los ruedos. A mí me gustan mucho los norteamericanos.

Piper se presentó a su vez, aunque ocultando su graduación oficial.

—Mucho gusto, señor —y se estrecharon solemnemente las manos.

—Me gustan las chicas norteamericanas —continuó animadamente Julio Carlos Méndez S.—. Y me gusta aprender los giros ingleses de boca de las señoritas. No hay muchas muchachas bonitas en este tren, si se exceptúa a Dulcie y —añadió de modo casual— a la dama de nuestro «Pullman» que compra toda clase de baratijas en todas las estaciones.

El inspector, de repente, se dio cuenta de que el otro estaba esperando su respuesta, con mal encubierta curiosidad.

Sin embargo, se limitó a asentir y continuó comiendo.

—He oído decir que esta tarde —Julio se había inclinado en forma confidencial— ha ocurrido un desdichado accidente en el tren. ¡En el departamento de esa dama!

El inspector, cautamente, admitió haber oído unos rumores.

—¿Pero usted estuvo allí, verdad? ¿O poco después, no?

—Estuve —reconoció Piper. Se preguntó si se trataba de simple curiosidad a si estaba siendo sometido a un interrogatorio.

—¿Y qué cree? ¿Opina que ese pobre Manuel Robles falleció de un ataque cardíaco?

Conque éste era el nombre del aduanero. Piper tomó nota mental.

—No sé nada de esto.

—Resulta que conozco a la familia de ese muchacho —Julio se encogió de hombros—. Una familia muy sana. Nunca han sufrido de ataques al corazón. Jamás oí decir que ninguna persona de esa familia hubiese fallecido por esta circunstancia.

—Entonces usted cree… —Piper dejó la frase flotando en el aire.

Julio Méndez vaciló. Algo bailoteaba en el fondo de sus pupilas y en la punta de su lengua. Pero no habló.

—No pensará en un asesinato, ¿verdad? —Le apremió el

inspector.

—Estoy pensando —replicó Julio— que a veces es mejor que la Policía sea quien saque las castañas del fuego.

Levantándose, salió del coche-restaurante.

«Es extraño que sepa el nombre del muerto» —se dijo Piper. Tal vez fuese un cómplice. Porque el crimen llevaba las señales de una mujer. El veneno siempre ha sido un arma femenina. Y el disparo contra la taza de té. Un hombre no habría disparado una bala contra la taza, sino contra la víctima.

Bien, las autoridades mexicanas lo descubrirían, si querían. Nada se ganaba poniéndose en contacto con la Policía de las poblaciones por las que pasaban. México City era el único lugar donde le harían caso. Gracias a Hildegarde, poseía ya una cadena de pruebas circunstanciales bastante respetable.

Oscar Piper fue contándolas con los dedos, una, dos, tres. No estaba completa la cadena, pero había muy pocos agujeros. Ni siquiera Hildegarde Withers podría hallar un solo fallo.

Cogiendo unas páginas amarillas del mostrador del vagón, volvió a su mesa y se dedicó a la redacción. La próxima parada era Saltillo, adonde llegarían dentro de media hora, y desde allí podría telegrafiar.

Asesinato es el asunto. Pobre aduanero muerto con veneno colocado en frasco perfume Adele Mabie. Tu informe demuestra perfume procede Drugstore donde joven Prothero trabajó antes aceptar empleo con los Mabie. Como doncella despedida tuvo excelente motivo y oportunidad. Policía mexicana vacilante pero forzaré la mano al llegar a Ciudad México. Gracias.

OSCAR

Volvió a repasarlo, frunció el ceño y meneó la cabeza. Nunca se sabe cuándo se filtra una información. Si pudiese emplear una clave… ¡Naturalmente! Rasgó la hoja de papel, arrojó los fragmentos a un cenicero y empezó de nuevo, empleando una clave que sería griego para los mexicanos y muy sencilla para una maestra de Manhattan.

Sinatoase inocente neroadua nenove.

Continuó escribiendo, terminando cuando el tren paró en la estación. Le costó sólo un instante cruzar el andén, entregar el mensaje en la ventanilla telegráfica y volver al tren. Al regresar al salón-restaurante notó con cierta sorpresa que, si bien el cenicero contenía aún la colilla de su cigarro, los fragmentos del rasgado papel habían desaparecido por completo.

4

UN enorme gato listado le dio la bienvenida a *Miss* Hildegarde Withers en la acera, delante del edificio de apartamentos de la calle Ochenta y Seis, para luego escoltarla por entre las piernas escaleras arriba y esperarse pacientemente a su lado, mientras la maestra tocaba el timbre.

El gato, obviamente, deseaba entrar, pero *Miss* Withers consideró su compañía como un buen presagio.

—Dulcie Prothero ya no vive aquí —le advirtió la patrona, ante la pregunta de su visitante de medianoche—. Se fue a México en busca de fortuna.

—¿En busca de qué? —Parpadeó *Miss* Withers.

—De fortuna —repitió la corpulenta mujer. La puerta no estaba abierta por completo, pero el gato atigrado consiguió pasar por la rendija sin perder un ápice de dignidad, y la maestra se coló detrás suyo.

—Soy parienta suya —anunció desvergonzadamente—. Y deseo averiguar ciertas cosas relativas a Dulcie.

La patrona meditó aquellas palabras.

—Una tía del pueblo ¿eh? Bien, si ha venido en busca de sus pertenencias, no se las podré entregar sin abonarme las dos semanas que la joven me debe —continuó la mujer en son de disculpa—. Se marchó muy de prisa. Pero siempre tenía prisa, siempre la apremiaba algo. ¡Qué chica! Cuando yo tenía su edad era como ella —exhaló un suspiro muy profundo.

—Conque se marchó a México ¿eh? A hacer fortuna —el rostro equino de la señorita Withers esbozó una sonrisa.

—Ni más ni menos. De la noche a la mañana consiguió un empleo y ¡zas! Se fue. Me dijo: «Tía Mac», me llamo Macafee, «me largo a México, y bien volveré hecha una gran dama o no volveré nunca más».

—Algo repentino, ¿no?

—Lo fue y no lo fue. Hablaba mucho de México y leía muchos libros sobre aquel país en la biblioteca del barrio. Siendo como era, tan retozona y enemiga de los hombres, supongo que México era para ella lo mismo que los chicos para las jóvenes que se vuelven locas por unos pantalones.

—Entonces, ¿no se marchó por culpa de un hombre? —Quiso saber la señorita Withers—. ¿No huyó?

—¿Ella? —La señora Macafee se echó a reír—. No hubiera huido del mismísimo diablo si se hubiese presentado ante ella. Tan pronto te daba un sopapo como un beso, ambas cosas en menos de cinco minutos. Y le aseguro que los hombres no entraban para nada en la vida de Dulcie… Para nada en absoluto —la señora Macafee volvió a suspirar—. Yo, en cambio, no puedo decir lo mismo.

—¿Podría ver su habitación? —Insinuó la maestra—. Sé que es muy tarde, pero…

—Sus cosas aún siguen arriba. Dos tramos de escalones. Con este calor tan insoportable no he tenido humor para empaquetarlas y bajarlas al sótano. Como ya he dicho, no pienso entregarle nada a nadie a menos que se me abonen las dos semanas de renta, en conjunto dieciocho dólares y cincuenta centavos del teléfono, pero si ella me pide que se las mande, no me atreveré a negarle ese favor. También yo fui joven y he sido pobre toda mi vida.

El gato las escoltó arriba, hasta una mezquina habitación ocupada aún por un baúl y otros enseres de su antigua inquilina. Había al menos una docena de marcos vacíos en las paredes, bastantes vestidos algo ajados en el armario, y un montón de recibos en un cajón de la mesa.

—No era mala chica —dijo la señora Macafee—, pero no salía ninguna revista de esta casa sin que ella le hubiera clavado las tijeras. ¡Todo lo recortaba!

—¿No hay por aquí ningún retrato suyo? —Inquirió *Miss* Withers, mirando en torno.

—Sólo éste —la patrona soltó la carcajada—. ¿No está horrorosa? Dulcie solía contemplarlo a veces, decía, para precaverse contra la vanidad.

Era una fotografía descolorida mostrando un grupo, acaso cuarenta, entre chicos y chicas, de unos diez u once años. En la

primera fila se veía a una niña regordeta y pecosa, de piernas gruesas. La patrona la señaló con el dedo.

—Ésta es. La fotografía la hicieron en la escuela. Todos están en la escalinata del edificio.

Miss Withers asintió, reconociendo la escalinata. La señora Macafee estaba abriendo el armario.

—Y aquí tiene sus periódicos. Estaba suscrita a todos los papeluchos que hablan de México. Y aunque no sabía una palabra de español, se pasaba las horas muertas mirándolas cuando llegaban.

Miss Withers estaba componiendo lentamente un retrato de Dulcie Prothero, un retrato compuesto por los recibos del cajón, el perfume que aún flotaba en el cuarto, la vieja fotografía escolar…

Incluso el gato atigrado vagaba feliz por la estancia, como si fuese un visitante regular del lugar. Examinó la estantería que estaba situada sobre la cama, con *La vida de los monos, Versos ingleses, Gulliver* y *La decoración del hogar moderno*.

La maestra exhibió su bolso. Su indagación le resultaría un poco costosa, abonando telegramas de cincuenta palabras y pagando cuentas atrasadas, pero ahora sentía ya un interés personal en el caso.

—¿Cuánto me dijo que se le debe, señora Macafee?

La mujer vaciló visiblemente.

—¿Le escribió Dulcie que recogiese sus cosas?

Miss Withers se vio obligada a admitir que no había recibido tal orden.

—Entonces, si no le importa, se lo guardaré todo para cuando vuelva —decidió la patrona—. Ella me pagará cuando pueda, mientras que si vuelve y halla cambiada su habitación y sus cosas fuera de casa, sé que se enojará terriblemente. Seguramente me despellejaría viva. Por algo es pelirroja esa chica. ¡Ay, yo era como ella hace cuarenta años! —Volvió a suspirar la patrona—. Sólo que con menos buen sentido para los hombres —añadió.

Se hallaban al pie de las escaleras cuando *Miss* Withers se acordó de una última pregunta.

—¿Qué clase de retratos tenía Dulcie en esos marcos vacíos? ¿O de quién eran?

La señora Macafee cogió al gato en brazos, el cual se erizó de

placer.

—Oh, sí, se las llevó consigo. Tan pronto entré en la habitación noté que faltaba algo.

—¿Estrellas de cine?

—Nunca lo adivinará —le confió la patrona—. Ni en mil años. No, no eran estrellas de cine ni retratos de novios. ¡Eran retratos de vacas!

—¿De vacas? —Repitió *Miss* Hildegarde Withers—. ¿Ha dicho «vacas»?

La señora Macafee asintió con solemnidad.

—Vacas, así Dios me juzgue.

El tren número cuarenta de los «Ferrocarriles Nacionales» corría alocadamente hacia el Sur a través de la noche, con los vagones oscurecidos, lo que denotaba que sus ocupantes iban dormidos. El inspector Oscar Piper había visto cómo la mayoría se iban a la cama.

El inspector no quería correr riesgos antes de llegar a México y tener la oportunidad de entregar aquella caja de Pandora a las autoridades de la capital. Había estado en el pasillo, fumando el último cigarro, cuando los Mabie hicieron entrar al empleado que les preparó las literas.

—Me encanta que esté usted de vigilancia —le dijo Adele—. Me siento mucho más segura.

—Gracias —correspondiole el inspector—, pero cierre la puerta, por si acaso.

Había continuado su vigilancia del pasillo mientras el pequeño mundo del vagón «Pullman Elysian» seguía siendo arrastrado por la locomotora. Los primeros en desaparecer por entre los verdes cortinajes del compartimiento fueron los Ippwing.

—Supongo que esta noche ya no habrá bandidos, madre —decidió el viejo—, conque será mejor que hinquemos el pico. Mañana será otro día.

A continuación había sido la familia mexicana con los niños; según alguien rumoreó se trataba de un cónsul de Nueva Orleans, de vacaciones. Hansen y Lighton habían abandonado su partida de damas. Las señoritas de anchas caderas habíanse apeado del tren en algún pueblo ignorado de la línea, pero el caballero español de los grandes bigotes seguía en el vagón, y ahora roncaba en una de las

literas superiores.

Julio Méndez S. (la S servía para hacer más distinguido su nombre) fue el último. Entró en el «Pullman» meneando la cabeza.

—Ella no lo hizo —le confió a Piper.

—¿Quién no hizo qué?

—La señorita Prothero. Tiene algún dinero, esa gatita. Traté de atraerla a mi litera. Bueno, la verdad es que le dije que no me importaba pasar la noche sentado en la butaca… Pero me dijo que jamás dormía en los trenes… —se encogió de hombros, trepó a su litera, junto con la guitarra y las dos maletas.

El tren siguió rugiendo y traqueteando a lo largo de la línea férrea. Al final, el agotado inspector empezó a anhelar la litera, se despojó de la chaqueta, la camisa y los zapatos, y se dispuso a pasar una noche en vela. Comenzó a mascar un cigarro como un remedio contra el sueño, se tendió en la litera, observó el cielo a través de la ventanilla, y contempló los juegos de las nubes mientras iban corriendo hacia atrás.

Seguro de que no había cerrado los ojos ni un solo momento, el inspector los abrió de repente, y se incorporó, con lo cual consiguió que su cabeza chocase contra la litera superior. Una mano estaba penetrando a través de las cortinas, una mano morena que parecía ir en derechura a su hombro.

Oscar Piper la asió… e inmediatamente comprendió que se trataba del mozo, a quien acababa de dar un susto de muerte. El hombrecillo parpadeó, y al cabo exhibió un sobre amarillo.

—Otro telegrama, señor —dijo, moviendo tristemente la cabeza.

Era un telegrama de Nueva York para el inspector, recibido en Carneros, provincia de Coahuila; un telegrama breve y sorprendente, que leyó tres veces con creciente aspereza.

Obviamente en pista equivocada. Por favor no hagas nada hasta saber de mí.

HILDEGARDE

El tren continuó atronando el espacio por la elevada meseta que se extiende entre las dos cordilleras de México. Siguió rodando toda

la noche y durante la mañana, bajo el sofocante calor del nuevo día.

Rítmicamente iban desfilando las estaciones encaladas, las desnudas, idénticas, atestadas estaciones de México.

En Jesús María, Rollo Lighton y Al Hansen bajaron a comprar las ediciones de los periódicos de México, se estrecharon las manos ante las noticias y pasaron la mayor parte de la mañana en un misterioso conciliábulo, trazando muchas cifras sobre unas cuartillas.

Cuando el tren cruzó por Villa Reyes, Dulcie Prothero, siempre con el vestido amarillo, entró en el coche-restaurante. Hojeó los diarios que Lighton y Hansen habían dejado sobre la mesa. Al contrario de los hombres, pareció trastornada y desconsolada por lo que leyó en la prensa de México, ya que sorbió tristemente su taza de café, negándose a conversar con el señor y la señora Marcus Ippwing, que estaban al otro lado del pasillo, aunque la animada y simpática pareja le aseguró que tenían una hija de su misma edad en Peoria.

En Pena Prieta, fresco como una rosa, el señor Julio Carlos Méndez S. se sentó frente a ella sin ser invitado. Mientras sorbía su jugo de naranja, le contó la historia de su vida. Con los huevos «rancheros» ambos descubrieron que su actor favorito era el Pato Donald. Y al finalizar la última taza de café, Dulcie Prothero reía a carcajadas.

En Río Laja, la señora Adele Mabie, llevando lentes ahumados para proteger sus ojos del cegador sol, estaba a punto de adquirir un magnífico loro verde, cuando su esposo le previno respecto a la psitacosis. En cambio, subió al tren una cesta de mimbre que contenía, según anunció con alborozo, un auténtico lagarto recién nacido. El inspector Oscar Piper se negó a admirar el lagarto, alegando que todos los reptiles, humanos y animales, le ponían enfermo.

En Begoña, el jefe del «Pullman», secándose su cara de calabaza con un pañuelo, se negó a sugerir lo que podía comer un lagarto recién nacido.

En Escobedo, el senador Francis Mabie se convirtió en un mirón de la partida de damas Hansen-Lighton, anunciando no poder continuar más tiempo en el saloncito, escuchando a Julio Méndez y Adele la interminable letrilla de «Adelita», con acompañamiento de

guitarra.

En Querétaro, Adele Mabie bajó al andén para adquirir un hermoso collar, un látigo, y una calabaza de un metro de altura, pintada con gayos colorines.

En Cambalache, Julio Méndez compró unos helados para los señores Ippwing. No hubo telegrama de Nueva York para el inspector.

En San José de Atlan, tampoco hubo telegrama.

En Teocalco había tres orquestinas, un malabarista, una adivinadora, y ocho mendigos en el andén, pero ningún telegrama para Oscar Piper.

En Coyotepec, Oscar Piper echó un vistazo a un periódico del salón-restaurante, y entre las ininteligibles líneas en español distinguió el extraño rostro de un joven retratado en un lecho de hospital. Poco familiarizado con el interés de los mexicanos por los cadáveres del día, fue una auténtica sorpresa para él comprobar que el joven estaba muerto. El nombre del difunto era «Manuel Robles».

—¡Esto es el colmo! —Exclamó furioso.

En Lechería agarró al toro por los cuernos y envió un telegrama al jefe de Policía de México, D. F. Era un mensaje definitivo, indicando que inmediatamente después de su llegada a la capital entregaría al departamento de seguridad las pruebas de que la muerte del aduanero de Nueva Laredo, Manuel Robles, no había sido natural, así como los nombres de los responsables de aquélla.

En Tacubaya, a quince minutos de la capital, cinco hombres de paisano fueron recibidos por el jefe del tren y acompañados al asiento del inspector Oscar Piper. Uno de ellos, al parecer, hablaba inglés.

Anunciaron que eran agentes de seguridad. ¿Qué había pasado?

El inspector, aunque a regañadientes, nombró a Dulcie Prothero como sospechosa número uno. Mencionó su posible motivo por haber atacado a su ex dueña, aunque era un motivo harto nimio. También arrojó las sospechas sobre Julio Méndez. Y exhibió el frasco de «Elixir
d’Amour».

Entonces los agentes demostraron verdadero interés. No parecieron sentir la menor duda respecto a la procedencia del olor a almendras amargas que el perfume apenas disimulaba. Cogieron el

frasquito y lo examinaron con sumo respeto.

—Uno de los sospechosos se encuentra en el vagón diurno —prosiguió el inspector—. El otro debe de estar con la joven, porque salía de este vagón cuando ustedes subieron.

Fueron traduciéndose las palabras del inspector y tomaron copiosas notas. Y entonces, en el momento en que el tren se detenía en la estación de la Ciudad de México, le pidieron al inspector que exhibiese sus credenciales.

—Encantado —contestó. Del bolsillo de su chaqueta sacó un sobre, repleto de papeles. Pero cuando vio que el bulto lo constituía un itinerario de trenes en lugar de su pasaporte turístico, y de la espléndida carta del cónsul mexicano en Nueva York, recomendándole a las autoridades civiles y militares de la República, y también en lugar de su carnet de policía, y la carta de presentación de su jefe al jefe de Policía de México… cuando vio que todos aquellos documentos habían desaparecido, el inspector comenzó a murmurar unas palabrotas completamente intraducibles.

Buscó por los bolsillos del pantalón con dedos febriles, pero tampoco encontró la chapa dorada en ninguno de ellos. Ni en la chaqueta ni en el bolsillo de la camisa. El dinero, en moneda norteamericana y mexicana, estaba intacto. En cambio, carecía de la menor prueba de su identidad. El tren permanecía ya casi completamente parado.

Los agentes se agruparon, hablando en español, sin que él entendiese una sola palabra. De pronto todos se mostraron muy graves, distantes y erguidos. «Tal vez si el caballero quisiera acompañarles…». Uno indicó la portezuela del vagón.

Piper les siguió por el pasillo. Pero los agentes descendieron hacia el andén, en lugar de dirigirse hacia el coche donde se hallaba la joven sospechosa.

—¡Qué diablos…! —Comenzó a exclamar, elevando los brazos por encima de su cabeza.

—Sólo unos instantes, señor, y todo quedará aclarado —le interrumpió uno de los agentes.

—¿Por qué? ¿Saben ustedes con quién están hablando?

—Sí, señor.

—¿Y han entendido lo que les he dicho?

—También. Posesión de veneno por parte de un extranjero,

ocultación de pruebas durante veinticuatro horas, carencia de pasaporte…

Tal vez hubiera podido arreglarse de no haber perdido el inspector su sangre fría y haber asestado un puñetazo al rostro que tenía más cerca. Y antes de haber podido decir «Jack Robinson» o algo más adecuado a la ocasión, Oscar Piper se encontró yendo por las fangosas calles de la capital de México a más velocidad de la que un taxi hubiera empleado. A continuación se encontró en la calle Revillagigedo, detrás de unas barras de hierro muy sólidas.

Todavía estaba furioso a las ocho de la mañana siguiente, cuando oyó unos rotundos pasos en el corredor. El inspector alzó la mirada, esperando la aparición del carcelero.

Seguramente debía de tratarse de un espejismo, una fantasía nacida en su alma enfermiza y doliente. No había el menor motivo ni la menor razón para la súbita aparición de aquella faz angulosa, teñida de verde pálido por efecto de las veinticuatro horas de balanceo en el aire.

Miss Hildegarde Withers le estaba contemplando a través de los barrotes de la celda, donde aparte del inspector había tres indios alcohólicos. Súbitamente, el inspector se levantó del camastro y avanzó febrilmente, en tanto la maestra se aclaraba la garganta.

—El doctor Livingstone, ¿verdad?

5

—¡NO podía quedarme en Nueva York y permitir que encerrases a Dulcie Prothero en una cárcel mexicana! —Le espetó *Miss* Withers al inspector unos minutos más tarde, golpeando pensativamente con el dedo un grueso barrote de hierro.

—¡Un momento! —Jadeó Oscar Piper—. Corrígeme si estoy equivocado, pero ¿quién está en una cárcel mexicana? Me tomé un enorme trabajo para investigar el caso, y estos idiotas dejan libres a los sospechosos y meten al detective en una celda. Vigila bien, Hildegarde, o también te encerrarán a ti. Y esto ya está atestado.

—No seas tan subjetivo con tu punto de vista —replicó ella—. Mientras venía hacia aquí en el avión he estado reflexionando y he visto que lo malo de tu teoría estriba…

—¡Hildegarde! —Rugió el inspector—. ¡Hildegarde, por favor! ¿Quieres hacer algo? ¡Pues telegrafía al comisario de Nueva York, o ponte en contacto con Washington… pero haz algo! ¿No tenemos un embajador en este país?

—Por lo que he oído —contestó *Miss* Withers, sonriendo— hay dos escuelas de pensamiento sobre este asunto. Al parecer…

—¡Si yo fuese un súbdito británico, tendrían un acorazado en el puerto antes de veinticuatro horas! —Declamó el inspector.

Pero *Miss* Withers le recordó que la Ciudad de México no tiene puerto.

—Yo soy tu acorazado, Oscar —le consoló—. No, por favor, no hagas comparaciones con mi aspecto. Tengo el asunto en la mano. A menos que esté muy equivocada, el sujeto que se acerca trae las llaves de esta celda.

El carcelero, un tipo recio con grandes bigotes y uniforme, abrió la puerta con mucha ceremonia, se apartó para permitirle el paso al inspector, y volvió a cerrar, dejando dentro a los demás presos.

—Adiós, muchachos —se despidió de ellos el inspector.

Todos contestaron con amplias sonrisas y un:

—¡Adiós, señor, hasta luego!

—Y ahora —le dijo Oscar Piper a la maestra, mientras doblaban por el corredor—, dime la verdad. ¿Van a soltarme o a colocarme contra el paredón?

Resultó ser ambas cosas. Un comité de recepción les salió al encuentro en el vestíbulo, exactamente delante de la puerta principal de la delegación. El inspector vio cómo algunos oficiales de uniforme le estrechaban la mano. El portavoz, un joven prematuramente calvo, que se presentó como el capitán Raúl de Silva, ayudante del teniente coronel de Policía, se deshizo en excusas.

—¡Si lo hubiéramos sabido, señor! Saber es perdonar, ¿verdad? En la vida nos permitiríamos causarle la menor molestia a un representante de la Policía de Nueva York, un colega que pelea como nosotros contra las fuerzas del hampa. ¿Pero cómo iban a sospecharlo mis hombres? A propósito… el señor debe encontrarse ya mucho mejor esta mañana, ¿no?

—¿Eh? —Gruñó Piper—. Yo no…

Miss Withers le dio un codazo en el estómago, al tiempo que el capitán De Silva continuaba:

—Tengo el honor… todos tenemos el honor de rendirle la cortesía de nuestra ciudad —Piper se encontró con una carta con el emblema rojo, blanco y verde de la bandera mexicana en las manos —. Si durante sus vacaciones en nuestra República, el señor halla sus placeres —el capitán se aclaró la garganta—… interferidos por los oficiales de Policía excesivamente celosos, sólo tendrá que enseñarles esta carta.

—Gracias, pero no entiendo…

—También nos es grato ofrecerle, señor, la más cordial invitación para que transforme esta jefatura en su hogar mientras se halle en nuestra ciudad. Como decimos en español, mi hogar es su hogar. El desdichado incidente de la noche pasada está ya olvidado —hubo un coro de sonrisas y asentimientos de los otros miembros del comité.

—¿Olvidado, eh? —Repitió el inspector, sonriendo torvamente —. Gracias. Y si alguna vez, muchachos, vienen ustedes a Nueva York, ya sabré enseñarles algunas cositas. Tal vez les pondré el

hogar en la parte de atrás… —le guiñó un ojo a la maestra.

Y entonces, como obsequio de despedida, el capitán De Silva le entregó al inspector un pliego de papeles que a Piper le parecieron familiares.

—¡Todo está en orden, señor!

Oscar Piper los repasó y, por fin, se metió sus documentos de identificación dentro de la chaqueta. Su expresión se había suavizado en gran manera.

—Conque pillaron a la chica, ¿eh? Yo tenía razón. Fue ella quien me birló los documentos, tratando de eludir el arresto. ¿Han obtenido ya su confesión?

—¿Confesión, señor?

—Confesión —insistió, molesto—. De la joven que yo les señalé como sospechosa en el asesinato de Nueva Laredo.

—Señor, este asunto es de la incumbencia personal del teniente coronel de Policía, que ayer salió en avión hacia allá a efectos de la investigación. Se espera un arresto de un momento a otro.

Piper fue escoltado hasta la puerta de la calle.

—Buenos días, señor. Buenos días, señorita.

—Un momento —protestó el inspector—. Si no han cogido a la Prothero, ¿cómo diablos han podido devolverme mis documentos?

—¡Chist! —Le aconsejó *Miss* Withers, obligándole a bajar la escalinata—. Fui yo quien les entregó tus documentos.

—Ahora comprendo que estoy chiflado —admitió Oscar Piper, sin ofrecer más resistencia—. ¿Y esa idiotez que ha dicho ese imbécil a si me sentía mejor esta mañana? Supongo que también fue obra tuya.

La maestra se limitó a asentir y se dirigió a un taxi.

—Sí, Oscar, perdóname. Pensé que quizá se mostrarían más bien dispuestos a olvidar lo del puñetazo contra aquel agente si les insinuaba que tú estabas… bueno, un poco alegre cuando anoche descendiste del tren.

Transcurrieron unos minutos en silencio. Por fin el taxi se detuvo.

—¡Éste no es el «Hotel Georges»! —Exclamó *Miss* Withers, dirigiéndose al taxista—. ¡Le dije que nos llevase al «Hotel Georges»!

El chófer se encogió de hombros, murmuró algo referente a la

«huelga» y siguió mirando al volante. Entonces *Miss* Withers se dio cuenta de que todo el tráfico se había detenido. Por la calle avanzaba una manifestación, con gran cantidad de animados jóvenes que exhibían pancartas y banderas rojas. Un grupo hacía inauditos esfuerzos por recordar la letra de la «Internacional». Los vendedores de fruta y rodajas de piña hacían el gran negocio corriendo a lo largo de la manifestación, y el ambiente general era de fiesta.

—¡Parece el Primero de Mayo! —Exclamó el inspector—. Si lo sé. Debe tratarse de la huelga de que hablaban en el tren. Más bien parece un desfile de *boy-scouts*. Bien, podríamos apearnos y seguir a pie.

En la calle apenas quedaba sitio por donde andar, por lo que *Miss* Withers y el inspector continuaron su camino hacia el centro de México D. F. siguiendo el desfile comunista.

De pronto, la calle se estrechó y cambió de nombre, y *Miss* Withers atisbó por entre la verja de una vasta extensión de tilos.

—Parece una tienda de regalos combinada con el Grand Central —opinó—, pero huelo a café.

Pasaron por delante de una joyería, una tienda de arte, y de mostradores llenos de objetos genuinos *made in Japan*, una cafetería, una perfumería, una bodega, y finalmente se encontraron sentados a una mesa redonda en el centro del restaurante «Pangborn», habiéndose suavizado grandemente el inspector ante la agradable perspectiva de unos huevos con café.

—¿Bien, Hildegarde? Encantado de que hayas venido. Pero, ¿por qué?

—Yo soy Jack Dalton de los *marines* de Estados Unidos, que siempre galopa en el postrer momento para salvar el día. ¡Tu telegrama, Oscar! ¡Todo el asunto respecto a la Prothero! Investigué más allá del *drugstore*. Estuve en su casa. Y toda chica que se gane las simpatías de su patrona en Nueva York… incluso debiendo el alquiler, posee una noble naturaleza. Además…

—¡Hechos, Hildegarde, hechos! —Exigió el inspector.

—Además, Oscar Piper, tengo un auténtico interés en el caso. Cuando subí al cuarto de la Prothero vi una fotografía escolar entre sus pertenencias… una foto tomada en la escalinata de la escuela Jefferson. Poco después, rebusqué entre mis archivos y hallé que la

Prothero había sido alumna mía un curso… ¡y una alumna diplomada! Conque…

—Conque —la interrumpió el inspector, moviendo tristemente la cabeza— esa chica no puede haber cometido nada delictivo quince años después. Ya he visto cómo conseguiste que ella te devolviese los documentos que me había quitado del bolsillo mientras yo dormía.

—La erraste, Oscar. Por favor, quítate de la cabeza que Dulcie Prothero te robó tus preciosos documentos. No fue ella quien me los dio. No la he visto. No para en el hotel, aunque estén casi todos los otros. Mabie fue quien envió allá tu equipaje. Pero cuando yo llegué esta mañana, procedente del aeropuerto, en tu busca, encontré en el «Georges» un envoltorio a tu nombre que habían dejado en recepción. Naturalmente, todo el mundo estaba comentando lo que te había ocurrido, por lo que inmediatamente fui a entregar los documentos a las autoridades.

—¿Dejados en la recepción… a mi nombre? —Piper frunció las cejas—. ¡Bien, pudo ser la chica!

—Los dejó un hombre, joven y guapo.

—¿Sí? ¿Cómo se llama?

—Lo ignoro, y la joven de la recepción no quiso decirme nada cuando traté de sonsacarla. Sólo…

—Entonces, ¿cómo sabes que era guapo?

—Elemental, mi querido Oscar. Lo comprendí por la forma cómo sonrió la jovencita cuando le pregunté por el aspecto del hombre. Pero esto no importa. Si queremos solucionar este misterio, tiene que hacerse de otra forma, y no cazando a un sospechoso. ¿Por qué no concentrarnos en la presunta víctima? Si realmente se trata de un complot para asesinar a la señora Adele Mabie, ¿por qué no vigilarla y atrapar al asesino en el momento psicológico?

—¡Teorías, Hildegarde!

—Bien, pues tus tan cacareados hechos y tu sentido común sólo han servido para llevarte a la cárcel. ¡Te repito que lo que hay que hacer es vigilar a la Mabie como un halcón acechando a su presa!

—Pues si vuelves tu mirada de halcón hacia atrás —rió el inspector—, verás a tu presunta víctima atravesando la puerta.

Era Adele Mabie llevando una pequeña cesta de mimbre al brazo, seguida de su esposo. Cuando vieron al inspector lo

saludaron con el gesto y se abrieron paso por entre las mesas.

—¡Vaya, el pájaro enjaulado! —Exclamó el senador.

—¡Pobre! —Se compadeció Adele—. ¡Lo que debe de haber sufrido!

El inspector les invitó a sentarse.

—Creo que ya conocen a *Miss* Withers.

—¡He estado escuchando sus aventuras en el tren! —Intervino la maestra, dándole una patada al inspector por debajo de la mesa. No había forma de que supiera nunca lo que debía hacer, callando su condición cuando era preciso, o presentándola como su secretaria cuando ella necesitaba demostrar cierta autoridad.

El senador Francis Mabie cogió la minuta y estudió la larga lista de platos en español.

—¿Qué es lo bueno?

—¡Dios lo sabe! —Se quejó Piper—. Todavía no ha venido la camarera —chasqueó los dedos, pero la impasible y voluminosa camarera pasó por su lado con dos atestadas bandejas, como un tren expreso pasa por una estación pueblerina.

La encargada, de color rubio vinagre, estaba inclinada junto a una mesa situada cerca de la puerta, hablando en voz alta con un cliente francés que había terminado de desayunarse y habíase desabrochado la chaqueta para enseñar una camisa azul brillante.

—Inténtalo con la encargada —le sugirió *Miss* Withers. El inspector volvió a chasquear los dedos, mas tampoco ocurrió nada. *Miss* Withers gritó ¡Señorita! En tono perentorio, y Adele Mabie, que había dado la vuelta al mundo en el «Emperatriz» de Australia y se enorgullecía de sus modales continentales, hizo un gesto de desamparo.

La rubia vinagre alzó la mirada, les sonrió vagamente y dijo:

—Un momento —y volvió a inclinarse hacia el hombre de la chaqueta desabrochada.

—Por mí no me importa —explicó Adele—, pero quiero preguntarle qué puedo darle a mi lagarto —señaló la cesta de mimbre—. ¿Comerá moscas?

Había muchas alrededor, eran demasiado listas para dejarse atrapar.

—¿Por qué no prueba con migas de pan? —Sugirió la maestra, cogiendo unos panecillos de una mesa vecina.

Adele abrió la cesta y dejó caer en su interior unas migas de pan.

—No parecen gustarle —dijo—. Creo que está enfermo.

Todos contemplaron la cesta, viendo a una forma vermiscente que se movía perezosamente entre unas pieles de plátano. El inspector arrugó el ceño.

—Odio a todos los reptiles, y los lagartos no son una excepción.

—Pero este lagarto es excepcional —observó *Miss* Withers, de repente. Frunció el entrecejo y volvió a mirar dentro de la cesta. Inesperadamente preguntó—. ¿Dónde tiene las patas?

—Es un lagarto recién nacido —le explicó Adele—. No les crecen hasta más tarde.

Miss Withers enarcó las cejas.

—Usted los confunde con los renacuajos. Los lagartos son lagartos… ¡éste tiene unas rayas que no me gustan nada!

Adele Mabie inclinó la cesta y de repente el pequeño reptil se irguió hacia su cara. La joven arrojó la cesta al suelo y el animal saltó al enlosado. Adele abrió la boca para chillar.

De la cesta acababa de surgir un bicho alargado, no más largo que una regla decimal, y del grosor del pulgar de un hombre. La cosa se retorció, se curvó y fue deslizándose por encima de las baldosas, su perversa cabeza balanceándose de lado a lado con gracia satánica. Todos contemplaron al bicho, fascinados.

—¡Atrás! —Gritó una voz masculina, a sus espaldas—. ¡Cuidado!

La mesa se volcó ante el empuje del inspector, y *Miss* Withers se asió a él, temblando de pies a cabeza. Detrás de ellos se materializó Julio Méndez, siempre con su sombrero azul. Se inclinó hacia el bicho, y de tres disparos de su inmensa automática con culata de nácar, lo abatió sin esperanzas.

Los colores del monstruoso bicho comenzaron a desvanecerse. Ya no era una cosa viva, satánica, sino una informe masa descolorida. Julio devolvió la pistola a su funda.

—Una coral —explicó—. Lo siento pero la serpiente coral es el más peligroso y dañino de los ofidios.

El restaurante se había convertido en un remolino.

—Siempre supe que algún día me alegraría de llevar esta pistola —continuó Julio Méndez—. Mis amigos me llaman John Wayne, pero…

Entonces apareció la encargada, falta de aliento y colérica.

—¡Ya voy, ya voy! ¡No es preciso llamarme a tiros!

Buscó en el bolsillo la libreta y el lápiz, mas en aquel momento alzó la cabeza y observó que las balas de Julio habían rebotado contra el suelo, dañando grandemente las pinturas que decoraban los muros. El joven siguió la dirección de aquella mirada.

—Creo que así quedan mejor —comentó con franqueza.

Hubo algunas frases respecto a daños y perjuicios y llamar a la Policía, cosa que al inspector no le gustó ante la perspectiva de pasar otra noche en la cárcel. Pero Julio, con galantería, cogió a la rubia vinagre del brazo, la llevó a un lado y habló con ella en voz baja. Un momento más tarde, volvió con sonrisa triunfal.

—Todo va bien —anunció—. Pero será mejor que nos marchemos.

Salieron todos a la calle.

—Ha vuelto a tener suerte, señora Mabie —exclamó el inspector.

—A propósito —quiso saber *Miss* Hildegarde Withers—, ¿quién le dio ese lagartito?

Adele, todavía temblorosa, meneó la cabeza.

—¡Nadie! Lo compré en Río Laja, a un individuo que había en el andén.

—¿Ah, sí? —Refunfuñó el inspector—. ¿Ah, sí?

—Podría ser —Julio Méndez acudió en ayuda de Adele, pareciendo haber tomado a todo el grupo bajo su protección—. A veces, los indios traen culebras del Golfo, de las marismas al sur de Tampico. Las venden a los naturalistas. Sin embargo, ningún indio confundiría una coral con un inofensivo lagartito —Julio movió solemnemente la cabeza—. ¡Nunca!

—Pues éste la confundió —le aseguró Adele—. ¡Tiene que creerme!

—¿Era un indio? —Quiso averiguar la maestra.

—¡Pues… no lo sé! Llevaba una de esas mantas tan sucias a la cabeza. No le presté mucha atención. Me dijo algo como «bonito lagarto… diez pesos».

—Entonces, ¿podría jurar que no se trataba de ningún mexicano o americano culto, fingiendo ser indio? —Preguntó Piper. Adele se limitó a mover negativamente la cabeza.

—Mi esposa compra todo cuanto ve —intervino el senador—. Está claro que alguien intentó causarle algún daño por medio de la

culebra, bien poniéndose un sarape, o alquilando a un indio para que le vendiese el género.

—Y si su esposa hubiese sacado por casualidad al reptil de la cesta… —insinuó *Miss* Withers.

—Creo… —Adele asió el brazo de su marido—, creo que volveré a mi hotel y me echaré un rato.

—Cuando vaya a su cuarto —la previno *Miss* Withers con toda seriedad—, no se olvide de mirar debajo de la cama. Y si quiere un consejo, acorte su visita a México todo lo que pueda. Cada veinticuatro horas hay aviones para Nueva York.

—Sí, pero… —murmuró Adele. Cruzó la calle, dejó a su esposo un instante para retroceder y le susurró a Julio unas frases de gratitud—. Me ha salvado la vida.

—Nos veremos, ¿eh? —Contestó Julio, quitándose el sombrero e inclinando la cabeza. Luego se alejó a buen paso.

Miss Withers y el inspector se quedaron solos en la acera, solos, excepto medio centenar de vendedores de lotería, mantas, cajitas de madera tallada, pañuelos y chicos limpiabotas. Unos a otros se interpelaban a grandes voces, debido al hecho de que la avenida Madero permanecía atestada de taxis, a todo lo ancho y largo de la calzada. Ningún chófer mexicano ha conseguido nunca, a fuerza de bocinazos, que la luz roja se ponga verde, pero nada pierden con probar.

—Bien —exclamó el inspector—, esto significa que podemos eliminar a Julio. De haber puesto él la culebra, no habría disparado para salvar a Adele.

—¿No? No vayas tan de prisa en absolver a ese jovencito. ¿Por qué se presentó con tanta oportunidad? Además, no apareció hasta que la serpiente hubo fracasado, según el propósito del criminal, y había caído al suelo. ¡Tal vez ese alegre joven no deseó que se produjese otro asesinato por accidente! —*Miss* Withers movió la cabeza—. Por otra parte, ¿no parece esto absolver a Dulcie Prothero? Porque no pudo disfrazarse de indio, ni pudo tratar con ningún vendedor de serpientes. Su patrona me dijo que desconoce por completo el español.

Empezaron a cruzar la calle, sorteando el tráfico, y de pronto se vieron atrapados en una corriente de vehículos. En aquel preciso instante captaron una visión de una chica americana dentro de un

taxi. Iba mirando a un individuo muy alto, de rostro atezado y muy agradable, con una onda de pelo gris, que la acompañaba.

En el instante en que el taxi arrancaba, *Miss* Withers oyó la voz de la joven que decía:

—… pájaro en mano que ciento volando.

Oscar Piper contempló cómo se alejaba el taxi, y luego dejó ver una mueca irónica en su faz. *Miss* Withers tuvo que arrastrarle a la acera para librarle de morir aplastado.

—Oscar, ¿qué te pasa?

—Nada, Hildegarde, nada en absoluto —contestó el inspector, riendo de oreja a oreja—. Sólo que la jovencita del taxi, que hablaba en español…

—¿Bien, qué?

—Es tu antigua alumna, Dulcie Prothero.

—¿Qué? —La maestra abrió mucho los ojos—. ¿Tan bonita es ahora? Claro, tenía que ser así. Era muy lista para los idiomas. Era muy lista para todo… menos en los deportes.

6

—¡EL correo todavía no ha llegado! —Rezongó la mujer sentada detrás del mostrador del Consulado norteamericano. Era una mujer regordeta con algunas hebras blancas en el cabello, con un aspecto general de mujer de teatro.

—No espero correspondencia —replicó Dulcie Prothero—. ¿No podría, por favor, ayudarme a encontrar a alguien? ¿A alguien que está en México?

—Busque en ese libro —la mujer le indicó con la pluma el registro situado sobre una mesita próxima—. Todos los norteamericanos tienen que firmar ahí, aunque algunos no lo hacen.

—Óigame, tengo que encontrar a esa persona…

—¡El correo no ha llegado todavía! —Le soltó la mujer a un recién llegado. Era un individuo excepcionalmente bien parecido y muy bien trajeado, de rostro tostado y una onda de cabello gris. Le sonrió a Dulcie, cuando la joven ya se marchaba.

—Tal vez —dijo Michael Fitz con su simpática voz—, tal vez sea yo la persona que busca.

Dulcie le contempló y luego negó con la cabeza.

La sonrisa de Fitz era cautivadora.

—Entonces, quizá pueda ayudarla. Aquí tiene mi tarjeta. Soy una especie de enlace de la colonia norteamericana. Siempre hallo apartamentos para alguien, o les ahorro multas de tráfico…

—Mi problema es más serio. Gracias, señor Fitz, pero temo…

—Espere —la interrumpió el joven—. ¿Tengo que buscar al Lobo Feroz?

—N… no —admitió ella.

—Mire, los norteamericanos solemos permanecer muy unidos. Si da una vuelta por la ciudad, especialmente sin saber español, se le presentarán toda clase de conflictos. Yo conozco a todo el mundo, todos los ángulos, todos los resortes. Y estoy a su servicio.

—Bien —reflexionó Dulcie—, estoy buscando a un hombre.

—Esto debería de resultarle muy fácil —dijo el joven, con galantería cómica.

—Un hombre, en particular. Es una larga historia…

Mike Fitz le ofreció el brazo.

—Nosotros tenemos un proverbio que dice: «Las largas historias necesitan largos tragos». O al menos un buen almuerzo. Conozco un sitio no lejos de aquí, a cinco minutos de taxi…

Dulcie, en el taxi, encontró encantador a su acompañante. No se sentó muy cerca de la joven, pero charló alegremente de cosas impersonales.

—Enséñeme ese proverbio español respecto a las historias largas —le suplicó ella. El joven se lo repitió y varios más.

—Un pájaro en mano vale más que ciento volando.

—Un pájaro en mano vale más que ciento volando —repitió ella al cabo de un instante—. Me gusta más éste que su equivalente en inglés.

—Cierto —reconoció Michael Fitz. Y no bromeaba.

Bajaron por Madero, en medio del tráfico matutino, luego torcieron a la izquierda y finalmente saltaron del taxi.

—¡Oh! —Exclamó Dulcie cuando se vio al otro lado de la puerta del establecimiento. Estaba contemplando los muros cubiertos de anémicos Arlequines, Pierrots y Pantalones, que parecían burlarse de todos los circunstantes—. ¿Seguro que esto es un restaurante? Más bien parece una cafetería…

—Naturalmente —replicó su acompañante—, pero podrá comer aquí, si le apetece. Aunque no se lo aconsejo. Siempre es malo comer con el estómago vacío —llamó al camarero, quien les llevó hacia una aislada mesita—. Dos combinados de champaña —pidió. Acto seguido le ofreció a la joven un largo y aromático cigarrillo que, pensó Dulcie, tenía olor a hojas quemadas. Después, el joven se apoyó de codos a la mesa, y procedió a estudiar la tez de la muchacha, como si quisiera aprenderse de memoria cada una de sus graciosas pecas—. Bien, ahora bébase esta medicina y cuénteselo todo a Tío Mike. Está usted buscando un hombre. ¿Qué hombre? ¿Joven?

—Sí —fue la rápida respuesta—, más que usted, más que yo… Escuche…

Mike Fitz escuchó, y poco después pidió más combinados.

—¡Camarero! —Llamó Fitz. El camarero se hallaba en aquellos momentos pasando mil apuros con una turista angulosa que había penetrado en «El Arlequín» bajo la impresión de que se trataba de un *drugstore*, y había pedido limonada.

—¡Limonada de limón, y no de esa bazofia de limas!

Dulcie seguía hablando, fijos los ojos en los frescos que decoraban las paredes.

—Está claro que abuelito halló las cuatro esmeraldas cuando venía hacia aquí —dijo ensoñadoramente—. Fue cuanto dejó al morir, aparte de los cuadros que nadie compró. Y luego, en uno de los bocetos mi… mi hermano y yo encontramos uno titulado *El Cañón de las Esmeraldas*.

—¿El Cañón de las Esmeraldas?

—Era una especie de tosco estudio, representando un desfiladero rocoso con unos pinos arriba, y al fondo un monte nevado.

—No ayuda mucho —observó Fitz—. En México los hay iguales a docenas.

—Sí, pero este monte tenía un penacho en la cumbre. No hay demasiados volcanes por aquí, ¿verdad? Además, mi hermano Bob pensó que con un poco de suerte podría descubrir el lugar. Conque vino hacia aquí… y después yo vendí todas las esmeraldas, excepto esta pequeña —Dulcie abatió los ojos hacia la piedra oblonga del broche que lucía en un hombro—, y decidí venir en su busca.

—Usted temió que su hermano no hubiese tenido suerte y no pudiera enfrentarse…

—Oh, no —rechazó ella la sugerencia—. Temí que hubiese encontrado el cañón… y se quedase aquí indefinidamente. Mire, Bobsie no es de confianza cuando hay mujeres a su alrededor. Y éste —concluyó— es el motivo de que necesite ayuda.

A pesar de su suavidad, la mano de Fitz se mostró sorprendentemente firme cuando asió la de la joven a través de la mesa.

—Bien, cuente conmigo.

Dulcie se dio cuenta de que no le soltaba la mano, y que había arrugado el entrecejo, mirando hacia la puerta de la calle.

—Es alguien que no quiero que conozca —explicole rápidamente —. Un par de bribones. No siempre puede uno fiarse de sus

paisanos —se inclinó sobre la mesita, como si se hallase completamente absorto en la contemplación de la joven.

Pero ella movió la cabeza y sus labios compusieron la palabra:

—¡Conocidos!

Fitz se giró y vio que los dos recién llegados se habían acercado a la mesita y estaban de pie, sin moverse, a su lado. Uno era alto, delgado y con la barbilla azulina, y el otro era bajo y lucía un voluminoso «Stetson». Fue maravilloso ver la expresión de asombro que se retrató en el semblante de Michael Fitz.

—¡Vaya, condenado me vea! —Exclamó, señalando, hospitalario, un par de sillas—. Sentaos, sentaos. Brindaremos por tan feliz encuentro. Os presento a una encantadora compatriota. Dicen que cuanto más seremos, más reiremos.

Hubo un silencio.

—Ya nos conocimos en el tren —dijo Dulcie—. Los señores Hansen y Lighton, ¿no?

Ambos saludaron.

—Te hemos estado buscando, Mike —agregó Hansen.

—En el «Mariposa», en el «Mac» y en «La Cucaracha» —añadió Lighton, roncamente.

—No queremos beber —rechazó Hansen la muda invitación.

Mike Fitz asintió.

—Perdóneme un momentito —le dijo luego a Dulcie—. Volveré dentro de un par de segundos —se levantó, deslizó amigablemente los brazos por debajo de los codos de ambos hombres y todos se encaminaron hacia el «excusado», desapareciendo por una esquina.

Dulcie procedió a empolvarse la cara, procurando disimular las pecas de su nariz. Y en aquel momento una sombra se irguió, materializándose a su lado. Una suave voz le habló al oído.

—¿Molesto?

Era Julio Méndez, portador de un bastón de malaca. Insinuó el asiento fronterizo a la joven y sonrió amablemente.

—¿Me invita a una copa? —Le preguntó Dulcie.

Julio estaba a punto de sentarse, cuando exclamó de repente:

—No, porque usted ha estado arrojando la bebida detrás de este almohadón, dentro del cenicero —la acusó—. El almohadón está empapado. Y éste es un truco de mala entraña con unos combinados de cuatro pesos. ¿Quién ha sido la víctima, algún familiar?

—¡El señor Fitz no es ningún familiar mío! —Replicó Dulcie.

—Bien, creía que aquel caballero —se sorprendió Julio— era un familiar o al menos amigo de la familia… de todas las familias.

—Y si he tirado la bebida…

—Eso no me interesa —le aseguró él—. Bien, ya la he encontrado. Anoche se me escurrió del tren sin darme sus señas en México.

La sonrisa de Dulcie reflejó una extremada inocencia.

—A mí me pareció que era usted quien se escurría cuando vio llegar a la Policía.

—Bueno… —tartamudeó el joven—. ¿Qué le parece si le diese plantón a ese Fitz y fuésemos los dos juntos por ahí?

—No… no puedo. Es un hombre muy importante en la ciudad y me ayudará. Tal vez me consiga algún empleo hasta que… hasta que vuelva a Nueva York.

Julio Méndez pareció estar a punto de ahogarse.

—¿De veras? ¡Una persona muy simpática, y posee una cervecería, una plantación y una mina de oro! ¡Y tiene un bellísimo apartamento en el «Edificio Príncipe», en el Paseo, que tiene ganas de enseñarme!

Julio calló unos instantes.

—Yo la llevaría a Xochimilco —continuó—. Navegaríamos en barca por el canal, a través de los «Jardines Flotantes», con mariachis que cantan viejas baladas. Es muy romántico.

—No vine aquí para… A veces odio el romance —exclamó. Calló y pareció suavizarse—. Mañana es domingo —insistió—. Y si viene a buscarme al «Hotel Milán» y me acompaña a los toros…

Mike Fitz pasó junto a la mesa, camino de la puerta, con Hansen y el periodista. Asintió varias veces antes de que los otros se marchasen y por fin dijo:

—Bueno, hasta mañana por la tarde… lo más tarde.

Julio no había contestado y Dulcie parecía molesta.

—¿Por qué «El Toreo»? —Preguntó él finalmente[2]—. Hay en mi país muchas cosas bellísimas, pueblecitos, la ruta que va hacia los cráteres del Nevado de Toluca, y los charros con sus pintorescos trajes, montados en finos caballos árabes, y…

—Opino que una corrida debe de resultar cautivadora y quizás el espectáculo más emocionante del mundo. ¡Estoy segura de que el

señor Fitz asistirá!

—¡Naturalmente! —Exclamó el aludido, volviendo a la mesa. La mirada que le dirigió a Julio no fue particularmente calurosa.

—Un amigo del tren —le explicó Dulcie. Tras las debidas presentaciones, hubo una invitación para un brindis, que fue rechazada cortésmente. Julio se levantó, procurando disimular un bostezo.

—La una… es hora de hacer la siesta —observó—. Hasta la vista.

Fitz y la chica se marcharon a continuación, andando con lentitud. La puerta se cerró a sus espaldas, pero de pronto volvió a abrirse y la pareja reapareció. La ocupante de la mesa contigua, tras haber puesto a un lado el *Aprenda Español en Diez Lecciones*, con el que había estado batallando, estaba ya a punto de marcharse también. Su curiosidad, sin embargo, pudo más que ella, al contemplar cómo la joven y su acompañante se dedicaban a registrar los alrededores de la mesa que acababan de abandonar, levantando los cojines y buscando debajo de la mesa.

—¿Han perdido algo? —Preguntó *Miss* Hildegarde Withers—. ¿Algo de valor?

—¡Un broche con una esmeralda! —Le contestó Michael Fitz, con el rostro enrojecido, y a gatas en el suelo—. ¡Nada más!

El vestíbulo del «hotel Georges» está decorado de acuerdo con el estilo prevalente en México, con muebles geométricos, mucho cristal y metal. En medio de la barahúnda general se hallaba sentado Oscar Piper, con la nariz enterrada en un ejemplar, de cuatro fechas atrasadas, del *Times* de Nueva York. Un hombrecillo le limpiaba los zapatos con exagerado vigor.

—¿Poniéndote guapo, Oscar? —Inquirió *Miss* Hildegarde Withers, acercándose al inspector.

—Sí, hoy es la tercera vez —confesó él—. No sé resistirme ni conozco el español para poder negarme. ¿Cómo estás?

—Pues…

—Ya sabía que no conseguirías nada corriendo detrás de aquel taxi —se burló Piper. Ambos levantaron la mirada al oír acercarse a un hombrecito de aspecto de pájaro, seguido por una vieja dama, muy parecida a una urraca.

—¡Oh, inspector!

Piper trató de levantarse, con gran desesperación del limpiabotas. Presentó *Miss* Withers al matrimonio Ippwing.

—De Peoria —añadió.

—Éste es un lugar magnífico para unas vacaciones —alabó el señor Ippwing.

—Y un magnífico lugar desde el cual regresar —añadió su esposa.

—Íbamos a la conserjería a entregar una carta para el correo —explicó el señor Ippwing—. Le hemos escrito a nuestra hija inválida todo lo que ocurrió en el tren. ¡Tuvimos un asesinato! —Le confió a *Miss* Withers.

La maestra exclamó que le hubiese gustado mucho hallarse presente.

—¡Y estoy segura de que no ha concluido todavía el asunto, si quieren saber mi opinión! —Agregó la señora Ippwing—. Porque nuestra habitación está junto a la *suite* de los Mabie, y les hemos oído discutir sobre algo… Y ahora mismo…

—Ahora, en la conserjería hemos oído a la telefonista, una chica muy simpática que habla inglés a la perfección, y estaba pidiendo reservas de avión para los señores Mabie —terminó el esposo.

—¡Huyen! —La exclamación de la dama de Peoria pareció un disparo. A continuación salieron bajo la ducha de la inevitable lluvia de una tarde de verano en México.

—Por lo visto los Mabie piensan seguir tu consejo —le dijo Piper a la maestra, la cual estaba componiendo con los dedos sobre la mesa una imaginaria canción.

—Oscar —preguntó de repente—, ¿qué clase de hombre es el señor Mabie?

—¿Francis? —Parpadeó Piper—. De cuarenta y cinco años, le gustan los filetes gruesos y los pasteles de trigo delgados, buen líder de distrito, pero no es ninguna maravilla. Creo que se casó por dinero, mas los demás opinan que lo hizo para figurar dignamente en sociedad. Sabe jugar limpiamente al póquer, si bien carga la mano en las apuestas y siempre va al máximo, aunque no haya ligado…

—¿Su forma de pensar, sus emociones…?

—Lee a Eddie Guest. Se anima cuando la orquesta interpreta «Dixie». Lleva un clavel el Día de la Madre.

—¿Mujeres? —Le apremió la maestra.

—No en particular. ¿Y por qué? Casado con una mujer muy guapa, que posee un millón… —Piper se encogió de hombros—. Si algo ocurriese, naturalmente, heredaría. Sin embargo es muy sincero a este respecto.

—Sincero respecto a una cosa que nosotros hubiésemos podido averiguar con el mínimo esfuerzo, lo cual no acredita mucho su franqueza. Oscar, un asesinato casi siempre es cometido por la persona que ha de resultar más beneficiada. Aunque admito que un veneno en una redoma de perfume, para no decir nada de la fantasía de la taza de té hecha añicos de un disparo y la serpiente, no cuadran con la personalidad de Francis Mabie.

—Más bien se compaginan con la pelirroja, a pesar de que tú opines que es cándida como una azucena.

—No te dije eso —replicó *Miss* Withers—. Pero todavía le daría una buena puntuación de inocencia. Y admitiré, sin embargo, que no debemos desdeñar a Dulcie Prothero en este caso.

—¡A mí me lo cuentas! —Rezongó Piper—. ¡Ojalá supiera por qué Mabie le entregó aquellos treinta dólares en el tren!

—Bien, ¿por qué no se lo preguntas?

—¡Lo hice! —Gritó Oscar Piper—. Hace media hora, aquí mismo. No le dije, claro está, que le había visto dárselos, sino que había oído cómo la muchacha hablaba de cierto préstamo… ¿Y qué crees que me contestó?

—¡Sin adivinanzas, por favor!

—Que la joven era una embustera, y luego se marchó a la calle.

La noche cayó sobra la antigua capital de los huastecas, siguiendo a un crepúsculo que barrió la vista de los montes, las torres, los rascacielos y el parque. La ciudad pareció desvanecerse, emergiendo en la oscuridad como una fotografía superpuesta. No había luces, ninguna, excepto las de las linternas en manos de los policías de tráfico, los faros de los coches y la procedente de las velas de los establecimientos. Incluso los ruidos parecían haberse calmado, como asustados de las tinieblas circundantes.

—¡En México, por lo visto, cuando hacen huelga, hacen huelga! —Perogrulló *Miss* Withers para sí misma, contemplando desde el balcón de su habitación la avenida Madero, convertida en una caverna. Luego encendió la vela que un empleado le había

entregado, en una palmatoria. Descolgó el teléfono y pidió que la pusieran con la habitación del inspector Piper. No hubo respuesta —. Por favor, avíseme cuando llegue.

Se sentó con un libro en la mano, pero no leyó. De pronto, *Miss* Withers salió al oscurecido pasillo, subió las escaleras hasta el cuarto 307, el cual se hallaba casi exactamente encima del suyo. Llamó imperiosamente.

—¿Sí? —Dijo la sorprendida voz de Adele Mabie. Después abrió la puerta cautelosamente.

—Quiero hablar con usted —empezó a decir la maestra.

—Entre, por favor. Estoy sola. Francis tenía una cita de negocios…

La maestra aceptó una silla.

—No le importará mi intromisión, ¿verdad?

—¡Ya es hora de que alguien se entrometa! —Asintió Adele—. ¿Qué ha sucedido?

—Nada —la tranquilizó *Miss* Withers—. Ni nada tiene que suceder. ¿Recuerda mi sugerencia respecto a un pasaje de avión para el regreso?

Adele asintió.

—Mi esposo está tratando de encontrar pasajes para el primer vuelo…

—¡No lo haga! ¡No coja ese aeroplano! ¡Quédese aquí, si en algo estima la vida!

Mucho tiempo después, *Miss* Withers todavía recordaba la expresión de estupor que se retrató en el semblante de Adele Mabie. Luego se trocó en otra de asombro mezclado con cierto alivio.

—Gracias por el consejo.

—¿Entonces no se irá?

—No me importa lo que diga Francis… ni nadie —contestó la joven, moviendo lentamente la cabeza—. No me iré. No tenía la menor intención de marcharme. ¡Antes me moriría!

—Trataremos de que no sea así —afirmó *Miss* Hildegarde Withers. Se encaminó hacia la puerta, y de pronto se detuvo—. A propósito… se trata de una pregunta muy delicada. ¿Ha habido… alguna fricción en su familia? ¿Alguna diferencia de opinión?

—¡Claro que no! —Adele estaba asombrada.

—¿De veras? Se rumoreó algo esta tarde…

Una sonrisa de estupor, de pesar, se dibujó en la cara de Adele.

—Bueno… Francis estuvo un poco gruñón porque me opuse a que reservase los pasajes del avión. Pero es demasiado bueno para que le dure mucho un enfado. Se marchó y anduvo varios kilómetros para comprarme unos bombones de chocolate francés, que sabe me gustan mucho, y vino a ofrecérmelos como una bandera de paz —señaló una cajita que estaba sobre la mesa escritorio—. ¿Cree que esto indica que las cosas van mal entre Francis y yo?

Miss Withers se vio obligada a admitir que no. Y en aquel momento se abrió la puerta repentinamente y el senador Mabie apareció en el umbral, completamente mojado.

—¡Adele, parece como si todo el cielo se desplomase sobre la ciudad! —Gritó, enfadado. Entonces, reparó en la maestra—. ¡Oh, hola!

—¿Sigue lloviendo? —Preguntó *Miss* Withers, muy desenvuelta —. Bien, tengo que marcharme.

Ambos esposos estaban intercambiando unas palabras en voz baja. Amparada en la penumbra proporcionada por la vela, la maestra escondió un envoltorio bajo el brazo. *Miss* Hildegarde Withers estaba complacida consigo misma.

Y aún lo estuvo más cuando más tarde, el inspector llamó a su puerta y entró, como de costumbre, sin hacer caso de los convencionalismos.

—Hola, Oscar.

El inspector se dejó caer en una butaca.

—Sin resultado. Hansen y Lighton han pasado la velada en una «cantina» de esta misma calle. El senador les hizo compañía un rato, pero ahora todos se hallan ya en sus respectivas y muelles camas.

—¿Y Dulcie Prothero? —Inquirió la maestra. Dio una vuelta por la estancia, encendiendo otras velas de repuesto, a fin de iluminar mejor el ambiente.

—Se marchó con un fulano en taxi… El tipo concuerda con la descripción de ese Fitz —le explicó el inspector—. Iba con un vestido de noche.

—¿Esto es cuanto has averiguado con tu salida nocturna?

—Excepto que dos veces me pareció ver a ese Méndez, escurriéndose por las esquinas. ¿No tiene un hogar adónde ir? No

comprendo por qué ese idiota de ópera cómica…

—Oscar, ¿por qué no te sacas el cigarro de la boca para hablar? —Le espetó ella, con frialdad.

—¿Cigarro? No estoy fumando —se extrañó él. Añadió—: Es un bombón de esta cajita. Muy bueno.

Miss Withers cruzó la estancia de dos zancadas, una máscara de horror en su rostro.

—¡Oscar Piper! No son míos los bombones. Es un regalo del senador a su esposa. Lo robé para analizar el veneno.

—¿Qu… qué? —El inspector estaba a punto de ahogarse, pálidos los labios—. ¡Pues ya podías habérmelo dicho antes! —Y salió del cuarto apresuradamente.

Hasta unas horas más tarde no cerró definitivamente su puerta la maestra, para darle a su cabellera los acostumbrados pases de cepillo, antes de apagar las velas. No había motivo alguno para sentirse culpable. Al contrario, parecía llegado el momento de poner en marcha alguno de sus trucos.

—Agente catalítico —refunfuñó lo que la había llamado el inspector una vez, porque siempre formaba una mezcla química que usualmente provocaba una explosión—. ¡Despejen las líneas…! ¡Informa el Agente Catalítico! —Se burló, sonriendo al desnudarse.

Se despertó sobresaltada al sentir un golpe contra su cama. Al instante se halló en plena posesión de sus facultades.

—¡Alto donde estés! —Exclamó—. ¡O te volaré en mil pedazos!

La maestra buscó la lamparilla de la mesita de noche. De repente recordó que no había luz, y por fin encontró una caja de cerillas.

Encendió una vela, y al momento el amenazador cepillo le cayó de la mano. No necesitaba fingir que estaba armada. El único intruso de su habitación era un tintero, un pesado tintero de cristal. Pegado al mismo, por medio de una goma, había un folleto que *Miss* Withers no tardó en reconocer: era un itinerario e indicador de los «Ferrocarriles Nacionales».

Frunciendo el ceño, corrió hacia la abierta ventana, y atisbó en la oscuridad de la desierta calle. Después, encendió otra cerilla, y observó que todos los trenes que se dirigían al norte del país habían sido marcados de manera sugerente con lápiz rojo.

7

EL inspector Oscar Piper se despertó sobresaltado, abandonando la pesadilla que siempre le acompañaba cuando dormía en cama extraña. Bostezó, se rascó la nuca y parpadeó ante el brillo cegador del sol que inundaba la habitación. Las ventanas eran como dos cuadros gemelos, dos aguafuertes del azul firmamento, las tempestuosas nubes, y el campanario de una iglesia en lontananza.

Por desgracia no fue el tañido de las campanas de Santa Veracruz lo que despertó al veterano sabueso, sino el estridente repiqueteo del teléfono, colocado sobre la mesita de noche, a pocos centímetros de su oído izquierdo.

—¿Diga?

—¿Todavía no estás muerto?

—¿Eh?

—Los bombones… —le recordó *Miss* Withers—. ¿Algún dolor?

—¡No! —Cambió de tono—. ¿Te gusta despertarme sólo para preguntarme necedades?

—Pensé que valía la pena despertarte temprano. Ya sabes, a quien madruga…

El inspector replicó agriamente que estaba harto de refranes.

—Pero en vista de que no hay modo de descansar en esta ciudad —añadió—, será mejor que me levante. Dentro de media hora, en el vestíbulo.

—¡Bravo! —Aprobó la maestra—. Y tendré algo que te despabilará —y colgando el receptor, *Miss* Withers salió corriendo de su cuarto, subió al piso superior y llamó a la puerta del 307.

En el interior no se oía nada, por lo que volvió a llamar. Un instante después se abrió la puerta… pero no vio a Adele Mabie.

La maestra se encontró cara a cara con… el senador Francis Mabie. Iba vestido con un batín amarillento, debajo del cual se

veían los pantalones de un pijama claro. Como todavía no se había afeitado ni peinado, el senador parecía un villano de opereta. En una mano sostenía un *highball.*

Miss Withers gruñó en desaprobación.

—¡Oh… no quería interrumpir su desayuno! —Exclamó—. Quisiera hablar un momento con su esposa.

—Adele ha salido.

—¿Salido? ¿Con quién?

—No me lo ha dicho —admitió el senador—. De compras, supongo. Se levantó muy temprano y se marchó —de repente, sus ojos se posaron en la cajita de chocolatines que *Miss* Withers tenía en la mano—. ¡Caramba, los tenía usted!

Ella asintió y le entregó la caja.

—Es culpa de mi cleptomanía —se excusó—. Después, siempre me arrepiento.

Mabie dio un paso hacia atrás, mirándola dudosamente.

—Cójala —insistió la maestra. Mabie la aceptó automáticamente, y la dejó sobre la mesa escritorio de la estancia.

—¿Quiere saber por qué la cogí anoche? —Le preguntó *Miss* Withers, de sopetón—. ¿O lo sospecha ya?

Era evidente que Mabie lo sospechaba.

—La Policía sólo se interesa por los crímenes cometidos —continuó la maestra—. Pero a mí me gusta más prevenir uno que solucionar una docena —se acercó a la mesa—. ¿Le importa que le deje una nota a su esposa, ya que estoy aquí?

—Como guste —la invitó él, y la maestra se sentó a redactar unas líneas, en tanto el senador se arrellanaba en una butaca para absorberse en su bebida.

—¿No hay tinta? —Preguntó la maestra al observar la falta de un tintero, y tras haber arrancado una hoja de un bloc con el membrete del hotel.

—En el cajón —le sugirió el senador. Efectivamente, en uno de los cajones había un pesado tintero, medio lleno. Era de un tipo que *Miss* Withers ya había visto antes. Ocultando su desencanto, procedió a redactar la nota.

—Sólo quiero darle un consejo a su esposa —se creyó en el deber de explicar mientras procedía a doblar la hoja, la ponía dentro de un sobre y lo cerraba.

—Sí, mi esposa necesita algunos consejos —concedió Mabie.

Miss Withers le miró de soslayo.

—Ya… Alguna disputa, ¿no? Respecto a si es preferible quedarse a coger el avión, ¿verdad?

—Nada de eso —el senador tenía ganas de explayarse—. La discusión fue… por una de las cosas por las que normalmente discuten los matrimonios.

Miss Withers prefirió no ahondar en el asunto. Conocía todos los ángulos del triángulo.

—¿Por la pequeña Prothero?

—Sólo hay una cosa por la que vale la pena discutir —negó con el gesto—. ¿Sabe por qué? —Vació su vaso y sonrió—. ¡Dinero!

Ahora fue la maestra la sorprendida.

—Yo pensaba…

—Usted pensaba que mi mujer tenía todo el dinero del mundo, ¿no? Bien, lo tiene. Pero cuanto más se tiene más se quiere. Yo siempre he considerado el dinero… bueno, como las fichas del póquer. Y ella piensa que es el fin del principio. Y porque yo no soy muy tacaño…

—¿Se dejó enredar por casualidad en uno de los negocios del señor Hansen, para venderles cestos a los indios o sacar carbón de las inexistentes minas de Newcastle?

—¡Nada de eso! —El senador estaba enfurecido—. Adele no habría dicho nada si no estuviese trastornada por esos intentos de asesinato. Comprendo que cualquier persona en su lugar tendría los nervios de punta. Ordinariamente, Adele es la persona más espléndida que conozco, pero ahora… —atravesó la estancia y cogió una botella y un sifón—. El coñac mexicano con soda no es tan malo —dijo—. ¿Me acompaña?

—Aún es temprano para mí —respondió muy digna la maestra. A continuación, intrigada y desalentada por los resultados de su visita, se marchó.

Ya en el pasillo titubeó, y luego, sin rubor alguno, aplicó un ojo a la cerradura de la habitación que acababa de abandonar. Sólo consiguió divisar un pedazo de ventana. Pero poseía unos excelentes oídos, y no tuvo la menor dificultad en oír cómo el senador abría el sobre —el sobre que contenía un mensaje improvisado y sin la menor importancia— que la maestra había

dejado para Adele.

Ya en el vestíbulo no vio rastro del inspector, por lo que invirtió quince centavos en un ejemplar del *Universal* y se instaló con el diccionario al lado para traducir los titulares.

Sin embargo resultó que el vestíbulo del «Hotel Georges» aquella mañana no era un lugar apropiado para descansar. Frente a la entrada había varios camiones, y varios obreros con mono azul, provistos de llaves inglesas, tablas y cintas de medición, entraban y salían continuamente. Siendo una neófita en México, la maestra pensó que se habría producido un temblor de tierra o algún cataclismo similar, ya que aquellos obreros estaban trabajando en domingo.

Por fin bajó el inspector, brillante la cara por el efecto combinado de un buen rasurado y el agua fría.

—¡Esta huelga me está atacando los nervios! —Se quejó. Mas en aquel instante se les acercó el gerente del hotel, todo disculpas. Era un hombre regordete y protuberante, de rostro rojizo, y cuello postizo. La maestra le encontró cierto parecido a Akim Tamirof con mezcla de Cantinflas.

—¡Ah, tengo buenas noticias! —Anunció con la más grata de las sonrisas—. ¡Basta de velas! ¡No más agua fría! Aunque la huelga prosiga una semana más, el «Hotel Georges» tendrá desde hoy su propio generador, su propio equipo de fuerza… aunque todo muy caro. Esta noche les prometo luces y agua caliente desde las siete a las nueve. ¡El «Hotel Georges» a su servicio! —Y se apresuró hacia la puerta para vigilar la entrada de un bidón de gasolina.

—Oscar —dijo *Miss* Withers—, ¿se te ha ocurrido que…?

Pero el inspector la cogió del brazo.

—Primero desayunar, después las pistas —salieron a la calle inundada de sol—. Hoy necesitaremos de todas nuestras fuerzas.

Mientras gozaban de un magnífico desayuno, aquella extraña pareja de detectives vieron que las cosas se dicen con más facilidad que se hacen. En primer lugar, tardaron más tiempo de lo corriente en conseguir la atención de la rubia vinagre y escoger el desayuno. Éste, cuando llegó, estaba frío. La camarera murmuró una excusa, al oír las quejas de ambos comensales, achacando las deficiencias del servicio a la huelga.

—¡La huelga, señor [3] !

Los agujeros causados por los proyectiles de Julio Méndez seguían siendo visibles en la pared, dos ojos negros que les miraban con intensidad. Asimismo, se veía una mancha parduzca en el suelo enlosado, donde había muerto el horrible bicho. La serpiente coral, con sus anillos rojos, negros y amarillos…

Mientras se desayunaban, *Miss* Withers le entregó al inspector la guía de ferrocarriles con las marcas rojas a lápiz.

—¡El primer resultado, Oscar!

—No lo entiendo.

—Bien, yo sí. Alguien me insinúa con delicadeza que me largue, en forma de tren, hacia Nueva York. Lo cual significa que estamos muy cerca del criminal.

—Pero, ¿qué te hace suponer…? —Exclamó Piper.

—¿Está clarísimo, no?

—Bien, sí… —el inspector meditó unos momentos y luego inquirió—. Pero, ¿quién diablos…?

—Si lo supiéramos, tendríamos el caso resuelto —fue la respuesta de la angulosa maestra. Volvieron a salir a la calle. El sol había desaparecido, envuelto en nubes, y el «Hotel Georges» se destacaba contra el firmamento, un firmamento más gris que azul. Del sur venían unas enormes masas nubosas.

—Aquella es mi ventana —señaló *Miss* Withers—, aquella donde ondea la cortina.

—Bien, esto prueba una cosa —afirmó el inspector—. Que la Prothero es inocente.

—¿De veras? ¿Por qué?

—Ninguna muchacha sería capaz de lanzar un tintero con la fuerza suficiente para que se colase por aquella ventana. Hay dos pisos de altura.

Miss Withers se mostró conforme.

—Entonces podemos eliminarlos a todos, excepto a Hansen, al senador, a Lighton, al señor Ippwing, a Julio Méndez, a… bien, y a ti mismo.

De la Alameda venía un enorme gentío, y una orquestina iba tocando música bajo los grandes olmos. Pero *Miss* Withers, por el momento, no estaba interesada en los asuntos cívicos.

—Un momento —le rogó al inspector. Había un edificio en construcción en la esquina de San Juan de Letrán, con un montón

de invitadores ladrillos a un lado—. Un pequeño experimento no causará el menor daño.

Y antes de que Oscar Piper pudiera detenerla, la maestra cogió un ladrillo de buen tamaño y lo blandió en dirección al «Hotel Georges».

—Ahora veremos, Oscar…

La verdad es que el experimento estaba destinado a fracasar antes de ser llevado a cabo. Una voz se elevó con acritud a espaldas de la maestra.

—¡Alto, señora! —Ambos se volvieron a punto de ver a un guardia, un guardia de aspecto marcial, muy severo. En la manga derecha llevaba una banderita norteamericana, alemana y francesa, lo que significaba que hablaba los tres idiomas, por lo cual percibía tres pesos de paga extraordinaria cada día por su habilidad al poder dirigirse a los distintos turistas en su lenguaje natal.

—¡Alto, señora! —Repitió, arrancándole el ladrillo de la mano y arrojándolo al montón—. ¡Debería estar avergonzada de su actitud! ¡Una dama como usted… a estas horas de la mañana!

Su voz tenía el tono persuasivo que se emplea para hablarles a los niños traviesos, a los dementes y a los alcoholizados. Pero *Miss* Withers le hizo frente y le espetó con toda la frescura:

—No soy una turista norteamericana, joven, ni me hallo bajo la influencia del alcohol.

Oscar Piper remachó el clavo:

—¿No se ha dado cuenta de que esta dama no es un mochuelo noctámbulo?

La expresión del policía demostró súbita comprensión. Trasladó su mirada desde *Miss* Withers a la escena, que se estaba desarrollando en la Alameda, vio las pancartas rojas apoyadas en los verdes árboles y oyó la «Internacional».

—Claro —dijo—. Se trata de una pequeña demostración, una protesta contra la avaricia capitalista, ¿verdad? La dama quiere mostrar sus simpatías hacia los sindicatos, ¿no? Mil perdones —y con una sonrisa de disculpa se retiró, no tardando en desaparecer por la esquina de la calle.

Miss Hildegarde Withers, cuya mente estaba obsesionada y contemplaba ávidamente el montón de ladrillos, sintió que el inspector la cogía del brazo.

—Vámonos de aquí, Emma Goldman —la aconsejó—. Huyamos de la revolución.

Se enteraron, por el simple expediente de preguntárselo a la simpática telefonista del hotel, que Adele Mabie todavía no había regresado.

—Oscar, empiezo a preocuparme —declaró *Miss* Withers—. Me prometí no dejar que esa joven desapareciese de mi vista si podía impedirlo, y ahora está recorriendo sola la ciudad.

—Mientras esté sola —observó el inspector con sequedad—, no corre riesgos.

—Ya sabes a lo que me refiero. Bien, me sentaré y esperaré su regreso. Sospecho que va a suceder algo… y que yo me veré mezclada en ello.

Ambos se sentaron, esforzándose por rehuir los ofrecimientos de los tercos limpiabotas que sonreían estúpidamente.

—¡Caramba —comentó Piper—, a cincuenta centavos cada limpieza, esos tipos se hacen millonarios!

Esperaron, sin abandonar la vigilancia. A las once entró un taxista, cargado de paquetes, bultos de todas clases y cestas rebosantes de cactos, banderines y otros *souvenirs*, con muchos papeles de colores. Lo dejó todo en la conserjería, musitó un nombre y se marchó.

—Bien, ya sabemos algo. Adele está vaciando las tiendas —observó *Miss* Withers.

A mediodía, aparecieron dos golfillos con grandes brazadas de claveles rojos, lilas, gladiolos y azucenas. También llevaban tiestos verdes de barro, y los sarapes más brillantes que jamás había visto la maestra.

—Adela Mabie ha descubierto los mercados —dedujo *Miss* Withers.

Terminado el interludio, el gerente se les aproximó.

—Servicio del «Hotel Georges» —les anunció—. Tenemos billetes de primera fila para «El Toreo». Será mejor que los compren antes de que se agoten.

—¿Billetes? —Se extrañó Piper—. ¿Para qué?

—¡Para la corrida, señor! El domingo por la tarde, en México, todo el mundo va a los toros.

—Todo el mundo menos nosotros —le aseguró la maestra con

toda firmeza al boquiabierto gerente.

Entonces, divisó una familiar y cadavérica figura ante una mesita escritorio al otro lado del vestíbulo. Agitó la mano invitándole a acercarse, y al cabo de un momento Rollo Lighton se hallaba a su lado, saludándoles jovialmente, en tanto se guardaba en el bolsillo un puñado de papeles con el membrete del hotel.

—No sabía que también se hospedase aquí —le acogió el inspector.

—No para aquí —le confirmó el periodista—. Tienen que venir a visitar mi pequeño apartamento. No es grande, pero está amueblado a la antigua, con muebles que he ido recogiendo por todas partes. También lo utilizo como oficina… Es allí donde hago toda mi publicidad.

—Ah, ¿no se limita a ejercer de corresponsal? —Quiso saber *Miss* Withers.

—Sólo estoy comprometido con el *New York World*, el *Tribune* de Chi., el *Christian Science Monitor*, el *P. I.* de Seattle, y el *Examiner*, de Los Ángeles —explicó Lighton, agitando su delgada mano—. Para mí es muy poco trabajo. Así que también me dedico a los anuncios y a la publicidad en general. ¡Ahora acabo de obtener un buen pedido! —Añadió, sentándose en una butaca—. ¡Un pedido gubernamental!

—¿De veras? —Se interesó *Miss* Withers.

—Tengo que entregar un centenar de artículos publicitarios a las diez de esta noche —asintió—, sobre la nueva carretera de Laredo. Es para las emisiones que el Gobierno radia para los periódicos norteamericanos. Quieren atraer al turismo —trasladó la mirada del inspector a *Miss* Withers—. ¿No tendría usted una máquina de escribir que pudiera prestarme? La mía se halla temporalmente fuera de servicio.

—No tengo ninguna —se apresuró a comunicarle la maestra—, pero puedo prestarle un bolígrafo.

Ante su sorpresa, Lighton aceptó el ofrecimiento. Meditó un momento.

—Conozco un maravilloso bar de la esquina —insinuó esperanzado—. Hacen los combinados de coñac más famosos del mundo. Y el ambiente es… estupendo. Un lugar digno de verse.

Nadie aceptó la sugerencia, por lo que terminó por marcharse.

—¿Sabes, Oscar? —Dijo *Miss* Withers—. No me gusta ese tipo.

El inspector se echó a reír y afirmó que los periodistas eran unos sujetos muy divertidos.

—Sí —concedió ella—. Particularmente los corresponsales del *World* de Nueva York. Pero da la casualidad de que el *World* dejó de publicarse hace más de diez años.

En aquel momento entró otro chófer en el vestíbulo, cargado con dos sillas de mimbre y una mesita de jugar a cartas con la superficie de piel, y unos dibujos representando el calendario azteca.

—Adele se está arruinando —comentó Piper.

Esta vez, empero, pareció existir cierta duda respecto al importe de las compras, y el empleado telefoneó al senador. Éste llegó trastabillando por la escalinata, mas al llegar al vestíbulo lo cruzó con suma dignidad. Sin protestar, abonó la cuenta. Asimismo, adquirió dos billetes para la corrida, y dejó uno dentro de un sobre, que el empleado colocó en el casillero para cuando llegase la señora Mabie.

—Dígale a mi esposa que también yo me marcho de compras por mi cuenta —exclamó con tono petulante—. Nos encontraremos en la plaza.

Salió del hotel, tras saludar con el ademán a los dos detectives.

—Diez a uno a que va a efectuar sus compras al «Bar Mariposa» —dijo Piper.

—Oscar —asintió *Miss* Withers—, ese hombre tiene algo entre ceja y ceja.

—¿Sí? Una conciencia culpable, tal vez.

La maestra movió lentamente la cabeza.

—No lo sé. ¡Pero está preocupado! —Iba a continuar hablando, cuando aparecieron los Ippwing, ataviados con sus mejores prendas domingueras.

—Oh, espero que no llueva —exclamó la señora Ippwing, atisbando temerosamente hacia fuera—. Me defraudaría que suspendieran la corrida. Sé que nuestra hijita espera que le escribamos nuestras impresiones.

—Hemingway es el autor preferido de nuestra hija [4] —explicó el esposo—. A mí, en cambio, me gustan más las bibliografías.

—Sólo estaremos cinco días en esta ciudad —añadió la señora Ippwing—. Ya sabe, estos viajes turísticos… —le sonrió a la maestra

—. Aparte de la corrida tenemos que visitar una galería de pinturas y dos iglesias —y salieron trotando hacia la calle.

Era verdad, la tarde se presentaba amenazadora. De repente, *Miss* Withers se puso de pie.

—Oscar, es hora de irnos —anunció.

—Tienes razón —afirmó el inspector—. Puesto que todo el mundo irá a los toros…

—¡Nosotros no iremos! —Le atajó firmemente *Miss* Withers—. ¿No lo entiendes? Con todo el mundo en los toros, podremos registrar cuanto queramos.

—¿Una violación de habitaciones? ¡Hum…! —Pero Oscar Piper se había ya animado ante la idea de actuar.

Miss Withers ya había parado a un «libre». Y el inspector se asombró ante las señas dadas.

—¡Creí que habías eliminado a Dulcie! —Exclamó—. ¿Por qué diablos…? —Pero el taxi les llevó al «Hotel Milán».

Resultó ser un hotel pequeño, viejo, triste y asfixiante, situado en un callejón, no lejos del Arco de Triunfo, monumento al incurable optimismo de las administraciones políticas.

El vestíbulo era estrecho y oscuro. Piper tocó el timbre colocado sobre el mostrador y por fin apareció un joven, con una botella de cerveza en una mano y una «tortilla» en la otra.

Después de grandes dificultades lingüísticas, supieron que la señorita Prothero tenía la habitación 23, y estaba fuera.

—No importa —le confió *Miss* Withers—. ¿Tienen alguna habitación libre en el mismo piso?

El joven se quedó con la boca abierta. La maestra volvió a intentar la aventura del idioma, ayudada por el diccionario español, y por último consiguió hacerse entender. Lo que ella deseaba era una habitación individual.

Pidiéndole cinco pesos al inspector, puesto que la carencia de equipaje obligaba al pago anticipado, recibió del joven una pesada llave de hierro macizo de unos doce centímetros de longitud. Su número era el 28.

—Hasta luego, Oscar —le despidió la maestra con velada intención. El joven la condujo hacia un tramo de escalera, luego le indicó una puerta, y recibió a cambio un «tostón» de propina.

Cinco minutos después, el inspector, sintiéndose un poco

culpable, subió cautelosamente las escaleras y sorprendió a *Miss* Hildegarde Withers en el acto de descerrajar la puerta de la habitación 23, sirviéndose de una horquilla de pelo. Por fin cedió la puerta, y ambos penetraron en un cubículo cuya única ventana era un cuadrado de vidrio que daba a un respiradero.

—No comprendo por qué nos estamos tomando tantas molestias —gruñó Piper—. Ya te dije que estoy de acuerdo contigo en que la chica es inocente.

—Soy lo bastante terca como para pensar lo contrario que tú —objetó *Miss* Withers—. Y para empezar te diré…

—¿Qué?

—Te diré que el verdadero motivo de haber venido aquí es que en México no hay esmeraldas. Oro, sí. Plata, también. Y rubíes, aguamarinas… ¡pero no esmeraldas!

Con una destreza hija de la experiencia, el inspector dio comienzo a un minucioso registro de la habitación. Era una tarea muy sencilla, ya que solamente había una cama, un tocador, una silla y un armario. En un rincón estaba la maleta de Dulcie, vacía.

El inspector recorrió lentamente el cuarto, de esquina a esquina, de un mueble a otro, en tanto *Miss* Withers iba siguiendo atentamente todos sus pasos.

—¿Y bien, Oscar? ¿Qué te parece? ¿Qué saca el Policía profesional de este registro?

Piper frunció el ceño de la manera más profesional posible.

—La chica está sin fondos, ciertamente, de lo contrario no habría venido a un hotel semejante, con una habitación que hasta carece de baño. Es una muchacha aseada, porque sus vestidos se hallan todos debidamente colgados. Es ordenada… —indicó una cuerda improvisada desde la cama a la ventana, de la cual colgaban diversas prendas íntimas, además de unos pares de medias.

—Continúa, por favor —le rogó *Miss* Withers.

—Sólo veo una cosa que esté fuera de lugar —prosiguió el policía—. ¡Esto! —Y señaló un objeto que colgaba del extremo de una cinta roja del marco del espejo. Era un triángulo seco, momificado, extrañamente curvado, cubierto con un pelo rojizo—. Parece la oreja de un animal —concluyó.

—¡No! ¿De veras? ¿Le gustará a esa chica coleccionar cariñosos animalitos domésticos, como a nuestra querida Adele? Bien, esto ya

nos lo explicará más tarde. ¿No ves nada más?

El inspector dijo que, en efecto, no veía nada más.

—¿Tal vez en el tocador? —Insinuó la maestra.

El inspector volvió a menear la cabeza, hasta que su compañera de investigación le señaló una redoma medio llena de crema para la cara.

—¿No pensarás que contenga veneno, verdad? —Se asustó el inspector.

—¿Veneno? Oh, no, sólo crema para las pecas. Elixir antipecoso, vendido en los *drugstores* de Longrace Square, a dos dólares el frasco.

Oscar Piper, de repente, se acordó del telegrama de la maestra.

—¡El «Elixir d'Amour» a cincuenta centavos! ¡Entonces, el frasco era suyo!

Miss Hildegarde Withers se había quedado de pronto muy pensativa.

—¡Esto lo cambia todo! —Exclamó—. Pensándolo bien, tal vez será mejor que asistamos a la corrida de toros.

—¡Ya te lo había dicho! —Le reprochó Piper.

8

LA plaza de toros «El Toreo» es un vasto redondel, un círculo inmenso, que se recorta contra el cielo, ocultando apenas los picos nevados del Popocatepetl y el Ixtaccihuatl. Sin embargo, aquellos montes que habían asistido al sacrificio sangriento, efectuado por los cuchillos de obsidiana contra mil cautivos aztecas de Moctezuma, en una de sus galas vespertinas, no podían estremecerse demasiado por la muerte de seis toros.

Un viento malicioso, prometedor de lluvia, levantó las faldas de *Miss* Withers al seguir al inspector a través de una de las entradas al recinto. Dentro del redondel, la multitud rugía de entusiasmo. Y de repente sonaron las brillantes y puras notas del clarín.

Frente a ambos detectives se extendían los graderíos, ocupados por una abigarrada multitud. *Miss* Withers y el inspector se dirigieron hacia los asientos de sombra, pero antes tuvieron que sortear a una serie de chiquillos que les ofrecían, gritando, billetes de lotería, *souvenirs* de toreros, en forma de pedazos de capote y trozos ensangrentados de banderillas, y cuernos pulimentados. Había vendedores de flores, de tabaco, de gaseosa, mendigos que exhibían sus horrorosas deformidades, bebés desnudos que lloraban o reían, perros que no eran más que esqueletos vivientes y peludos…

—¡Oh, querido! —Gritó *Miss* Withers, asiéndose al brazo de su acompañante, irresoluta. Continuaron abriéndose camino, hasta tropezar con un individuo que iba ascendiendo por los graderíos, hacia ellos. Resultó ser Francis Mabie, completamente desmoralizado, con un tinte verdoso en la tez.

—¿No habrá terminado el espectáculo, verdad? —Le preguntó la maestra. El senador tardó un instante en contestar y luego sonrió débilmente.

—Para mí ya ha terminado —contestó, y pasó por en medio de sus interlocutores. Parecía, pensó *Miss* Withers, que acabase de ver a un fantasma. Ambos le miraron unos momentos con curiosidad, y luego continuaron su camino. Poco después se encontraron en la parte alta de los tendidos. Por encima de las cabezas de la muchedumbre vieron el círculo de arena, un escenario circular en el que sólo actuaban dos actores.

Uno era un toro berrendo, no muy grande, y frente a él había un muchacho, con vestido de luces de color dorado brillante. Ambos se hallaban exactamente en el centro del ruedo. El muchacho sostenía en una mano la muleta roja, que disimulaba el estoque, y el toro sólo miraba el engaño del trapo rojo.

En los tendidos no había acomodadores, y los números de los asientos de piedra eran difíciles de distinguir.

—Sentémonos en cualquier sitio —propuso el inspector, metiéndose la colilla del cigarro en un bolsillo.

—¡No hemos venido aquí a sentarnos! —Centelleó la maestra—. ¡Estamos aquí con un propósito definido!

—¿Encontrar a esa chica? —Piper la miró de soslayo.

—Algo por el estilo.

Pero antes hallaron a otras personas. Los Ippwing fueron localizados con más facilidad, ya que el par de ancianos de Peoria aplaudía y vociferaba al joven matador, cada vez que engañaba al animal con uno de sus primorosos pases de muleta, elevándola en el último instante, con lo que el astado siempre clavaba sus cuernos en el aire.

La pareja se mostró muy hospitalaria.

—¡Siéntense, muchachos! —Gritó el señor Ippwing—. Mamá les leerá el *Manual* para que se vayan enterando de todo.

—Ahora no —se lamentó *Miss* Withers. Lo que ella quería saber no se hallaba en un manual de toros—. ¿Hay alguien más aquí, alguien a quien conozcamos?

—Veamos… Hansen está allá abajo… al lado de aquellas dos fulanas mexicanas, que cuando hemos entrado se dedicaron a mirar pícaramente a papá. ¡Oh, sí, así fue, Marcus Ippwing! Y hace un instante vimos a esa joven, Dulcie Prothero, que bajaba por el pasillo con un individuo… —la señora Ippwing se puso súbitamente de pie—. ¡Cuidado, hijo! —Se calmó de pronto—. Creí que le

entrampillaba la fiera. ¿Qué estaba diciendo?

—Vimos al periodista Lighton, o como se llame, fuera —le recordó su esposo—. Cuando nosotros entrábamos.

—Ah, sí, y nos dijo que se había olvidado la billetera con el dinero en su casa. Quería que papá le pagase la entrada, pero…

—… pero conozco a los tipos de su calaña —la interrumpió Marcus Ippwing—. Mamá opinó que no era muy amable, pero…

—Muchas gracias —le cortó *Miss* Withers—. ¿Entonces, no han visto a la señora Mabie?

Nadie había visto a Adele Mabie. Continuaron por el pasillo, en tanto el inspector tropezaba de vez en cuando con los espectadores, por su afán de atender a la pelea que se desarrollaba en el redondel. El ambiente crecía en tensión, el toro se enfurecía, ensañándose cada vez más con la huidiza muleta, si bien cada vez demoraba más sus embistes. El torero se crecía por momentos. Una vez levantó el estoque al nivel de los ojos, pero la muchedumbre de los asientos de sol le chilló ¡No! Con una sola voz.

Protestando débilmente, el inspector se vio arrastrado por entre la gente. Cuando iban ascendiendo hacia los asientos de andanada vieron un rostro familiar. Era el gerente del «Hotel Georges». Acto seguido divisaron a la encargada del cabello rubio vinagre, y poco después al jefe del vagón «Pullman», de cara de calabaza, con su familia. El inspector reconoció también, con el consiguiente sobresalto, a dos agentes de policía. Uno de ellos tenía un morado en un ojo.

Lo más sorprendente de todo era que ambos agentes permanecían inclinados hacia un joven, sentado solo en la última fila de los tendidos. Los tres hablaban en español, con cierta excitación en el tono. El tercero era Julio Méndez, equipado como de costumbre con su sombrero azul y el bastón de malaca.

—Sí, señores —le oyó decir *Miss* Withers—, sí…

De repente, la expresión de Julio se animó y sonrió placenteramente.

—¡Mis amigos norteamericanos! —Se levantó, apartó a los agentes, y corrió hacia los dos detectives, feliz de ver interrumpida su conversación. Los agentes le miraron belicosamente y, finalmente, se marcharon.

Mientras estrechaba la mano de *Miss* Withers, el joven Julio

miró a los agentes por encima del hombro y murmuró:

—¡Idiotas! —Luego enarcó las cejas y volvió a sonreír—. Éstos son los policías que tenemos en mi país. Hacen más preguntas de las que podrían contestar dos hombres.

—Hu-hu… —gruñó el inspector.

—Olvidémoslos. Siéntense conmigo y les contaré la corrida, ¿eh? Desde aquí se goza de una vista estupenda, se divisa la fiesta completa con la muchedumbre y todo.

—Por eso hemos venido… para verlo todo —admitió *Miss* Withers. Se sentaron.

Abajo, el espectáculo en la arena estaba llegando al momento culminante. Un peón había estado entreteniendo al animal. Luego el matador volvió al centro del ruedo, como un gallo de pelea.

—Veremos qué tal mata —dijo Julio—. Todos los toreros de hoy son novilleros, es decir, principiantes.

—Bien, supongo —opinó el inspector—, que los principiantes sólo lidiarán toros pequeños.

Julio se echó a reír con desdén.

—Nada de eso, amigo mío. Además, hay que tener en cuenta que el toreo es el asesinato de un toro de la forma más hermosa posible. Este joven Pérez ha estado muy bien con la capa y la muleta, pero es el estoque lo que cuenta.

En la arena, el toro estaba escarbando el suelo, gacha la cabeza, y los ojos fijos en la muleta que Pérez sostenía con la mano izquierda, moviéndola de lado a lado. La cabeza del toro iba siguiendo aquel balanceo… lenta… muy lentamente.

Pérez, dándose cuenta de que el toro se cuadraba, volvió a exhibir el estoque. De repente, compuso una postura como un bailarín clásico y corrió hacia el toro, el cual también embistió.

Parecieron chocar casi de cabeza, y *Miss* Withers deseó cerrar los ojos… pero no pudo. Un cuerno de la fiera pasó por debajo de la axila del novillero, y su cabeza quedó enterrada entre los pliegues de la muleta, al tiempo que el estoque comenzaba a desaparecer.

Centímetro a centímetro, mientras el joven matador se iba empinando sobre las puntas de los pies, el estoque fue penetrando por el morrillo del animal, desapareciendo hasta la empuñadura. Todo fue muy rápido. Por un instante, el toro permaneció inmóvil, lo mismo que el torero, como si se tratase de una película parada de

repente.

—«El Momento de la Verdad», así se llama en español —susurró Julio.

De pronto, el toro embistió. Los peones corrieron hacia él con las capas rojas, pero el joven matador les obligó a apartarse con el gesto, saltando como un poseso delante del toro. Éste pretendió embestir de nuevo, agachando la cabeza como calculando el mejor sitio del cuerpo del torero. Arrancó…

De repente cayó sobre la arena, quedando exánime.

La multitud se levantó y empezó a aplaudir. Se produjo una tormenta de pañuelos blancos.

—Piden la oreja del toro para el torero, como recompensa —les explicó Julio a sus acompañantes.

—Pero usted no aplaude —observó el inspector.

—Me he criado en todo esto —confesó el aludido—. Y lo mismo le pasa a mi país. Mi padre tiene toros en su gran rancho de Sonora. Son muy bravos y estúpidos, no siendo buenos adversarios para el hombre.

—Entonces —quiso saber *Miss* Withers—, ¿por qué está usted aquí?

—¿En qué otro sitio podría estar un domingo por la tarde? —Replicó el joven, tras cierta vacilación.

Más abajo, muy abajo, pudieron distinguir el gran sombrero «Stetson» de Hansen, agitado al aire. Una joven con un vestido púrpura, al parecer una de las dos que habían coqueteado con el señor Ippwing, estaba a su lado, con una mano en su espalda. Cuando el jubiloso matador dio la vuelta al redondel, reclamado por los aplausos de la muchedumbre y recibiendo ramos de flores y sombreros de paja que caían volando desde los graderíos, la joven vociferó unas palabras en español, y después arrojó al ruedo una de sus zapatillas púrpuras.

Un peón iba recogiendo todos los objetos arrojados al ruedo, devolviéndolos a sus dueños.

—¡No comprendo cómo hay mujeres que se vuelven tan locas por los matadores! —Comentó *Miss* Withers, con desaprobación.

—Sí, por lo visto, incluso Dulcie Prothero —dijo Piper, señalándola.

En la primera fila, efectivamente, casi contra la barrera de metal

que dividía la sombra del sol, estaba Dulcie Prothero, gritando entusiasmada, al parecer.

—¡Bravo! —Gritaba a pleno pulmón.

El individuo sentado a su lado, con sienes grises, y con aspecto ligeramente divertido, le acariciaba la espalda. Dulcie no quiso volver a sentarse, a pesar de lo que le dijo Michael Fitz.

El matador levantó la vista y sonrió, con el rostro completamente bañado en sudor, mas la joven ya no le estaba mirando.

Una docena de mozos con chaquetas rojas estaban corriendo por la arena, alisándola y esparciendo más, preparando el ruedo para el toro siguiente. Apareció un trío de mulos, a los que engancharon por una cadena los cuernos del toro, que fue arrastrado, sin pena ni gloria, fuera del redondel.

—¡Esperad! —Gritó Dulcie Prothero. Pero no le hicieron caso. Entonces, la joven se sentó lentamente. Todo el mundo la estaba imitando, y la banda rompió a tocar una briosa marcha.

—Escuchen —dijo Julio—. Es el pasodoble «El Novillero», la canción del joven torero que sale a la plaza sin saber si el precio de su gloria lo pagará con su vida.

El último de los mozos corría ya con las palas y escobones, cuando de nuevo sonó el clarín, anunciando que el próximo toro estaba dispuesto a dejarse matar. Y el público volvió a ponerse de pie.

Dulcie Prothero estaba adueñándose del espectáculo.

—¡Ha saltado! —Jadeó Julio—. ¡La muy loca!

De repente, la pelirroja cabeza de la joven apareció en el «callejón». Agitaba las manos y gritaba algo que se perdía entre el clamor del respetable. Al otro lado del ruedo, en una especie de callejón próximo al lugar por donde había sido arrastrado el otro toro, estaban abriendo una portalada.

La joven se hallaba apoyada en la barrera, a punto de saltarla y presentarse en la arena, armada sólo con un bolso y un pantalón.

El toro, una fiera enorme, cruzó raudamente la arena, pero tan pronto como sus ojos divisaron a la joven, ésta fue rudamente apartada de su horizonte visual. Un grupo de picadores, peones y mozos de estoque habían asido bruscamente a Dulcie Prothero, arrastrándola fuera de la vista del público.

Julio se había puesto de pie y volvió a sentarse repentinamente.

—Seguramente no la arrestarán —dijo—. Y si lo hacen…

—Si lo hacen, supongo que usted usará su influencia para libertarla —exclamó el inspector, con sarcasmo.

—De una forma o de otra —asintió el joven con solemnidad.

—No comprendo por qué lo ha hecho —confesó Piper.

—En este país —le explicó Julio—, hay lo que llaman «La locura del ruedo». De vez en cuando algún espectador salta la barrera y trata de lidiar a un toro. Se les llama «espontáneos».

—¡Y un cuerno! —Exclamó con toda propiedad *Miss* Hildegarde Withers—. Esa chica no quería torear.

Julio no contestó.

—Bien —dijo en cambio—, puesto que su acompañante no parece estar muy preocupado, nosotros podemos seguir sentados y contemplar este nuevo toro, ¿no les parece?

Era un toro digno de contemplación. De color grisáceo y puntiagudos cuernos, pecho poderoso y ancas rotundas.

—Un buen toro —apreció Julio—. Tal vez demasiado bueno.

La impetuosa joven gringa ya había sido olvidada, y todos los ojos estaban fijos en el toro, que estaba recorriendo la arena, contemplando las capas que ondeaban por encima de los burladeros.

—Tal vez sea preferible que, por el momento, tengan a Dulcie retenida —le susurró la maestra a Oscar Piper—. Me sentiría más tranquila si a otras personas que yo conozco les ocurriese lo mismo.

De pronto, salió un peón, y con la capa se llevó al morlaco hacia el lado del sol. Julio indicó a sus amigos un joven rostro detrás de un burladero, una cara rematada por una montera.

—Ése es Nicanor, el que matará este toro. Ahora está estudiando a su adversario.

La inminencia de la muerte planeaba de modo tan tremendo sobre la plaza que a *Miss* Withers le pareció que podía olfatearla. De pronto, recordó el motivo de su presencia en «El Toreo».

—Oscar, ¿no ves a Adele Mabie por ninguna parte?

—¡No me molestes con esa mujer ahora! —Gruñó el interesado inspector—. Será mejor que no se deje matar hasta que concluya la fiesta.

La maestra comprendió lo que sentía el inspector. Había cierta

influencia atávica en aquel espectáculo más antiguo que Roma y Bizancio. Era algo que llegaba a los más recónditos pliegues del alma humana, absorbiéndola en una honda, total emoción.

Todas las perspectivas quedaban desenfocadas, y el asesinato y las posibilidades de un crimen empequeñecidos por el imponente espectáculo. En cualquier momento parecía posible ver aparecer en la arena los leones y los cristianos, en un sublime sacrificio humano, en donde el hombre sucumbiría irremisiblemente ante la fiera.

Nicanor, que vestía un traje verde y oro, tenía pálido el semblante, cuando se presentó en el redondel, dispuesto a efectuar la faena de capa, preliminar. Con los pies juntos, comenzó a mover el percal con elegancia, delante del astado.

Sonó un trueno y el aire pareció llenarse de humedad. Pero el cielo no se desbordó, como si esperase también la muerte del toro para verter su acuosa carga.

—¡Ese toro podría tener más sentido común y embestir al hombre en lugar del trapo! —Dijo *Miss* Withers.

—¿Cree que no lo hacen a veces, mi querida señora? —Rio Julio —. El hombre intenta engañarle, pero a veces, en un mal momento… ¿Qué le pasó a Manolete? ¿Y a Joselito? Y eran los mejores toreros de su época. Los toreros no mueren en la cama.

Sonó el clarín y el toro vio venir hacia sí a dos enemigos, en forma de dos hombres montados a caballo, empuñando unas largas lanzas.

—¡Los picadores! —Chilló el público.

—Creo… creo que iré en busca de la señora Mabie —decidió la maestra, después de contemplar la primera puya.

Sonó otro trueno, y cayeron unas gotas. Instantáneamente, un tropel de espectadores se precipitó al resguardo de los palcos, mientras otros, más valientes, continuaban en sus puestos, dispuestos a aguantar el chaparrón.

De pronto, divisaron a Adele Mabie en la puerta, con un paquete en los brazos.

—¡Señora Mabie! —Gritole *Miss* Withers.

La mujer levantó los ojos y saludó.

—¿Han visto a mi marido? —Gritó.

—Se marchó al hotel. ¿Por qué no se sienta con nosotros? —La invitó la maestra—. Aquí no llueve.

Adele vaciló, meneando la cabeza.

—¡Quiero ver esto! —Replicó y señaló el ruedo. Luego le hizo signos a un hombre provisto de paraguas que pasaba arriba y abajo, pregonando su mercancía:

—¡Paraguas! ¡Se alquilan paraguas!

Vieron cómo Adele Mabie adquiría uno. En realidad, era una sombrilla, pintada de alegres colorines para asegurarse de que su poseedor no se lo llevaría al concluir el espectáculo. Era una sombrilla muy reluciente, con círculos blancos y rojos, en forma concéntrica. La levantó vigorosamente y siguió adelante, aprovechándose de los asientos que habían quedado vacíos. Se sentó, con la sombrilla apoyada en su espalda.

—¡Santo Cielo! —Jadeó *Miss* Withers—. ¿Ven lo mismo que yo?

El inspector no veía nada, pero Julio asintió con el gesto.

—La sombrilla, es como el tablero que puede acertarse con un dardo. ¿Cómo lo llaman ustedes?

—¡Diana! —Le explicó *Miss* Withers.

El clarín acababa de sonar, dando a entender que la suerte de varas había terminado, después de haber padecido el toro tres veces el castigo de las puyas. Los flacos jamelgos desfilaron, cojeando desmayadamente.

—Cuando el toro tiene húmedos los cuernos es el matador quien se encarga de él —explicó Julio.

Miss Withers permanecía callada, afanándose en la composición mental de una carta a la

S. P. D. A.

(Sociedad Protectora de Animales), de la que antaño había sido un miembro leal y activo. Vio sin especial interés que Al Hansen, siempre con su sombrero, estaba dirigiéndose a la salida, abandonando la reciente conquista.

—¡Otro turista que ha mordido el polvo! —Anunció Julio, como si le encantara—. A veces, hay más de una docena de personas desmayadas en los graderíos.

Piper estaba contando con los dedos.

—Descansa, Hildegarde. Nuestro grupo de sospechosos está mermando por momentos. Primero, Mabie con dolor de estómago. Luego, Dulcie Prothero, encerrada o al menos severamente amonestada. Ahora, Al Hansen…

—Y Lighton, a quien no se ve por ninguna parte —corroboró la maestra—. Por lo visto, sólo quedan los Ippwing… y nosotros, claro.

Julio ladeó la cabeza, reflexivamente, y afirmó con toda seriedad que tendrían que vigilarse mutuamente. *Miss* Withers halló aquella observación muy rara por parte del *alegre caballero*.

Por un momento, el toro estuvo solo, dueño de la arena. Sin embargo, no tardaron en presentarse sus nuevos enemigos.

Un individuo con chaquetilla plateada apareció en el ruedo, empuñando un par de banderillas, de color negro y oro. Toro y banderillero convergieron, pareciendo chocar por un momento.

Al separarse, las dos banderillas habían penetrado limpiamente en el lomo del animal.

—¡Mucho! —Atronó la multitud.

Otro banderillero, esta vez con un par de dardos verdes y malva, los insertó en el pellejo del animal. Y un tercero, fracasó en su intento, cayéndole una banderilla al suelo, viéndose obligado a correr hacia la barrera, que saltó de cabeza, perseguido por el bicho.

—¡Falló! —Gritó el inspector, completamente absorto en el brillante espectáculo.

El clarín anunció la «faena», el último acto de la tragedia.

—Ahora Nicanor tiene que despachar al toro —informó Julio.

El joven del traje verde y oro no parecía tener prisa. Deliberadamente, se acercó a la barrera rechazando varias muletas, y cuando finalmente se decidió por una, insistió en que se la mojasen para que se sostuviera mejor contra la brisa.

—El toro parece estar completamente agotado —se lamentó el inspector.

—Está cansado por su batalla contra los caballos, por sus embistes contra las capas, y por las banderillas que tiene clavadas en el lomo —admitió Julio—. Pero ahora es más peligroso, porque ya comprende lo que le espera. Sabe que tiene que luchar hasta el final.

A pesar de la brisa y las ráfagas de lluvia, dominaba en la plaza el anticipado olor de la sangre, mezclado con el sudor y el miedo.

Julio consultó su reloj. Ya hacía rato, según había observado *Miss* Withers, que el joven parecía tener prisa. Se puso de pie.

—Lo siento, pero tengo que irme —dijo—. Tengo… tengo una

cita con una señorita.

Bajó corriendo las gradas.

—¿Conque una cita con una señorita, eh? —Replicó *Miss* Withers, incrédula—. Bien, creo que la tal damita necesita un buen afeitado.

En la plataforma de abajo, Julio volvía a estar escuchando las preguntas de los agentes. Pareció protestar por algo, y por fin se encogió de hombros y se marchó.

El inspector y la maestra se contemplaron pensativamente.

—¿Estará la Policía mexicana investigando el caso, a fin de cuentas? —Dijo ella—. ¿Tendrán algo contra este *alegre caballero*?

—Seguramente habrá aparcado delante de una boca de incendios —decidió Piper. Otra ráfaga de lluvia mojó la plaza, y los graderíos se convirtieron en un océano de sombrillas. La gente se había mojado y todos se hallaban inquietos e impacientes, y alguien del tendido de sol preguntó a gritos si el matador estaba esperando a que el toro se derritiese con la lluvia.

El gran reloj sobre el signo de Glaxo mostraba que ya habían transcurrido tres de los doce minutos concedidos. Pero era el sentido del humor y no su nerviosismo lo que mantenía indeciso al matador. Los demás compañeros suyos todavía estaban riendo y comentando el gesto de la señorita yanqui que había saltado al ruedo, dejando plantado a su acompañante.

Nicanor quiso seguir la broma. La gente la apreciaría, los periódicos la comentarían y ello acrecentaría su fama.

El joven Nicanor paseó a lo largo de la barrera, y después, sin dejar de observar al toro por el rabillo del ojo, levantó la vista hacia el primer tendido.

—¡Señor! —Gritó, agitando la mano en dirección al individuo que estaba sentado, con aspecto aburrido, resguardado por una gabardina. Michael Fitz parpadeó sobresaltado.

—¡Sí, a usted, caballero! —Continuó Nicanor. Y quitándose la montera, la arrojó diestramente a las manos del americano—. ¡Le brindo el toro! ¡Como compensación por la pérdida de su amiga!

Hubo una pausa, y después la multitud comenzó a aplaudir frenéticamente. Mike Fitz no tuvo más remedio que levantarse y aceptar la montera. Estaba atrapado, ya que según la antigua tradición del toreo, tenía que devolverle al triunfante matador la

montera con un regalo dentro, cuando hubiese matado al toro.

Nicanor salió al centro del anillo. Se oyó un ¡Ah! De la muchedumbre, como la sensación compartida de que el telón estaba a punto de caer tras el último acto. Habían venido todos a sentir, gustar, la presencia de la muerte. La muerte era la invisible compañera de cada espectador, la muerte acompañaba alegremente a los novilleros en su faena, y la muerte era lo que le esperaba finalmente al toro.

Hasta entonces, aquel toro no había tenido ninguna práctica contra la muleta. Según la teoría del toreo, esta práctica la adquiría con la muerte.

Embistió a la muleta una y otra vez. El matador le ofrecía todas las oportunidades para ello. Nicanor prodigaba los pases de muleta, naturales y de pecho, arrodillándose y llegando a acariciar un cuerno de la fiera, un poco a lo Arruza y Cantinflas.

—¡Asqueroso! —Desaprobó la señora Ippwing—. ¡Tenemos que permanecer bajo la lluvia, contemplando payasadas! —Y ella y su esposo se levantaron y partieron—. Volveremos a México en invierno, cuando se ven las buenas corridas.

Nicanor efectuó dos brillantes «pases estatuarios», levantando la muleta muy en alto al pasar el toro.

De pronto, el animal se quedó inmóvil, la cabeza gacha, exponiendo a la vista del torero el lugar más adecuado para la estocada. Nicanor se dispuso a ejecutar la suerte y elevó lentamente el estoque.

Los fotógrafos, encaramados en los palcos, se dispusieron a retratar la escena. Mientras el toro se disponía a dar la embestida final, Nicanor sólo tenía ojos para los fotógrafos.

Se elevó de puntillas, sobre la pierna derecha, para poder lanzarse de costado contra el toro. Era una postura muy atrevida, sólo posible con un animal estúpido y completamente agotado. Dio medio paso hacia atrás y ondeó la muleta.

El bicho levantó el rabo y, con más velocidad que un caballo, y con la cabeza siempre gacha, corrió ciegamente hacia el estoque. Era una obra de arte, tan perfecta como una estatua de Brancusi, como una demostración de Euclides, tan rápida y segura como un paso de danza de Gene Kelly, o un saque de Santana con la raqueta.

Pero el toro levantó la cabeza.

Asustado, torturado, reuniendo sus últimas fuerzas, y sabedor de que la muleta no era más que un engaño, apartó su mirada del trapo y la clavó en el hombre que lo sostenía.

Nicanor se elevó unos dos metros en el aire, pareciendo quedar suspendido sin hilos. Sin estoque, sin dignidad.

Cuando cayó, allí estaba el toro, a pesar de los que procuraban distraerle con otras capas. El toro, gozando de la fiesta por primera vez, no se movía. Cogió a Nicanor con el otro cuerno, sosteniéndole un instante como antes había tenido que soportar la burla del torero.

De pronto el toro quedó cegado por una capa y dos hombres echaron a correr con el novillero en brazos, hacia la barrera.

—Decididamente, ese toro es listo —observó el inspector, un poco emocionado—. Ha ganado por K. O. técnico.

Miss Withers no contestó, atareada en la redacción de un telegrama a la
S. P. D. A.

Adele Mabie subió por el pasillo hacia ellos, sin la sombrilla.

—¡Ya tengo bastante! —Les gritó. *Miss* Withers y el inspector, de mutuo acuerdo, abandonaron sus asientos y bajaron hacia ella. Piper, galantemente, le cogió el envoltorio.

—Todavía faltan dos o tres toros, pero ya está bien —dijo—. Tomaremos un taxi, ¿eh?

—¡Qué plaza! ¡Qué gente! —Se quejó Adele—. He tenido que cambiar tres veces de asiento porque todos los hombres querían hacerme compañía. Estoy harta de la lluvia, de los toros, y no me importa que tarden toda la tarde en matar a éste. ¡Me marcho al hotel!

Miss Withers, de pronto, se detuvo, mirando hacia atrás.

—¿Quiere decir que el toro no ha ganado? ¿No le dejarán con vida?

Adele explicó que había leído que si un matador resultaba herido, otro ocupaba su puesto. En efecto, otro torero avanzaba ya por la arena, con estoque y muleta para exterminar al animal triunfador, el cual se negó a embestir.

—¡Las autoridades debieran prohibir esto! —Se enfureció la maestra. Y las autoridades la escucharon… las más altas autoridades. Hubo una racha repentina de viento de singular

violencia, un trueno prolongado, y al fin se abatió sobre la plaza una sólida cortina de agua. Y el toro salió vivo del redondel, un toro entre mil, sin estigma.

—Este paquete pesa mucho —se quejó el inspector.

Iban moviéndose penosamente por entre la muchedumbre.

—Sí —concedió Adele—. Llevo unos vasos, dos docenas de platos, un lavafrutas y unos libros.

Atravesaron por entre el grupo de pedigüeños y vendedores.

—¡Un segundo! —Gritó Adele, y pagó un peso por un par de banderillas en negro y oro, con las puntas tintas en sangre—. ¡Son estupendas! —Exclamó, al tiempo que las guardaba en su enorme bolso.

La gente corría, huyendo de la lluvia. Turistas con las inevitables cámaras, indios descalzos, grandes señoronas con tacones altos y ojos pintados, familias de mestizos…

Todo el mundo abandonaba la plaza. Todos… menos un hombre. Un hombre que permanecía sentado con una sombrilla sobre los hombros, inclinado sobre la barandilla, junto al enrejado que separaba el sol de la sombra, mirando fijamente la arena, como esperando que sucediese algo.

Fue el mozo de estoques de Nicanor el que finalmente se acordó y se acercó; por el callejón, al solitario espectador. Tendió la mano, con cierta vergüenza.

—¡La montera, por favor! —Suplicó la devolución, pero la frase murió en sus labios.

El toro que Nicanor le había dedicado a Michael Fitz había salido vivo del ruedo, pero el americano no había tenido tanta suerte. No tendría ya que preocuparse por la necesidad de llenar la montera del matador con un regalo. No tendría que preocuparse ya por nada, porque entre sus omoplatos sobresalía el mango de una banderilla en oro y azul.

9

—¡ESTO no es un látigo, sino un mazo! —Observó distraída *Miss* Withers, ayudando a Adele a desenvolver sus compras, en la *suite* del hotel, después de una carrera en taxi desde el coso, carrera interrumpida por una breve parada para cenar en La Cabaña, donde los tres se aventuraron a zamparse unas *enchiladas* con salsa de pimientos y queso de cabra, remojado todo ello con un chocolate espeso y caliente. (El inspector tuvo que pedir también un poco de bicarbonato sódico).

—Creo que estos tazones azules son la mejor compra del día —opinó Adele, entusiasmada—. Me divertí tanto en el mercado, que apenas me acordé de la corrida. Y el individuo me pidió diez pesos, pero después de mucho regateo, me los quedé por tres.

Para dejar sitio a los tazones, tuvo que quitar otras cosas de la mesa.

—No sé qué haría si no pudiera comprar nada —prosiguió la joven—. Me ayuda a olvidar.

—Será mejor que no se olvide de seguir viviendo —le aconsejó la maestra—. ¡No adquiera más lagartos recién nacidos, por favor!

—No compraré ni siquiera una gatita, se lo prometo.

—Sí, hasta los gatos —dijo *Miss* Withers— han sido utilizados como armas criminales. Les han tintado las uñas con veneno, y la primera vez que sus amos han vuelto a jugar con ellos, han recibido una docena de inyecciones hipodérmicas… fatales.

—Por favor —le suplicó Adele—, no hablemos más de estas cosas esta noche. Me estoy poniendo nerviosa. Aunque seguramente, ya no existe ningún motivo para ello.

—¡Ningún motivo! —Se indignó *Miss* Withers—. Tal vez mis temores de que esta tarde ocurriese algo se han visto fallidos, pero…

En aquel momento apareció el senador Francis Mabie, procedente del corredor, blandiendo un periódico.

—¡Edición extraordinaria! —Gritó con voz asustada—. Bien, resulta que…

—Lo sé, lo sé —le atajó la maestra, muy tranquila—. Una revolución en Siria, un pronunciamiento en Sudamérica, sigue la guerra del Vietnam y los norteamericanos hemos lanzado otro satélite a la Luna, que ha fallado.

Pero su voz se extinguió en un susurro al traducir los grandes titulares de *El Gráfico* y contemplar las fotografías de la primera página.

—¡El individuo que esta tarde estaba sentado delante de usted, Adele, ha sido asesinado! —Añadió, mirando a la joven. Se produjo un pesado silencio, y los dos tazones, valorados en diez pesos y adquiridos por tres, cayeron al suelo, haciéndose añicos.

—Un hombre llamado Michael Fitz… ciudadano norteamericano… con intereses en minería y ferrocarriles… miembro del Club Americano y el Club Mexicano… residente de México durante los últimos once años… deja esposa y un hijo en Cuernavaca.

—¡Esposa! —Gritó Adele—. ¡Oh, qué terrible para ella! —Estaba en el centro de los tazones rotos—. No… no parecía un hombre casado.

—¿Le vio, entonces? —Se interesó *Miss* Withers.

—Naturalmente. ¡Era el individuo que estaba con la Prothero! ¡Le vi en la fila anterior a la mía, junto con la chica, y parecía estar encandilado, hasta que ella saltó la barrera y le dejó!

—Escucha —terció el senador—. ¿No creerás que este triste suceso tenga nada que ver con lo que ocurrió en el tren, verdad? —Se dirigió a la maestra—. Usted no pensará que el misterioso asesino que intentó matar a Adele ha vuelto de nuevo…

—… a fallar en su intento —concluyó la aludida—. Pues, eso parece. La Policía no verá la relación, pero yo sí. Claro, las demás posibilidades deben ser eliminadas. ¿Tiene una guía telefónica?

—¿Para qué la quiere? —Preguntó el senador con suspicacia, pero Adele ya le estaba entregando el libro a la maestra. La dirección de Michael Fitz (de Ericcson 4419) era en la avenida Juárez, 62.

—Les veré luego —se despidió apresuradamente *Miss* Withers, yendo hacia la puerta. Al llegar al umbral se detuvo y agitó un dedo amenazador hacia Francis Mabie—. No permita que su esposa salga o desaparezca de su vista hasta que yo vuelva, ¡ni deje que se sitúe delante de ninguna ventana!

Parose ante la puerta del inspector, y levantó la mano para llamar. Mas se arrepintió. Al fin y al cabo, ésta era la clase de expedición que Oscar Piper siempre desaprovechaba. Corrió escaleras abajo, cruzó el vestíbulo, y no tardó en atravesar las moribundas calles en un taxi.

Llegar al número 62 de la avenida Juárez le costó sólo un «tostón», pero como el edificio resultó ser un vasto solar, de poco le sirvió la proximidad.

—¿Volvemos al hotel, señora?

Ella asintió, pero de repente recordó algo. El nombre de una casa de apartamentos… ¡Príncipe!

—Está por el Paseo de la Reforma —le explicó al conductor—. Es un edificio nuevo.

—Sí, señora —asintió el taxista—. Es la avenida con tres estatuas y un monumento. Llegaremos en un momentito.

Torcieron a la izquierda de una estatua representando a un caballo con el inevitable general encima, y *Miss* Withers pensó que podía haber sido el mejor paseo del mundo, de haber tenido luces. Una estatua… dos… tres y un monumento.

Pararon ante el «Edificio Príncipe», no muy grande y construido según el estilo alemán, todo de cemento y cristal y muchos ángulos. Había una marquesina roja sobre la puerta pintada con ángulos geométricos, y debajo, como una nota de contraste, había sentado un indio luciendo un desaseado mono. Tenía una armónica en la boca y una botella de leche medio llena de algo que a *Miss* Withers no le pareció leche. Al verla acercarse, el indio escondió apresuradamente la botella, pero no dio ninguna otra señal de haberse dado cuenta de la presencia de la visita.

Naturalmente, no había relación de inquilinos. *Miss* Withers trepó resueltamente por la escalera, a la luz de la linterna en forma de pluma estilográfica que siempre llevaba consigo en el bolso. Ante su sorpresa, en una puerta del segundo rellano vio un tarjetón que decía: «Michael Fitz. Experto en Minerales y Aceite».

Se quitó una horquilla del pelo y comenzó a forcejear con la cerradura que, afortunadamente, no era Yale. No tardó en hallarse en el interior del apartamento. Éste olía a tabaco, alcohol y trapos viejos. Luego, el rayo de su linterna alumbró un cuartito blanco, con una estrecha ventana dando al patio. Para paliar la falta de ventanas había cuatro puertas.

Por el aspecto del apartamento, decidió la maestra, resultaría difícil obtener una impresión exacta de su ocupante. Sólo había dos dibujos a lápiz recortados del *Esquire*, enmarcados en las paredes, y como muebles, un sofá, un sillón, una mesa de metal, y una cómoda que sostenía una radio y un jarrón con rosas cuyos pétalos se habían desprendido de las flores.

Sólo había una lámpara y ni un solo libro. Pero la cómoda, a juzgar por sus manchas, era usada como mueble-bar.

De puntillas, ya que *Miss* Withers no tenía la menor intención de atraer la atención de los vecinos hacia su persona, probó la primera puerta. Era un cuarto de baño, nuevo, reluciente, completo. Los estantes contenían diversas lociones para impedir la decoloración del cabello, para engomar el bigote, pastillas para ayudar a la digestión, y otros preparados para el mejor bienestar del cuerpo humano.

Las pastillas de jabón olían bien, mas las toallas estaban sucias. Había una caja de alfileres sobre el borde de la bañera y un sombreador de ojos en el reborde de la ventana, lo cual extrañó a la maestra.

Probó la puerta siguiente y resultó ser un armario, que contenía una buena colección de zapatos masculinos, trajes y prendas íntimas. En un rincón había un par de palos de golf, bastante mohosos.

La otra puerta daba a la cocinita, que estaba tan poco limpia y era tan poco interesante como suelen ser las cocinas de todos los solteros. Un pollo, a medio desplumar, estaba sobre la mesa, con una cazuela y un cuchillo al lado. La nevera no contenía más que cerveza y agua.

Volvió a contemplar el pollo diciéndose que habría constituido una cena muy pobre de haber vivido Michael Fitz para comérselo. Y a continuación cerró con súbita decisión la puerta de la cocina.

La cuarta y última puerta, su última esperanza si tenía que

descubrir algo que pudiese arrojar cierta luz sobre la personalidad del misterioso Don Juan de sienes plateadas que había estado bebiendo tan animadamente con Dulcie Prothero. Y luego habían almorzado, si *Miss* Withers tenía buena memoria.

Abrió la puerta y se detuvo en seco, como si se hubiera trocado en mármol. La habitación estaba a oscuras, salvo la luz de una vela.

Sentado en el suelo, delante del cajón abierto de un escritorio, los brazos cargados de fotografías de mujeres, enmarcadas y sin enmarcar, estaba Julio Méndez, con su sempiterno sombrero azul, y fumando un cigarrillo. Alzó la mirada, dejó caer las fotografías y luego —fue una hazaña dadas las circunstancias— sonrió refulgentemente.

—¡Vaya! —Gritó—. ¡*Miss* Withers, vivita y coleando!

La maestra llevó una mano al bolso.

—No trate de sacar su pistola, joven —le advirtió—. Estoy armada… y además, el inspector me espera abajo en la calle —le miró amenazadoramente—. ¿Qué está haciendo aquí?

—Espero el autobús —le contestó Julio con sorna—. ¿Y usted?

—Estoy buscando —confesó la maestra con descaro—. Estoy intentando descubrir si existe alguna relación entre lo que sucedió en el tren, en Laredo, y lo que ha ocurrido esta tarde en la plaza de toros. Y reconozco que he forzado la cerradura.

—¿No ha temido que la Policía viniera a investigar en el apartamento a estas horas? —Julio se había puesto de pie.

Miss Withers soltó un bufido.

—No, si son tan frescos como todos los mexicanos.

Julio sonrió y asintió alegremente.

—Era lo que estaba yo pensando. Bien, creo que será mejor que pongamos las cartas sobre la mesa. Los dos vamos tras el mismo resultado…

—¿De veras?

—Usted es una detective por afición, ¿no? —Asintió él—. E intenta atrapar a un asesino. Bien… yo también.

—¿Usted? —Se admiró la maestra—. ¿Un detective?

Julio se encogió de hombros.

—¿Tengo la culpa de parecerme ligeramente a Jerry Lewis? Para que lo sepa, estoy tratando de ser un detective muy listo. Créame, no vine a México en busca de diversiones. No cogí el tren porque

me gustase viajar con norteamericanos. Lo tomé porque quería descubrir al asesino de mi amigo. En este caso, todo el mundo se lamenta por la pobre señora Mabie, y nadie se acuerda de Manuel Robles, el empleado de aduanas. No falleció de un ataque al corazón. Usted y yo sabemos que había veneno dentro del frasco de perfume, como dijo el inspector. Y ahora…

—Ahora usted ha deducido que existía una íntima relación entre ambos casos, ¿no? —La maestra se sentó al borde de la cama.

Julio se encogió de hombros.

—No estoy en situación de deducir. Todo es enigmático. Bien, mi amigo Robles y ese Mike Fitz tenían una sola cosa en común. Murieron en distintos lugares, a distintas horas y con diferentes armas. Nada les relaciona, excepto una cosa. Cuando ambos estiraron la pata, como dicen ustedes gráficamente, los dos se hallaban muy cerca, por accidente, de una encantadora dama.

—Adelante —le alentó *Miss* Withers.

—Tal vez esto no signifique nada… salvo que puede apostar a que estar cerca de la esposa del senador Mabie estos días es casi tanto como comprar un billete para el Cielo.

Miss Withers reflexionó sobre lo oído y asintió.

—Supongo —sugirió— que usted está dispuesto a denunciarla a sus amigos de la Policía, ¿verdad?

El joven mexicano la miró con asombro.

—¿Amigos? ¿En la Policía? —Rió con amargura—. No tengo ningún amigo y menos en la Policía. Le diré la verdad. Los policías son… ¿cómo se lo explicaría…? Muy poco inteligentes. También temen inmiscuirse en este caso porque han recibido órdenes de no molestar a los turistas. Y ahora, ¿qué podemos hacer… respecto a la señora Mabie o a otra persona? ¿Qué piensa?

—Creo que lo está usted haciendo muy bien —opinó la maestra —. Bueno, para ser un principiante. ¿Qué conclusiones ha sacado de estas fotos?

—Creo que ese Fitz era un cazador de damas —replicó Julio, pensativamente.

Miss Withers murmuró algo respecto a un tenorio.

—¿Y usted qué? —Añadió después.

—¿Yo? —Julio se echó a reír—. Yo sólo me dedico a una, de una vez. Cuando encuentre la definitiva, dejaré de conquistarlas. Pero

opino que este fulano iba detrás de muchas, y al final se limitaba a sentarse a contemplar las fotografías.

Miss Withers miró hacia el montón de retratos.

—¿Reconoce a alguna?

Julio sacudió negativamente la cabeza.

—¿Así que no ha averiguado nada, eh? Pues si quiere jugar al detective tendrá que emplear sus poderes de observación. ¡Medite!

Julio meditó.

—Tal vez esto tenga algo que ver con el asunto.

Del bolsillo sacó una hoja de papel doblada.

—La encontré al entrar. Alguien la había deslizado por debajo de la puerta.

Miss Withers cogió la hojita y leyó en voz alta su contenido.

—«Vaya, Mike, ¿qué piensas de tu truco? Los muchachos no quieren poner ni un pavo en esto, dicen que es puro cristal, conque te lo devuelvo. Tuyo sinceramente, Benny».

—Y dentro de la nota había esto —agregó Julio.

Y le mostró a la maestra una pequeña piedra plana que brilló a la luz de la vela. Era una piedra que ella ya había visto antes, cuando atisbó hacia la mesita de la cafetería donde la joven pareja había tomado los combinados. Pero entonces formaba parte de un broche que Dulcie llevaba sujeto a una hombrera.

—¡Es la esmeralda que perdió Dulcie! —Se atragantó la maestra —. Dijo, yo lo oí, que su abuelo descubrió una mina de esmeraldas cerca de una montaña humeante.

La expresión de Julio cambió al instante.

—¡Dulcie Prothero! —Exclamó—. ¡Vaya chica! La más hermosa, la más dulce, la más…

—¡La más grande embustera de todo el Distrito Federal! —Terminó *Miss* Withers, llena de santa indignación—. Porque da la casualidad que de mis libros de geología recuerdo perfectamente que México no produce esmeraldas.

—También yo lo sé —asintió Julio—. Pero por lo visto Fitz lo ignoraba.

—Y murió sin enterarse —dedujo la maestra—. Robó la esmeralda a la chica, sin saber que era sólo un pedazo de vidrio, y trató de que un amigo suyo le diese dinero a cambio.

De repente, la maestra chascó los dedos.

—¡Espere! ¿Y si la muchacha no supiese que la esmeralda es falsa? Supongamos que piensa que es auténtica, de mucho valor, y de repente descubre que un hombre en el que confiaba se la había robado… ¿Podría…?

Julio meneó la cabeza.

—No. La señorita Dulcie no es nuestro hombre —corrigió—. Bueno, no es la persona que andamos buscando.

Para ser un principiante, pensó *Miss* Withers, el joven resultaba muy apasionado.

—Entonces, ¿volvemos a la señora Mabie?

El joven volvió a mover la cabeza.

—Ninguna dama mataría a Michael Fitz, de esa forma quiero decir. Clavarle una banderilla a un hombre, por la espalda, hasta llegarle al corazón, para matarle instantáneamente… Las mujeres carecen de la fuerza necesaria. Lo afirma la Policía en los diarios de esta noche.

—Sí, esto es una gran ayuda —murmuró la maestra. De pronto calló, poniendo una mano ante la boca de Julio—. ¡Escuche! Tal vez sea la Policía.

Se oyó un fuerte golpe en la puerta de entrada. Luego una ronca voz masculina gritó:

—¡Vamos, abre en seguida!

—No es la Policía —susurró Julio—. Es demasiado pronto para ellos, y además no hablan inglés.

Más golpes contra la puerta.

—¡Abre, te digo! Ya has tenido tiempo…

—Quizá será mejor que abramos —opinó Julio—. No se puede hacer una tortilla sin romper un huevo, ¿verdad? —Y fue a abrir la puerta.

Rollo Lighton entró como un bólido en el apartamento. Parpadeó y se detuvo en seco al ver a la pareja que lo ocupaba.

—¿No está Mike Fitz? —Su tono se había suavizado.

—Vaya, señor Lighton —exclamó *Miss* Withers, sonriéndole con cordialidad—. No esperaba verle por aquí. Creí haberle oído decir que tenía mucho trabajo redactando cien artículos para la prensa gubernamental.

Lighton permanecía inmóvil, balanceándose ligeramente, y pestañeando angustiadamente.

—Oh, eso no era nada —se animó, al darse cuenta de su osadía —. Resultó muy fácil. Sólo unas líneas para quedar bien. Sólo redacté diez artículos y luego los envié a una mecanógrafa. Le ordené que hiciese diez copias de cada uno, con lo cual me gané un merecido descanso.

Calló, intuyendo la desaprobación en las expresiones de las dos personas que tenía delante.

—Naturalmente —continuó—, es todo el tiempo que puedo conceder por una recompensa monetaria tan mezquina. Me gasté la pasta en el viaje a Laredo, ida y vuelta, y ahora sólo me pagan cinco centavos por cada palabra de mis artículos —soltó un bufido—. ¡Cinco centavos!

Volvió a callarse, y la mención del dinero le trajo a la memoria el motivo de su presencia en el apartamento.

—Bueno, Mike Fitz está aquí… o ha salido…

—Se ha ido —*Miss* Withers apenas mintió—. Si podemos servirle en algo…

—¡Se ha ido! —Exclamó Lighton. Miró hacia el dormitorio y movió la cabeza—. ¡Se ha ido!

Lentamente se hundió en el sofá, más cadavérico que nunca.

—Ésta es mi perra suerte —se quejó—. Los otros nunca pierden dinero; yo en cambio…

—¿Qué otros? —Quiso saber Julio, mas la pregunta era demasiado infantil y Lighton se limitó a mover la cabeza.

—¡Esto no importa ahora! —Replicó tristemente—. Jamás podré volver al Este. Quería regresar a mi casa con el dinero que íbamos a ganar; iba a demostrarles a todos que soy un hacha.

—¿Por qué aceptó Fitz su dinero? —*Miss* Withers volvió a la carga.

Pero ya no hubo más explicaciones. Rollo Lighton se levantó, la imagen de la desdicha.

—Me marcho —anunció—. Me marcho… completamente destrozado —las lágrimas iban resbalando por sus hundidas mejillas —. Ya no me queda nada.

Cruzó el umbral y le oyeron descender torpemente las escaleras.

—Bien —dijo Julio—, éste no sabe que Fitz ha muerto.

—¿De veras? Me ha parecido una buena interpretación, si quiere saber mi opinión —replicó *Miss* Withers con mordacidad.

Mas el *caballero alegre* estaba muy serio.

—Si ese tipo hubiese asesinado a Fitz no habría venido aquí. Porque normalmente la Policía se dedica a registrar los apartamentos de los asesinados. A veces llegan a tender una emboscada en la casa. ¿Cómo se dice…? Una ratonera. Y cuando alguien cae en ella, le fríen a preguntas.

—En cuyo caso —añadió la maestra—, será mejor que también nos larguemos —pero no se marchó, sino que condujo a Julio al umbral de la cocinita para enseñarle el pollo desplumado que yacía sobre la mesa—. ¡Si quiere jugar al detective, extraiga una deducción de eso!

Julio enarcó las cejas con tanta gravedad que resultó cómico.

—No es más… no es más que un pollo para asar, como suelen comerse en México. Claro que éste, en realidad, es un gallo de pelea. Lo digo por sus espolones.

—¿Es una costumbre mexicana matar a los gallos de pelea para asarlos?

Julio Méndez, con la mano puesta sobre el corazón, juró que jamás se había comido un gallo de pelea, ni lo haría nunca.

Esto fue todo.

—Vaya delante —le apremió la maestra, empujándole hacia el descansillo—, y si ve algún policía rondando por la calle, silbe tres veces. Mientras tanto, yo llamaré desde aquí por teléfono al inspector Piper.

Julio le guiñó un ojo.

—Me había parecido oírle decir que ese caballero le esperaba fuera.

La maestra soltó un bufido.

—Esto no importa ahora, joven. ¿Cómo iba yo a saber que era usted un colega y no… otra cosa? Además, estoy tan acostumbrada a tratar con embusteros, que empiezo a adoptar esa costumbre, para mi vergüenza y pesar.

—En este país —contestó Julio— tenemos muchos proverbios. Y hay uno que dice: ¡Quien con perros se acuesta, con pulgas se levanta [5] !

Miss Hildegarde Withers le miró fijamente, soltó un respingo y, cuando estuvo segura de que el joven se había marchado, se dirigió al teléfono y compuso un número. Por fin consiguió la conexión con

la centralita del «Hotel Georges».

—Quiero hablar con el señor Piper, por favor. Inmediatamente, es muy importante.

—El señor Piper ha salido con unos policías —fue la respuesta.

—¿De veras? Entonces, por favor, póngame con la señora Mabie.

—La señora Mabie ha sido llevada al hospital, al hospital metodista.

10

MISS Hildegarde Withers no había visitado ningún hospital mexicano. Tampoco nunca había visto un hospital iluminado con velas y cirios. El efecto general resultaba extrañamente absurdo.

El olor era tranquilizador, sin embargo, una mezcla de yodo y cloroformo, éter y jabón; el mismo olor que distingue a todos los hospitales del mundo. Unas sombras blancas se movían vagamente por los corredores, cumpliendo misteriosos deberes.

Tuvo cierta dificultad en encontrar a alguien que hablase una palabra de inglés, aun cuando se suponía que se trataba de un hospital norteamericano. Y aún le costó más conseguir direcciones.

—Aquí tienen una paciente que se llama Mabie —insistió.

Por fin un ordenanza la acompañó hasta una escalera y la dejó delante de una puerta.

—¡Aquí! —Le dijo, y se marchó.

Cautelosamente, *Miss* Withers abrió la puerta de la sala. Una vela llameaba sobre una mesa, y había la inevitable cama de hierro, como un catafalco, con su blanca carga, inmóvil.

La maestra penetró de puntillas en la sala. Y entonces, una voz le habló junto al oído, causándole un susto mortal.

—¡Oh, gracias por haber venido! —Era Adele Mabie.

Además, Adele Mabie estaba sentada en una mecedora, fumando un cigarrillo, que le coloreaba las mejillas.

Miss Withers sacudió la cabeza.

—Yo creía… —calló—. ¿Entonces, quién ocupa la cama?

—Eche una ojeada —Adele levantó la vela y la maestra pudo contemplar la blanca faz de Dulcie Prothero.

—¡Pero… parece muerta!

Adele sonrió.

—Sigue inconsciente. Sólo se trata de una conmoción sin consecuencias, según dijo el doctor —dejó la vela en su sitio—.

Podemos hablar en voz baja.

—¿Cómo… cómo ocurrió? ¿La atacaron, intentó suicidarse o…?

—Se encontró delante de un taxi hace sólo media hora… en la calle de la Violeta, en la peor parte de la ciudad.

—¿Un taxista de los que huyen? —Quiso saber *Miss* Withers.

—No, por suerte para ella. El hombre la recogió y la trajo aquí. Afirmó que no era culpa suya, que la joven había bajado la acera por detrás de un coche aparcado, como si anduviese en sueños. Encontraron su pasaporte, le dieron mi nombre a un empleado, y me buscaron. Bien, vine aquí… pero en estos momentos no puedo hacer nada.

—No se disculpe —le rogó *Miss* Withers—. ¿Qué podemos hacer ahora?

—Esperar —le respondió Adele—. Están faltos de personal y, dije que me quedaría aquí hasta que pudiera venir una enfermera. Tal vez esté aquí una dentro de un instante. La suerte fue que esa chica tenga una cabellera tan espesa. Mañana, no obstante, tendrá dolor de cabeza.

Se acercó a la cama, levantó la muñeca derecha de la enferma y buscó el pulso.

—No hay mucha diferencia entre esto y un instituto de belleza —dijo Adele—. Que es donde yo empecé, para que lo sepa.

La joven de la cama se quejó débilmente.

—Me siento responsable de esa muchacha —prosiguió la mujer de Francis Mabie—. Estaba tan ansiosa de llegar a México, y ahora todo parece haberle salido mal…

Dulcie seguía quejándose, musitando extrañas palabras. Sólo unas cuantas eran inteligibles.

—Tal vez deberíamos avisar al doctor —sugirió *Miss* Withers. Mas cuando llegó, el joven médico se mostró completamente satisfecho con el estado de la paciente. *Miss* Withers se enteró de que el doctor había obtenido su título en Harvard y se sintió más tranquila.

—Está muy bien —les aseguró el galeno—. De no haberla traído el chófer aquí, esta joven hubiera podido irse a su hotel. Se recuperará, aunque tal vez con cierta lentitud.

—¿Y ese parloteo, doctor? —Preguntó Adele, preocupada.

—Es como si saliera del efecto del éter —le explicó el médico—.

No significa nada, salvo que se halla en coma. Alguien debe hacerle compañía cuando se despierte, ya que podría asustarse. Estoy buscando una enfermera…

—Yo pagaré los gastos, doctor —dijo Adele apresuradamente—. Y me quedaré hasta que haya encontrado la enfermera.

Miss Withers afirmó que se quedarían las dos. Y, efectivamente, tras la partida del doctor, ambas mujeres, aliadas en una causa común, se quedaron una a cada lado de la cama, vigilando a la enferma.

De repente, Dulcie habló claramente, aunque con voz debilitada:

—¡Tía Mac! ¡Tía Mac! ¡No castigue a Tige! Fue culpa mía, por dejar el salmón donde pudiera cogerlo…

Miss Withers se relajó. Había esperado revelaciones y recibía noticias del gato de la patrona de Dulcie.

—Delira —dijo Adele.

—¡No! —La voz surgió de la cama con toda claridad—. No, en absoluto. Estoy tan despejada como un día de verano… —lo demás se perdió en un murmullo.

—Oye y entiende —susurró *Miss* Withers—. Es el coma. La misma clase de coma que produce el sueño de vigilia, o la escopolamina. He leído algo sobre esto. Lo llaman el Suero de la Verdad. ¿Y si le hiciésemos unas preguntas?

—¡Oh, no! —Se asustó Adele.

—No creo que le haga daño, porque está hablando, de todas formas… —*Miss* Withers ardía en curiosidad de explorar los recovecos de aquella mente, que antaño ella había ayudado a atiborrar de ciencia—. Dado su estado, no puede mentir.

—Está bien —accedió Adele—. ¿Qué le preguntaremos?

—Escúchame, Dulcie —dijo la maestra con suavidad—. Soy *Miss* Withers, tu antigua maestra. ¿Te acuerdas de mí?

—¡Vieja bruja, vieja bruja! —Cantó la muchacha—. ¡Déjanos jugar, no nos obligues a estudiar, maldita bruja piruja!

—Se está desprendiendo de las inhibiciones —afirmó con sequedad—. Dinos, Dulcie, ¿qué ocurrió? ¿Fue un accidente?

—Lo hizo a propósito —dijo la joven, en voz baja—. Lo hizo a propósito, lo hizo…

—¿Te atropelló a propósito?

—No… —se corrigió Dulcie—. Él… él me destrozó el corazón, el

canalla.

—¿Quién?

—Los corazones no pueden ser destrozados, pero duelen… ¡Oh, sí, duelen…!

Miss Withers contempló a Adele y tuvo que endurecer su corazón.

—¿Fue Francis Mabie?

—¡Qué está diciendo! —Estalló la esposa del senador, pero *Miss* Withers no le hizo caso.

—Vamos, dímelo… ¿Fue el señor Mabie?

—No, no él… no ese gordo fanfarrón con las manos húmedas.

—Pero te dio dinero, ¿verdad?

Adele se apresuró a decir que aquello era una calumnia.

—¡Mi marido jamás se ha enredado con ésta ni con ninguna otra chica, en su vida!

—Contesta mi pregunta, Dulcie. ¿Te dio dinero el señor Mabie?

—S… sí —admitió la interrogada—. Dinero…

—¿Por qué te lo dio? —Todo el proceso le hacía el efecto a la maestra de una sesión de espiritismo, con misteriosos *raps* sobre el velador.

—¡Mi dinero! —Gritó Dulcie—. El sueldo de una semana… como doncella… ¡Oh, qué divertido!

—Claro está —Adele se sentía satisfecha—. ¿No lo entiende? Francis es tan generoso que al ver que yo había despedido a la chica, pretendió darle una semana de despido.

Miss Withers calló, momentáneamente desorientada.

—Ahora es mi turno —decidió Adele—. Al fin y al cabo, yo soy la más interesada en este caso —se inclinó sobre la joven—. ¿Quién fue el hombre? ¿El hombre a quien tanto amas? ¿El señor Fitz?

—Pobre… pobrecito Fitz —murmuró Dulcie—. Pobre Fitz…

—Tal vez sería mejor terminar esta sesión —observó *Miss* Withers, sintiendo una tardía compasión por la enferma. Pero Adele movió negativamente la cabeza.

—¡Escuche!

Dulcie Prothero no tenía necesidad de que la apremiasen.

—El pobre Fitz pensó que engañaba a la gente, y no engañaba a nadie, a nadie. Más vale pájaro en mano que ciento volando. El amor hay que cazarlo al vuelo, sólo se es joven una vez…

—Parece como si la chica —opinó Adele— hubiera caído en manos de uno de esos lobos que rondan por los vestíbulos de los hoteles al acecho de una presa fácil.

Miss Withers asintió.

—Dulcie no se dejaba atrapar por esos frescos.

—¡Bobsie! ¡Bobsie! —Chilló la joven enferma.

Ambas mujeres se inclinaron ávidamente sobre la cama.

—¿Dónde está? ¿Quién es? —Le suplicó la señora Mabie.

—El bolso, por favor —gimió la muchacha—. En el bolso…

—Ahora divaga —decidió *Miss* Withers. Pero Adele cruzó la habitación y volvió junto a la cama con un bolso marrón, algo usado.

—El taxista lo trajo —susurró—. Aquí tienes el bolso, querida.

—Ábralo —ordenó la voz de la joven—. Abra el bolso, saque a Bobsie y destrócelo.

El bolso estaba lleno, pero en vez de dinero las dos mujeres hallaron un montón de recortes de periódicos. *Miss* Withers los examinó a la luz de la vela.

—¡Naturalmente! —Exclamó—. Son los cuadros de vacas de la señora Macafee… Escenas de toros, en otras palabras.

Le enseñó una foto a Adele, en la que se veía a un joven no mal parecido, con unas orejas grandes y un gracioso sombrero, y que llevaba con cierto orgullo un traje de matador de toros. El pie decía: *El Matador Yonquers, un nuevo torero de Yanquilandia*.

—¿Un torero norteamericano, eh? —Susurró para sí la maestra.

Dulcie la había oído.

—Un torero nativo norteamericano. Bobsie me destrozó el corazón, casi…

—Se está despertando —dijo *Miss* Withers.

—Ya hemos ido demasiado lejos —replicó Adele—. Por favor, permítame formularle otra pregunta —se inclinó sobre la chica—. ¿Tuviste alguna vez un frasco de perfume «Elixir d’Amour», Dulcie?

La muchacha susurró un dudoso «sí» y luego en voz más alta:

—Pero no era bueno. Lo tiré.

—¿Dónde? —Fue la pregunta ávida de *Miss* Withers.

La joven se movió inquieta bajo las mantas y giró la cara a un

lado. Le había desaparecido la palidez del semblante.

—¿Dónde lo arrojaste? —Hubo un instante de expectación y entonces…

—Aquí está la enfermera —dijo Adele Mabie de pronto. Se oyeron pasos en el corredor y poco después apareció la enfermera, almidonada, crujiente, competente. El doctor entró detrás.

—Vaya, nuestra paciente se encuentra ya bien, prácticamente —anunció alegremente—. Pulso más lento, respiración normal… Podrá irse mañana.

Adele Mabie lo llevó a un lado y exhibió su bolso.

Miss Hildegarde Withers se inclinó sobre la cama, y vio un par de ojos castaños que la estaban mirando.

—¡La conozco! —Gritó Dulcie.

—Sí, querida. No hables. Ya lo has hecho bastante por hoy.

Los labios temblaron en una incierta sonrisa. Dulcie Prothero no era tonta.

—¿Contesté muchas preguntas? —Quiso saber.

Sin embargo, *Miss* Withers no pudo responderle porque se vio arrastrada por Adele Mabie al pasillo.

—¡Es incomprensible! —Se maravilló—. Le dije al médico que yo me hacía responsable de la cuenta del hospital ¿y sabe qué me ha contestado?

Miss Withers se negó a adivinarlo.

—¡Que Dulcie posee montones de dinero!

El doctor asintió.

—Cuando la enfermera desnudó a esa joven, en la sala de urgencias, halló esto sujeto a su camisa.

Enseñó un monedero de piel, que contenía billetes de los Estados Unidos.

—¡Unos mil seiscientos dólares! —Exclamó Adele.

—¡Un buen nido! —Admitió *Miss* Withers, admirada—. Bien, creo que obrará cuerdamente, doctor, poniendo esta fortuna bajo la almohada de la joven esta noche.

—¡Mil seiscientos dólares! —Repitió Adele—. ¿Qué piensa hacer con tanto dinero? ¿Y si lo hubiese extraviado?

—Dulcie Prothero —le contestó suavemente la maestra— no pierde nada que ella no quiera perder.

En el vestíbulo del «hotel Georges», aquella noche —aunque

Miss Withers sabía que ya había empezado la madrugada del lunes — la maestra encontró a una figura solitaria, completamente estirada en una de las butacas modernistas, roncando sonoramente. A su alrededor, el suelo estaba lleno de ceniza.

—¡Bien! —Exclamó en voz alta. Oscar Piper se desperezó, soñoliento.

—¡Uff! —La saludó—. ¿Ya has vuelto?

—¿Dormido durante la guardia, Oscar? —Se burló la maestra—. Bien, me alegro de que al menos uno de los dos haya descansado. Yo he tenido mucho trabajo —y a continuación, le resumió los sucesos de la noche.

—¿Sí? ¿Y el dinero no es falso? De todos modos, todo esto no parece cuadrar con estos asesinatos —consideró los resultados de la labor de la maestra y le parecieron mínimos—. Además, no te importa tu forma de actuar, ¿verdad? Acribillando sin piedad a una enferma, y luego me reprochas que yo aplique el tercer grado. Bueno, yo también he estado muy ocupado.

—¿Has solucionado el misterio de los dos asesinatos, Oscar?

—Estoy muy cerca de ello —le confió el inspector, optimista—. Mientras tú estabas dando vueltas en torno al mismo punto, yo fui llamado a consulta nada menos que por el capitán De Silva, de la Policía de México.

Miss Withers recordaba al capitán.

—Oh, sí, aquel joven de la frente despejada, a quien le gusta hacer discursos. El que me ayudó a sacarte de las garras de la Policía.

—Sí —asintió el inspector—. Por otra parte, todo está olvidado. Ahora somos colegas. Lo que sucedió en la plaza de toros ha servido para calentar los ánimos. Bien, comparamos nuestras notas…

—Quieres decir que te interrogó —le atajó la astuta maestra.

—¡Comparamos nuestras notas! —Repitió el inspector, amoscado—. De Silva se mostró muy amable. Le dije todo lo que observé en la plaza de toros. Es decir, todo lo relacionado con el caso… —callose en seco—. ¿De qué te ríes?

—Debiste servirle de gran ayuda, considerando que ambos estuvimos allí sentados, permitiendo que se cometiera un asesinato ante nuestras narices.

—Sí, es cierto —reconoció el inspector—. Esto es lo que insinuó

De Silva. Pero como todos los demás, nosotros estábamos enfrascados en lo que ocurría en el ruedo. No hay por qué llorar sobre la leche derramada.

—Se ha derramado algo más que leche —le espetó la maestra, sarcásticamente—. Tal vez se te ha ido de la memoria, pero alguien se deslizó detrás de aquel pobre hombre y le apuñaló por la espalda. ¡Nuestra tarea consiste en descubrir quién fue!

Piper sonrió débilmente.

—De Silva cree saber quién fue. Y me costó mucho trabajo impedir que efectuase un arresto esta misma noche.

—¿Un arresto? ¿De quién? —Se maravilló *Miss* Withers.

—Francis Mabie es el sospechoso número uno —le explicó el inspector—. De Silva me lo explicó con toda lógica. Bien, nosotros no lo sabíamos, pero como muchos jóvenes americanos de buena familia, este chico Robles fue educado en París…

—¿El aduanero? ¿París? ¡Diantre, esto es sumamente incriminatorio!

—Espera, ¿quieres? Adele Mabie es muy bonita, y hace un par de años realizó un crucero alrededor del mundo en un transatlántico. ¿Y qué le sucede a una mujer bonita cuando va sola por el mundo?

—¡No me lo preguntes, Oscar Piper!

—Bien… entonces, pudo haber conocido en París a un joven mexicano pelirrojo…

—Por favor, Oscar, deja fuera de esto al *Quartier Latin*. ¿Tratas de decirme que Adele volvió a Nueva York, se casó, y dos años más tarde, en un viaje a México, el flemático senador se ha sentido tan celoso que dejó un frasco de perfume envenenado donde el amante, ahora un respetable aduanero, pudiese olerlo? Es la más extraña y curiosa coincidencia que he visto en mi vida.

—Aguarda —le rogó Piper—. Aún hay más. Hay que oír a esos románticos mexicanos. Todavía van más lejos. Cuando Francis Mabie se deshizo del joven, se supone que empezó a sospechar de su esposa. Tal vez ésta flirteó con alguien… Bien, el senador salió de la plaza de toros alegando que no podía soportar la vista de la sangre, luego volvió a entrar con una banderilla bajo la chaqueta, y fue deslizándose por los graderíos hasta situarse detrás de la coloreada sombrilla que su esposa había alquilado. Y entonces… —

el inspector esbozó un gesto enérgico—. ¡Pum!

—¡Ay! —Chilló la maestra, súbitamente asustada—. ¿No estarás confundido, Oscar? Según los últimos informes, Adele Mabie está viva y goza de buena salud.

—Seguro… Porque cuando se marchó dejó la sombrilla sobre el asiento, y Fitz, desde la fila de delante, la cogió para guarecerse de la lluvia. Y fue asesinado por accidente.

—Esto es construir un castillo de naipes sin base alguna —declaró *Miss* Withers—. Puras deducciones.

—No sólo deducciones —la corrigió Piper—. No se ve en las fotos de los periódicos, pero cuando hallaron a Mike Fitz, sostenía la sombrilla sobre sus hombros.

La maestra no contestó; en cambio, en el fondo de sus pupilas brilló una chispa de interés.

—Naturalmente, este queso todavía está lleno de agujeros —prosiguió el inspector—. Mabie tiene una buena coartada. Alega que cuando dejó la plaza, se marchó al «Mariposa» y se quedó allí.

—Cosa que creo sin que me la jure —exclamó *Miss* Withers—. Suena muy razonable.

—Seguro. Y conseguí que De Silva enviase allá a uno de sus agentes a investigar. El encargado del bar afirma que recuerda distintamente a un tipo que corresponde a la descripción del senador, y que estuvo allí desde las cuatro y media hasta las siete.

—¡Y el asesinato se cometió a las cinco!

—Sí, poco más o menos. De Silva cree que se cometió cuando comenzó a caer aquel diluvio, mientras todo él mundo abandonó la plaza corriendo.

—¿Tal vez cuando tú, yo, y Adele Mabie estábamos en la salida? Y todos nuestros sospechosos se hallaban fuera de la plaza. ¡Querido, esto es singular! Pero en fin, ¿no proclama su coartada la inocencia del senador?

Oscar Piper tuvo que reconocer que así parecía.

—De todos modos, me gustaría poder tener algo concreto respecto a los dos asesinatos.

Miss Withers le insinuó que podía pensar en tres posibilidades, todas mucho mejores que el cuento de hadas que el inspector acababa de endilgarle.

—Posibilidades que envuelven a los Ippwing, al *caballero*

alegre, a Dulcie, y a una combinación de todos ellos.

Sin embargo, cuando él la miró esperanzado, la maestra meneó la cabeza.

—Esta noche, no, Oscar. Todas las guías mencionan la dificultad de conciliar el sueño a esta altitud, pero al menos no podrás impedirme que vaya a tratar de dormir.

Miss Hildegarde Withers le dio a su cabellera las cien pasadas de cepillo requeridas, en un tiempo récord, y sopló la vela. Y se durmió tan profundamente, que ni siquiera el mensajero que flotaba ante su ventana logró perturbar sus angelicales sueños.

II

DURANTE toda la noche, las comisiones de la huelga estuvieron en el Palacio Nacional dictándole sus condiciones al secretario del felizmente ausente presidente, mientras los *cabarets* nocturnos cerraban sus puertas a la luz de las velas, la leche se echaba a perder en los suburbios y los bisturís de los hospitales quedaban sin esterilizar, en tanto los americanos murmuraban, aun en sueños. Pero el sol se elevó sobre los dos mil metros de altura de la capital de México, tal como estaba previsto con huelga o sin ella.

Y con el sol se levantó *Miss* Hildegarde Withers. La delgada dama se embutió en un vestido de sarga azul, que se hallaba ya en su tercer verano, y se dispuso a continuar la batalla contra las fuerzas del mal. Descendió al vestíbulo y, ante su sorpresa, halló al inspector que estaba ya adquiriendo su ración de cigarros para el día.

—¿Cambiaste de idea respecto a los pájaros y los gusanos? —Le saludó—. ¿Quieres batir mi marca madrugadora?

Encontraron una mesita donde les sirvieron un café mexicano, con más achicoria que café. La maestra estaba sumamente excitada, mas no hablaron hasta que les sirvieron el desayuno y el inspector hubo encendido su primer maravilloso cigarro del día.

—Me quedan sólo diez minutos —le advirtió Piper—. ¡Así que dispara!

Y al cabo de un instante pegó un salto en su silla cuando su acompañante sacó de un envoltorio de papel de periódico una de las peores armas que había visto en su vida.

Era una especie de dardo, largo y redondeado, de unos sesenta centímetros de longitud, adornado de colorines azules y dorados, con un punzón de acero sumamente agudo.

—¡El arma de la muerte, Oscar!

—¿Te la ha entregado la Policía? —El inspector estaba

amoscado.

—Bien, tal vez no sea el arma del asesinato, pero una banderilla es una banderilla, salvo la diferencia del colorido. Después de las corridas, extraen las banderillas de los toros muertos y las venden como *souvenirs*.

—Sí, pero tú no compraste ninguna… —Piper calló de pronto—. ¿Se la cogiste a la señora Mabie?

Sonriendo, la maestra negó con la cabeza.

—Las banderillas que compró Adele eran negras y doradas. No, ésta ha aparecido en el suelo de mi habitación cuando me he despertado. Debió penetrar volando por la ventana durante la noche —soltó un bufido—. Un país donde puede resultar caro respirar el aire fresco de la noche, Oscar. Creo que tendré que mantener la ventana cerrada.

—¡Claro que sí! Esto podía haberte matado.

—Nada de eso. Sólo se trata de otra advertencia para que no me meta donde no me llaman.

Piper cogió la banderilla y la examinó.

—¡No es más que un palo de madera con un punzón en el extremo!

—La punta es extraordinariamente afilada, Oscar —asintió la maestra—. De todas formas, creo que costaría bastante clavarla a través de la ropa y la carne, justo en el corazón, por la espalda.

Oscar Piper se mostró de acuerdo.

—Por esto De Silva opina que debió ser un hombre el asesino.

—Incluso un hombre tendría trabajo para matar con esto —replicó *Miss* Withers—. Habría un grito… una queja… algo. Creo que en medio de una multitud de más de mil personas, alguien hubiera observado alguna cosa semejante.

—Todo el mundo estaba atento al ruedo, lo mismo que nosotros, hasta que la lluvia suspendió la diversión. Cualquiera pudo acercarse a Fitz por detrás y… ¡zas!

—¿Zas, eh? —*Miss* Withers parecía dudosa—. Oscar, tengo una idea. ¿No le gustaría al capitán De Silva recibir a dos expertos en vez de uno?

—¿Qué? —Piper puso mala cara.

—Me gustaría hablar con ese joven porque tengo una teoría y…

—Mira, Hildegarde, no creo que a las autoridades de aquí les

agrade mucho la idea de escuchar teorías de ningún extranjero… y menos de una mujer. Desembucha tu teoría y yo se la repetiré al capitán —consultó su reloj—. Y ahora tengo que echar a correr si quiero llegar a tiempo a su despacho. Que te diviertas.

Se apresuró a marcharse, dejando a la maestra furiosa ante la taza vacía.

—¡Que me divierta! —Exclamó la maestra. Se levantó, salió a la calle y paró un taxi—. Iré a ver cómo está Dulcie esta mañana.

Dulcie se encontraba muy bien. Permanecía incorporada en la cama, con la bandeja del desayuno, tras haber desaparecido ya la enfermera. Las dos mujeres se enfrentaron con cierto malestar, traicionado en sus voces.

—¡No puedo verla a usted sin pensar que soy una niña traviesa! —Dijo Dulcie.

—Nada de eso —replicó la maestra—. Yo creo en ti, Dulcie. Y estoy segura de que debe de existir una plausible explicación para el dinero que hallaron sobre tu persona cuando anoche te trajeron al hospital.

Esperó la explicación pero Dulcie apartó la mirada.

—No, no hay ninguna explicación.

—¡Mi querida niña! ¿No comprendes…?

—No es mío —negó la joven—. Es de otra persona —y calló.

Había un enorme y exquisito ramo de rosas sobre la mesita de noche.

—¡Ah! —Exclamó la maestra, inclinándose para oler las flores—. ¿Son de tu amigo Bobsie?

La joven no contestó. Estudió la ropa de la cama atentamente, arrugó la manta y volvió a alisarla. Negó con la cabeza.

—Son de Julio… quise decir el señor Méndez —confesó al fin—. No sé cómo se enteró de que yo… bueno, había sufrido un accidente y me las envió, junto con una nota en la que me comunica que él vendrá más tarde.

—Entonces tendré que marcharme para que puedas peinarte y embellecerte, querida —dijo la maestra. Se detuvo en el umbral—. Oh, a propósito… sé que fue un accidente, pero sigue mi consejo y no vuelvas a pasearte por la calle Violeta después de oscurecer.

—¡Claro que no! —Exclamó Dulcie, muy convencida—. Bien… yo… volveré a trabajar para la señora Mabie.

Ante el sincero estupor de *Miss* Withers, Dulcie se ruborizó.

—Oh, no como doncella… Esto fue una tontería. Pero la señora Mabie asegura que lo ha olvidado todo. Ahora afirma que quiere compensarme por la forma intempestiva en que me despidió en Laredo. Dice que seré una gran ayuda para ella con respecto a sus curiosidades. Piensa instalar una tienda de curiosidades cuando vuelva a Nueva York, y quiere que yo la ayude a embalar, comprar y verificar el género.

—Entre las dos podrán comprar medio México —afirmó la maestra, pensativamente.

—Hoy me trasladaré al hotel —continuó Dulcie—. ¿Cree que obro bien?

Miss Withers le aseguró que jamás se atrevería a aconsejar a nadie.

—La señora Mabie me dijo que le haré un gran favor aceptando, ya que necesita alguien que le haga compañía.

—Tal vez no sea mala idea —asintió la maestra—. Procura mantener los ojos y los oídos bien abiertos, querida niña.

—¿Quiere decir que tengo que espiar a la señora Mabie? —Preguntó Dulcie, sorprendida.

—A la señora Mabie, al señor Mabie y a cualquiera que se les acerque a un kilómetro de distancia —dijo *Miss* Withers con solemnidad—. Y esto incluye también al *alegre caballero* —y tras esta andanada final salió de la sala.

Tenía que hacer varias cosas de la mayor importancia. En primer lugar se dirigió a la Agencia de Viajes Cook, donde pasó algún tiempo hojeando folletos. Luego echó a andar calle abajo.

«¡Ojalá Oscar y el capitán sean mejores cazadores que yo!», exclamó para sí, sintiéndose deportiva.

Había arrugas en la frente del capitán De Silva de la Policía metropolitana de México. Ni siquiera la comprobación de las coartadas logró alisarle el entrecejo. En realidad, aquella operación ahondó más las arrugas del capitán y el inspector Oscar Piper.

El señor y la señora Ippwing habían estado en su habitación del «Hotel Georges», redactando una carta para su hija, en Peoria.

—Es nuestra hijita inválida. Pobre chica, le gusta enterarse de todo. Recibió fuertes quemaduras en un accidente hace algunos años, pero gracias a Dios conseguimos una buena indemnización, y

ahora ella goza del máximo bienestar posible.

El capitán De Silva cortó aquella perorata asegurando que lo único que deseaba saber era cómo habían pasado el tiempo desde las cuatro a la seis de la tarde del día anterior. Los Ippwing se contemplaron mutuamente.

—No querrá decir… no querrá decir, por supuesto…

—Amigos, es sólo una formalidad —se apresuró a tranquilizarles Oscar Piper—. Una simple eliminación. En realidad, todos nos vemos mezclados en este enojoso asunto.

—Sí, claro —asintió Marcus Ippwing, titubeando—. Bien, mamá y yo nos marchamos de la corrida porque no…

—No nos importa que maten a los toros, pero nos desagrada que los toreros hagan burla de las pobres bestias —concluyó la esposa.

—¿Y después? —Insistió el capitán, con el cuadernito en la mano.

La pareja volvió a contemplarse mutuamente y hablaron al unísono.

—¡Nos fuimos al hotel inmediatamente!

De Silva asintió amistosamente.

—El conserje dice que llegaron ustedes a las siete, aproximadamente.

—¡Exacto! Fuimos andando hasta el hotel, ignorando cuán lejos quedaba desde «El Toreo»; además pasamos por una plaza que llaman el Zócalo; mamá quería visitar la catedral…

El capitán De Silva escribió solemnemente que los Ippwing habían ido andando desde la plaza de toros a la avenida Madero, pasando por el Zócalo, lo que equivalía a dar casi dos veces la vuelta al granero de Robin Hood.

—¡Seguro, pasen! —Gritó Al Hansen. Estaba sentado ante la mesa de su habitación en el hotel, con la radio a toda potencia. Iba vestido solamente con la ropa interior. Ante él había unas cuantas hojas de papel del hotel, cubiertas de bocetos a lápiz.

—Estoy trazando unos dibujos para boletos de apuestas —admitió—. Sí, depende mucho de la forma cómo se impresiona al comprador con el boleto. Y se me ha ocurrido la idea de que si pudiera conseguir que la Lotería Nacional Mexicana me autorizase a organizar unas apuestas para el «Handicap» de Santa Anita, ganaría millones… ¡millones!

—Sí, un millón de dolores de cabeza al intentar pasar estos boletos por la frontera —añadió el inspector—. Bien, no hemos venido por esto.

—Seguro, ya empezaba a preguntarme si alguna vez vendría alguien a hablarme del pobre Mike Fitz. Hacía años que nos conocíamos, y de vez en cuando ganábamos algunos dólares juntos. Yo solía cuidarme de la parte de San Francisco, porque con el antiguo régimen yo tenía muy pocas simpatías al sur de la frontera. Mike era un gran promotor, pero tenía una debilidad: las señoras. Si quieren saber mi opinión, fue una dama quien le facilitó el pase al otro mundo.

El capitán De Silva asintió y su voz se tornó más suave que el satén.

—Sólo queríamos saber adónde fue cuando salió de la plaza de toros, señor Hansen.

—Sí —añadió Piper—. No tiene importancia, sólo se trata de un formulismo.

Hansen asintió, pero su cara enrojeció ligeramente. Fue a un armario y rebuscó por los bolsillos de uno de sus trajes.

—Ésta es mi coartada —dijo, exhibiendo una pequeña fotografía de una mujer enorme. Estaba retratada como sólo un fotógrafo mexicano sabe hacerlo, y parecía que estuviera en un desfile.

—Se llama Consuelo —dijo Hansen—. Pero no les daré su número telefónico. La conocí en la plaza, y les aseguro que es toda una mujer. Entusiasta de los toros y fue éste el primordial tema de nuestra charla.

—Sí —le interrumpió el inspector—. Pero lo que queremos saber…

—Seguro, seguro —accedió Hansen—. Usted mismo me vio abandonar la plaza cuando el joven Nicanor estaba trasteando a su bicho. Bien, todo es muy sencillo. Quería quedar con aquella damisela como un caballero y salí a comprar unas flores.

—¿Para qué? —Inquirió el inspector—. ¿Por qué no esperaba hasta después de la corrida?

—A las mujeres les gusta echar flores a los matadores —explicó Al Hansen—. Después de la muerte del toro. Lo malo es que tardé mucho tiempo en encontrar abierta una floristería, ya que por ser domingo estaban todas cerradas y en realidad, la señora tampoco

habría podido arrojar las flores ya que el torero no despachó a la fiera. Volví a la plaza a tiempo de guarecerme de la lluvia, y mi conquista se había ya marchado.

—¿Y la foto?

—Ella tenía mi tarjeta —sonrió Hansen—. Y me envió el retrato, junto con el número de teléfono por el correo de esta mañana.

El capitán De Silva escribió furiosamente en su cuaderno de notas. Luego levantó la mirada y sacudió tristemente la cabeza.

—Es una desgracia, señor, que no posea mejores testigos, debido a su conocida mala voluntad hacia el difunto señor Fitz.

—¿Mi qué? —Se asombró Hansen—. ¡Pero si Mike y yo éramos uña y carne!

El capitán De Silva miró al inspector, guiñándole un ojo. Ambos se dirigieron a la puerta.

—Reñiré a mis agentes por haberme mentido —anunció el capitán—. Me dijeron, señor, que usted compareció el sábado ante un juez municipal, pidiendo una orden de embargo contra la propiedad, real o personal, de Michael Fitz. Y si esto es mentira, haré que mis hombres sean…

—¡Espere! —Chilló Hansen—. Un poco de calma, hombre. Eso fue sólo para asustar a Mike. Se trataba, en efecto, de un pequeño negocio. Verá, desde el tren le giramos… bueno, le giré algún dinero…

—¿Giramos? ¿Quiénes? —Replicó rápidamente el capitán.

—No estoy en libertad de hablar de esto —repuso Hansen, meneando la cabeza—. Sólo era un pequeño negocio —y cerró la boca, apretando fuertemente los labios.

—Sólo quería asustarle, ¿eh? —Le animó el inspector.

—Exacto —admitió Hansen.

—Pero antes alguien le clavó quince centímetros de acero en el cuerpo, ¿no? Buenos días, señor —y el capitán De Silva se encaminó a la salida. Cerró la puerta con firmeza a sus espaldas.

—Oiga —díjole Oscar Piper—, sé que me inmiscuyo en lo que no debo, pero yo en su lugar le habría calentado las orejas a ese mozo. Sabe algo.

El capitán sonrió y se encogió de hombros.

—Tal vez —admitió—. Pero aquí empleamos los métodos franceses. La investigación psicológica del crimen asegura que el

mejor camino es mantener preocupado al señor Hansen… ¿cómo dicen ustedes los norteamericanos? Sí, que se tueste en su propia salsa. Y luego hablará sin necesidad de calentarle las orejas.

El inspector murmuró para sí algunas palabras poco correctas, en tanto el capitán De Silva iba repasando las notas de su cuaderno.

—Respecto a la señorita Prothero —le explicó el capitán al inspector unos minutos después—, no necesitamos preocuparnos. Resulta obvio que una mujer carece de la fuerza necesaria para cometer este asesinato y, además, creo que se halla enferma.

—De acuerdo, dejémosla —concedió Piper—. Pero quiero hablar con ese fulano, Julio Méndez. Quiero preguntarle…

—Ya hemos conversado con ese caballero, señor.

—¿Sí? —Piper sonrió—. Conque es conocido de la Policía, ¿eh? ¿Una ficha, antecedentes?

—Sí, una especie de ficha.

—Entonces habrán podido apretarle los tornillos para que hablase.

El capitán afirmó con el gesto.

—Temo que tendremos que eliminarle como sospechoso —dijo luego—. En la hora del crimen, que ciertamente tuvo lugar entre el momento de la cogida de Nicanor y el chaparrón, Méndez se hallaba en las dependencias de la plaza de toros, bajo las gradas.

—Otra coartada, ¿eh? ¡Y aseguró que tenía una cita! ¿Qué estaba haciendo allí?

—Sacando de su compromiso a la señorita Prothero —le explicó el capitán—. Ha habido últimamente tantos incidentes con los espontáneos que en la actualidad se les encierra por treinta días, para templar sus ardores.

—¿Conque quería libertar a la Prothero, eh? —Reflexionó Piper —. ¡Sí que tiene arrestos el mozo!

El capitán admitió que los tenía.

—¿Y dónde llevó luego a la chica? —Quiso saber él inspector.

—Ah, a ninguna parte, señor. Al parecer, cuando estuvieron en la calle, él buscó un taxi, pero cuando volvió con el vehículo, la joven había desaparecido.

Piper asintió.

—Tenía una cita con otro taxi en la calle de la Violeta.

Rollo Lighton fue recogido en la calle por dos agentes y llevado

a presencia del capitán De Silva. Declaró que había pasado todo el domingo en casa, preparando cien artículos para la prensa gubernamental.

—Me dirigí a la plaza de toros, pero todos los asientos estaban vendidos, por lo que volví a casa y…

—¿Sí? —Le atajó Piper, dándole un codazo al capitán—. ¿Y qué me dice de lo que le contó a *Miss* Withers respecto a haber escrito sólo diez artículos y haber dado a copiar el resto? ¿No le dejó esto la tarde libre?

Lighton se atragantó.

—Me marché a casa y vi que estaba escaso de licor, por lo que bajé al «Mariposa», pensando hallar allí a alguien que me invitase a una copa.

—Mal asunto, señor Lighton. Necesita un testigo de su presencia allí —insistió el capitán De Silva.

—¡Sí lo tengo! —Exclamó Lighton—. El señor Mabie me invitó a una copa.

El inspector, lleno de júbilo, le susurró algo a su colega. El capitán De Silva asintió. Llamó luego a un agente.

—¿Quiere rogarle al señor Mabie que nos honre con su compañía?

El senador Francis Mabie estaría encantado, fue la respuesta, de tomar parte en una identificación. Nada podría causarle más alegría, afirmó, que acompañar al inspector, al capitán De Silva, al señor Lighton y a los agentes al bar «Mariposa».

Todo salió de acuerdo con lo planeado. Cuando cruzaron las puertas del establecimiento, un gordo encargado se precipitó hacia ellos, exhibiendo su sonrisa más profesional. Había sido advertido por teléfono de la llegada del grupo, y parecía saber exactamente qué se esperaba de él.

—Ah, sí, señor —dijo—. Encantado de volver a verle. Y encantado, como ya les dije ayer a los agentes, de saludar a un entusiasta de mis combinados especiales Pancho Villa. Si… precisamente los estuvo bebiendo desde las cuatro hasta las siete…

Su voz se extinguió al ver las expresiones de las personas que tenía delante.

Todo había salido a la perfección, y el establecimiento había resultado una coartada a prueba de bombas para el senador Francis

Mabie. Sólo que no había sido el senador, ni siquiera Rollo Lighton, la persona a quien el encargado había dirigido su pequeño saludo de bienvenida. Su interlocutor, la única persona a la que se había dirigido con la más agradable de sus sonrisas y el aplomo del individuo que jamás olvida una cara, era el inspector Piper.

El silencio que siguió a aquellas palabras fue roto por unos timbrazos telefónicos. El camarero entró en una cabina para anunciar acto seguido que la llamada procedía de la jefatura de Policía.

El capitán fue al teléfono y salió de la cabina completamente exasperado.

—Alguien acaba de comunicar la presencia de un cadáver en el Mercado de la Puerta del Sol —le comunicó al inspector—. ¡Vámonos!

12

EL inmenso Packard atronó las soleadas calles de México con el ulular de su sirena. El impasible mexicano que iba al volante ignoró las luces de tráfico, enfiló por varias calles en dirección prohibida, cruzó unos parques, y una vez en que el tráfico obstruía la calzada, giró el volante y subió el coche a la acera, ante el estupor de los transeúntes.

Llegaron a la Puerta del Sol en menos de tres minutos. Piper afirmó que de haber durado otros tres minutos más el trayecto, su cabello, el poco que le quedaba, naturalmente, se habría quedado como la nieve.

El mercado permanecía cerrado, ya que era la hora de la siesta, y las puertas de hierro estaban bajadas. Pero en una puerta lateral avistaron a un excitado empleado, que llevaba un delantal blanco. En respuesta a las preguntas se limitó a extender el brazo.

—¡Allí, señores, allí!

Atravesaron el mercado, hasta la carnicería.

—Bueno, ¿dónde está el cadáver? —Preguntó el inspector, en tanto De Silva se detenía ante el umbral de una tienda fría y maloliente.

—Aquí —le respondió una voz muy conocida. Era *Miss* Hildegarde Withers, que estaba sentada pacientemente sobre un taburete, dentro del tenderete. El grupo oficial contempló entonces, con suma estupefacción, un animal que estaba colgado de un gancho por los tendones de las patas.

—Un cadáver —dijo ella—, aunque, lo reconozco, no se trata de un cadáver humano. Pero era el único medio de traerle hasta aquí, capitán De Silva.

Hubo un murmullo de desagrado entre los agentes, como el que produce la brisa al susurrar entre las hojas de los árboles. La frente del capitán De Silva se cubrió con dos nuevas arrugas, pero no halló

palabras para expresar su indignación.

—¡Santo Dios, Hildegarde! Si se trata de una broma… es de muy mal gusto. ¡Avisarnos para contemplar a un cerdo muerto! —Piper parecía estar a punto de estallar.

—No fue idea mía —se defendió la maestra—, sino de Sherlock Holmes. *La Aventura de Black Peter*, o algo por el estilo. Claro que en el relato de Holmes se trata de un hombre colgado de un gancho y para demostrar de qué forma ocurrió el hecho, coge un gancho similar y…

Mientras hablaba, el rostro del capitán De Silva se había animado. De pronto, chascó los dedos.

—¡Allardyce! —Gritó entusiasmado—. ¡Lo recuerdo, Allardyce! —Había respeto en el tono de voz—. La tienda de Allardyce, y ocurre algo con un cerdo muerto, balanceándose al extremo de un gancho del techo.

Ahora fue *Miss* Withers la que se mostró entusiasmada.

—Lo había olvidado —continuó el capitán—. Acaba de citar usted a la más alta autoridad, señora. Pero no se asombre. Conan Doyle no es propiedad inglesa o americana. Está traducido también al español. Yo mismo, soy miembro corresponsal de los «Irregulares de Baker Street».

—Ahora empezamos a llegar a buen puerto —asintió *Miss* Withers—. Tome —y le entregó al capitán la banderilla que aquella misma mañana había encontrado en el dormitorio del hotel. Añadió —: Comprendo que la idea es un poco desquiciada, sí, lo admito —confesó—. Pero como usted ha dicho, su precedente es magnífico. Supongamos que intentamos comprobar quién puede hundir esta arma más adentro de esta carcasa.

Todos lo intentaron. Primero el capitán De Silva, el cual se hallaba del mejor humor del mundo. Luego, el inspector, como si atacara a la bayoneta, y finalmente los demás agentes.

Una sonrisa de satisfacción se dibujó en el huesudo semblante de la maestra, ya que ninguno de aquellos caballeros, a pesar de sus esfuerzos, había conseguido que el dardo penetrase más de seis centímetros en el cuerpo del cerdo.

—Entiendo tu idea —reconoció el inspector—. Hay que poseer una fortaleza o una astucia especial para lograr hundir esto debidamente hasta el corazón de un ser humano, lo que significa

que el asesino debió de ser una persona especialmente entrenada… o un torero.

—¡Un momento! —Gritó el capitán De Silva—. Un momento. Los banderilleros estudian durante años para aprender el arte del manejo de las banderillas, pero no estudian la manera de hundirlas más que debajo de la piel, como máximo. No son instrumento de muerte, sino sólo ornamentos que ayudan a la debilitación del cornúpeta.

—Entonces nuestro asesino debe de ser un gorila —gruñó Piper —. He procurado asestar el golpe con todas mis fuerzas… En realidad, tengo bastante fortaleza física, como podría atestiguar el agente a quien dejé un ojo averiado, pero apenas he conseguido hundir la banderilla más de tres centímetros.

—¿Alguno de ustedes posee una bala? —Inquirió con toda cortesía *Miss* Withers.

—¿Un proyectil? ¿Un cartucho? —Quiso aclarar Piper.

Quería una bala. Por fin, ante su insistencia, uno de los agentes le entregó una bala.

—Bien. ¿Podrían hundir esta bala dentro de la carcasa?

—¡De ningún modo! —Exclamó el capitán De Silva.

—¡Ya lo entiendo! —Refunfuñó Oscar Piper—. En cambio, desde cien metros de distancia es posible hundir esta bala dentro de un cuerpo humano, con la ayuda de un revólver.

—Claro —afirmó el capitán con toda seriedad—. Es algo referente a la velocidad inicial. Un remolino puede derrumbar una casa.

—Y si esto puede aplicarse a una bala, ¿por qué no a una banderilla? —Insistió la maestra.

—Mira, Hildegarde —se quejó el inspector—, no es posible meter una banderilla dentro del cañón de una pistola.

Pero fue el capitán De Silva quien tuvo la feliz idea.

—¡Una pistola de aire! —Gritó—. Vaya, el criminal ni siquiera necesitaba estar sentado en los tendidos, sino en las andanadas o en un palco, que ahora en la temporada de verano están casi siempre vacíos. O en la plataforma de arriba, en el reborde que rodea el coso, donde a veces se sitúan algunos espectadores, pero que cuando llueve siempre está desierto…

El inspector consintió en considerar aquella idea.

—De esta manera, no importan los que se marcharon de la plaza durante la corrida, porque cualquiera pudo volver a trepar desde fuera hasta los palcos o más arriba.

—¿Te gusta mi teoría? —*Miss* Withers le dirigió una aviesa mirada.

Los dos policías estaban de acuerdo con la misma, declararon. Y entonces ella sacudió lentamente la cabeza.

—Pues yo no —afirmó con convencimiento—. Creo que está más llena de agujeros que un cedazo.

Habría continuado hablando, mas de pronto oyeron el estrépito de una motocicleta. Poco después, apareció un joven agente que tras haber saludado al capitán, se dirigió a él en rápido español.

—Dile al teniente coronel que iré allá en seguida —le ordenó a continuación el capitán De Silva. Se volvió hacia Piper, con una expresión de triunfo en su faz—. Me perdona, ¿verdad?

—Sí, ¿qué ocurre?

El capitán se estaba restregando las manos.

—¿Qué ocurre? ¡Ah, mi querido amigo, el poder del método psicológico de tratar con el crimen! El señor Al Hansen, cuyas orejas estaba tan ansioso de calentar, se ha presentado en jefatura, deseando firmar una declaración —bajó la voz—. En realidad, una «confesión».

Y el capitán De Silva abandonó apresuradamente el mercado, en dirección al coche policial, que no tardó en arrancar.

—Cualquier confesión efectuada por Al Hansen me deja en un estado de indiferencia rayano en la catalepsia —afirmó *Miss* Withers.

Estaba compartiendo el almuerzo con el inspector, y se hallaba de muy mal humor a pesar de su pequeño triunfo en la carnicería.

Oscar Piper rezongó que le gustaría poner sus manos sobre la persona que arrojaba objetos afilados por la ventana.

—¡Ojalá, Oscar! —Asintió la maestra—. Cuando lo consigas habremos atrapado a nuestro asesino. Porque no creo que se trate de ningún estúpido que desee impedirme visitar México.

—Tienes razón —la consoló el inspector—. Lo que no entiendo es dónde encaja tu nueva teoría respecto al pobre Mabie —continuó —. Al fin y al cabo, el senador tiene derecho a cuanto pueda hacer… a cuanto podamos hacer…

—¡Alto ahí, Oscar! Naturalmente, si el senador hubiera planeado una serie de crímenes, no habría sido tan tonto como para llevarse consigo un detective. Además, tampoco me lo imagino utilizando una pistola de aire comprimido ni nada parecido.

—Mabie no sería tan tonto —asintió Piper—. Por otra parte, según dice, le tiemblan mucho las manos. Y sin embargo, esta teoría del capitán con respecto a la culpabilidad del senador es la única que parece posible.

—¡Necedades, Oscar! —*Miss* Withers soltó un sonoro bufido—. Yo te proporcionaré una teoría mucho mejor. El señor y la señora Ippwing…

—¿Qué?

—¡He dicho los señores Ippwing! Tienen una hija inválida, Oscar, que es la niña de sus ojos. Hace unos años quedó inválida por culpa de uno de los aparatos de ondulación de uno de los salones de belleza de Adele. Bien, sus padres leyeron en un periódico que la señora Mabie, ahora casada y retirada del negocio, iba a acompañar a México a su esposo. Decididos a vengarse, cogieron cianuro potásico de la droguería del señor Ippwing y…

—¡Un momento, un momento! —Gimió el apurado inspector.

—Calla, Oscar. Plantaron el perfume envenenado en la maleta de la señora Mabie, si bien fue el aduanero quien lo olió por equivocación. Volvieron a probar con el truco de la serpiente, y también fracasaron. Por tercera vez, dispararon una banderilla desde un palco al que habían penetrado tras fingir marcharse de la plaza, tomando como blanco la sombrilla multicolor de Adele, sin saber que ésta la había dejado ya y que una persona inocente la había recogido para su propio uso. ¿Qué tal, Oscar?

—Pero, ¿cómo… cómo diablos lo has averiguado? —Logró exclamar el apabullado inspector.

—No averigüé nada. En realidad, no hay en todo ello una palabra de verdad. Reuní lo que sabemos respecto a los salones de belleza y la droguería de la familia Ippwing, y el resto lo inventé yo. Pero es una teoría tan perfecta como la de la Policía, ¿no?

El inspector gruñó para su capote.

Miss Withers se golpeó los dientes con un lápiz.

—Existe otra sugerencia —continuó animadamente—. Supongamos, supongamos solamente, que a Fitz no lo mataron por

accidente. Supongamos que él fue el asesino de Manuel Robles, el empleado de aduanas, por un motivo no revelado aún. Supongamos que planeó el método indirecto del frasco de perfume colocado en el equipaje de cualquier pasajero del tren, esperando que su víctima, en la rutina de inspección, lo encontraría. Luego, Fitz coge un avión, llega aquí antes que los demás, y cree haber desviado completamente las sospechas de su persona. Pero no sabe que Julio Méndez, amigo del tal Robles, está sobre su rastro. Julio se traza un plan. Consigue que Dulcie lleve a su víctima a cierto lugar, ignorando la joven toda la trama, claro, y después le hunde la banderilla a Fitz por medio de una pistola de aire.

—Lo cual deja fuera a la serpiente —le recordó el inspector a la maestra.

—Y asimismo, muchos otros factores —reconoció *Miss* Withers —. Volvámonos al hotel. Dormiré la siesta y tal vez sueñe la solución.

Pero la angulosa maestra no pudo disfrutar de los placeres de la siesta. Cuando subía por la escalera, una aparición se le presentó en forma de Rollo Lighton. Apenas reconoció al joven, bien afeitado, correctamente ataviado con un traje de Palm Beach y muy seguro de sí mismo. En la mano llevaba un bolígrafo que la maestra no había esperado ya volver a ver.

—Muchas gracias por fiarse de mí —le dijo el periodista. Luego, al ver que *Miss* Withers le sonreía y seguía subiendo por la escalera, la detuvo con el ademán—. Me gustaría tener una charla con usted. Tengo… tengo que confesarle una cosa.

—¿Confesarme?

—Confesarle… bien, ya sabe, me remuerde la conciencia. Lo he estado reflexionando todo el día. Quisiera acudir a la Policía, pero no sé si querrán escucharme. Y pensé que tal vez usted…

—Bien, venga conmigo —accedió ella, llevándole hasta su habitación. Lighton se dejó caer pesadamente en una butaca.

—Sé quién mató a Mike Fitz —declaró.

Miss Withers esperó en silencio.

—Si lo digo, ¿cree que me protegerán… o me dejarán salir de la ciudad? Porque mi vida estará en peligro a cada instante.

—Adelante —le animó la maestra—. Tal como están ahora las cosas, peligran las vidas de todos.

El periodista asintió, fijos los ojos en el suelo.

—¿Bien…? —Le apremió *Miss* Withers.

—Fue Hansen —la voz de Lighton apenas resultó audible.

—¿Qué? —De todos los nombres que la maestra había esperado oír, aquél era el último.

—Entramos juntos en un negocio —afirmó Lighton—. Un negocio para monopolizar todos los generadores de la ciudad durante la huelga. Bien, los detalles no hacen al caso. Fue idea de Al. Una de las cosas que yo hice en Laredo fue convertir en dinero mis acciones. Además, le enviamos todo nuestro dinero por telégrafo a Mike Fitz. Y cuando llegamos aquí, vimos que nos había estafado. Yo quise ir a denunciarle a un juzgado, y al final conseguí que Hansen me acompañase a presentar la querella. Pero la justicia de este país es muy lenta y complicada. Le dimos a Mike hasta el domingo por la noche de plazo para reunir la cantidad que nos adeudaba, aunque de sobra sabíamos que no podría conseguirla. Conque yo salí y preferí emborracharme, pero sé que Al Hansen… Bueno, es un tipo duro. Le supliqué que no cometiese ninguna locura, pero…

—¿Y no tiene algo más definitivo como motivo? —Le interrumpió *Miss* Withers, impaciente.

Rollo Lighton la contempló un segundo fijamente.

—Sé que a Hansen le entusiasman los toros hace muchos años, y que en su casa de Frisco tiene una docena de estoques y medio centenar de banderillas…

—¿Es buen tirador? —Inquirió la maestra, pensativamente.

Lighton asintió, diciendo:

—Cuando estuvo con Villa, pasando armas de contrabando, podía disparar contra cualquier blanco. Consiguió medallas por su puntería… ¿Pero qué tiene eso que ver…?

—Mucho —respondió *Miss* Withers—. No se vaya, por favor.

Fue al teléfono, le dio unas excitadas instrucciones a la joven de la centralita, y un momento más tarde estaba hablando con el capitán De Silva. Conversó unos minutos, y finalmente dejó el receptor en su soporte.

—Tal vez le interese saber —le manifestó a Rollo Lighton—, que Al Hansen se halla en el despacho del jefe de Policía, en estos momentos, declarando.

—¿Sí? —Lighton soltó un respingo, mostrando sus feos dientes.

—Sí, una declaración —repuso la maestra—, ¡según la cual fue usted quien despachó a Mike Fitz al otro barrio! Caballeros, tendrán que ponerse de acuerdo…

Pero Rollo Lighton ya había cruzado la puerta, sin detenerse a escuchar el resto de la frase.

—Está muy claro —insistió el inspector más tarde—. Los dos están metidos en esto. Y ahora, cada cual intenta echar las piedras al tejado ajeno. Fitz quiso quedarse con la pasta que Hansen y Lighton le enviaron y…

Miss Withers sacudió negativamente la cabeza.

—De haber tenido el dinero lo hubiese devuelto, Oscar. Especialmente si pensaba que estaba en peligro, y claro está que debía estar enterado de que Lighton estuvo en el ejército y sabía disparar y que Al Hansen había sido contrabandista de armas. Además, si hubiese tenido el dinero guardado no habría robado la falsa esmeralda de Dulcie para conseguir la pasta, como tú dices.

—Bien, me siento satisfecho —fue la admirable respuesta del inspector—. Creo que De Silva también, pero no ha querido arrestar a esos dos tipos. Alegó que le falta la autorización del jefe de Policía, o del teniente coronel, y ambos se hallan de inspección por el país.

—¿Entonces —quiso saber *Miss* Withers— no se habla ya de arrestar al senador, con coartada o sin ella?

—No, hasta que se aclare este embrollo Lighton-Hansen. ¿Por qué?

La maestra se lo manifestó, mientras desplegaba un folleto de viaje.

—No eché en saco roto la teoría del capitán De Silva, naturalmente. En la Agencia Cook comprobé el itinerario de los vapores «Empress» alrededor del mundo. Poseen todos los datos en la oficina, porque de vez en cuando los pasajeros abandonan el buque en Acapulco, en la costa del Pacífico, atraviesan México y vuelven a embarcarse en La Habana. Pues bien, también sé esto: ningún buque de la empresa «Empress» hace escala en un puerto en el que no ondee la bandera de la Union Jack, si pueden impedirlo. Gibraltar, Egipto, Bombay, Sidney… pero no Le Havre ni Nápoles. «Por el Imperio», es su lema. Además, Adele Mabie jamás estuvo en

París, ni encontró allí a Manuel Robles, por lo que todo el caso contra su marido se viene abajo como un castillo de naipes.

—¡Buena jugada, Hildegarde!

La maestra no pareció apreciar la alabanza.

—Oscar, en todo esto hay algo que se nos escapa —afirmó—. Estamos haciendo disparos en la oscuridad… —de repente calló, para añadir en otro tono—. ¡Hablando de disparos, Oscar, se me ocurre una idea!

—¿Sí? Pues suéltala.

Miss Withers consultó su reloj.

—Si las tiendas están abiertas. ¿Cuál es el lugar más próximo para encontrar curiosidades?

—La habitación de Adele Mabie —rió el inspector.

Pero la maestra le comunicó que se trataba de una curiosidad que Adele no poseía. Completamente aturdido, el inspector siguió a su compañera fuera del hotel, esperó en el taxi mientras ella daba una vuelta por las tiendas y almacenes de la avenida Juárez, y al final la vio regresar cargada con dos paquetes casi de su estatura. Con grandes dificultades consiguieron meterlos dentro del taxi, y entonces *Miss* Withers le ordenó al conductor:

—¡A la plaza de toros!

El acento de la maestra, que acababa de hablar en español, era bastante deficiente, pero el taxista logró entenderla.

—Hoy no hay toros, señora —le advirtió en un inglés tan pésimo como el español de la maestra—. ¡Hasta el domingo!

—No importa —contestó *Miss* Hildegarde Withers en tono que no admitía réplica.

No tardaron en llegar a la vista de la plaza de toros.

—Debe de haber algún conserje en alguna parte, Oscar —insinuó la maestra—. Tendremos que darle una propina para que nos deje entrar.

—De acuerdo, pero dejaremos los paquetes en el taxi, ¿verdad?

—Nos los llevaremos —replicó *Miss* Withers—. Los necesito.

No había ningún conserje en la puerta, si bien por un ignorado motivo, ésta resultó estar abierta. Entraron, cruzaron el corredor donde el día anterior habían estado los mendigos y vendedores ambulantes, y se dirigieron al primer tramo de escaleras.

De abajo surgían mugidos en tonos diversos y los ruidos

causados por las cornamentas al chocar contra las tablas. Por lo demás, la plaza parecía estar abandonada.

La escalera que conducía a lo más alto de la plaza estaba oscura, más oscura que las nubes grises que encapotaban el cielo.

—Por lo visto, no tardaremos en tener que aguantar nuestro chaparrón diario —observó el inspector, en tanto el viento trataba de arrancarle el sombrero y desgarrar el papel que envolvía el paquete que él sostenía.

En aquel momento oyeron pasos que descendían por la escalera. Rápidamente, *Miss* Withers arrastró al inspector a un cubículo que se abría a un lado del muro, y atisbaron hacia fuera.

Asombrados, vieron a un individuo portador de un paquete casi idéntico a los suyos. El joven, que lucía sombrero azul, iba silbando «El Novillero».

—¡Julio! —Jadeó *Miss* Withers—. ¡Julio Méndez!

El joven se detuvo en el acto, y por un instante la expresión que se retrató en su semblante no fue precisamente de agrado. Al cabo de un instante ya estaba sonriendo.

—Hola —exclamó Julio—. ¿Qué les trae por aquí? ¿Los asesinos regresando a la escena del crimen?

Miss Withers, que había estado a punto de hacer la misma observación, soltó un bufido. Julio miró su reloj.

—Lamento no poder quedarme con ustedes, pero tengo una cita para llevar a la señorita Prothero a dar un paseo en barca… si no llueve. ¡Al hermoso y romántico Xochimilco! —Y continuó bajando los escalones de dos en dos.

—¿Qué diablos pasa aquí? —Exigió Piper, pero la maestra movió negativamente la cabeza.

—¡No puede ser! —Repitió—: ¡No puede ser! Y sin embargo… Me estuve preguntando de qué manera el criminal pudo sacar de aquí el instrumento asesino sin ser visto por nadie. ¡No se me ocurrió pensar que podía haberlo dejado aquí para recogerlo más tarde! —Tiró del brazo del inspector—. ¡Vamos, Oscar!

Siguieron ascendiendo hasta llegar a la parte más alta del ruedo, un sitio en forma de reborde estrecho que rodeaba por completo la plaza. Debajo se hallaba el techo de los palcos, luego las circulares filas de asientos, y abajo en el centro brillaba el círculo amarillento de arena, aún empapado de agua.

—Puedes abrir el paquete, Oscar —le ordenó *Miss* Withers.

El inspector deslió el envoltorio.

—¡Santo Cielo! ¡Nunca se me hubiese ocurrido volver a jugar a indios y vaqueros!

Estaba exhibiendo un enorme arco de fresno, de un metro y medio de altura, coloreado alegremente. La cuerda era de tripa y bajo la dirección de la maestra, Piper la hizo vibrar penosamente hasta arrancar una nota musical.

Miss Withers le entregó un surtido de alegres banderillas.

—Coge la navaja y haz una pequeña muesca en los extremos de las banderillas —le sugirió—. Veamos si puedes disparar una, apuntando al último asiento de la última fila, donde estaba sentado Fitz. Alguien ha dejado un periódico allí, para indicar el lugar.

El inspector ejecutó lo ordenado, aunque con manifiesta torpeza.

—¡Pero esta banderilla no es bastante larga para que resulte una buena flecha! —Se quejó.

—¡Da lo mismo! —Insistió la maestra—. ¡Vamos, si en mi clase de Jefferson, tenía muchachitos que sabían disparar con arcos mayores que éste!

El inspector dobló el arco, apuntando lo mejor que supo al distante lugar señalado por la maestra. Luego soltó la improvisada flecha.

Se oyó un prolongado zumbido y un torbellino de color que se fue curvando lentamente, clavándose sobre un cartel que anunciaba «Glaxo», casi en ángulo recto de la dirección a la que había apuntado el inspector.

—¡Inténtalo otra vez y ten cuidado! —Le animó *Miss* Withers, entregándole otra banderilla.

El inspector, que ya había empezado a tensar el arco, se paró de repente.

—¿Para qué todo esto, Hildegarde?

La maestra acababa de darse cuenta que la suya no era la única banderilla que colgaba del anuncio. Había otra en el mismo cartel, otra bailoteando, clavada en el centro del ruedo, y algunas hundidas en el tejado de los palos, a diestro y siniestro, y sobre los tendidos.

Sólo había un detalle en común entre todos aquellos proyectiles desperdiciados. Ninguno había logrado quedar situado a menos de

sesenta metros del sitio donde Michael Fitz había hallado la muerte.

13

EL cuarto estaba atestado de cajas y maletas, y por doquier flotaba el olor a piel, a barniz y virutas.

—Siento molestarla —se disculpó *Miss* Withers—, pero a mí no va a servirme de nada en absoluto, y pensé que a usted le agradaría añadirlo a su colección de curiosidades mexicanas.

Y así diciendo, le entregó el magnífico arco de fresno, con sus cuentas y colores de adorno, de acuerdo con la mejor tradición tolteca.

—¡Oh… es precioso! —Exclamó Adele Mabie, aceptando el obsequio y algo asombrada—. ¡Eh, Dulcie! —Gritó—. Cuando hayas terminado de envolver las copas, ven un momento, por favor —se oyó un murmullo procedente del dormitorio.

Miss Withers estaba sinceramente sorprendida.

—¡Yo creí que Dulcie tenía que ir esta tarde a los «Jardines Flotantes»!

Adele Mabie bajó la voz hasta convertirla en un murmullo.

—¡Sí, pero ahora está trabajando para mí! ¡Y si se encuentra ya bien para ir de excursión con un joven, también tiene que estarlo para ayudarme a empaquetar mis curiosidades!

La maestra no contestó.

—Mire, me siento responsable de ella —continuó Adele—, y no me gusta la idea de que vaya sola por ahí con un joven a quien nadie conoce, hasta quién sabe qué horas. Ese Julio parece estar continuamente rondando por ahí, pero nadie sabe nada de él.

—En efecto —asintió *Miss* Withers.

—Al fin y al cabo, podría ser que fuese él quien… —Adele calló al aparecer Dulcie en la habitación—. Coja esto y vea si cabe en el baúl.

Dulcie, bastante pálida todavía, y con una pequeña venda que le ocultaba en parte su bella mata de cabello rojo, saludó a *Miss*

Withers con una sonrisa. Después cogió el arco y volvió a salir, cerrando la puerta del dormitorio a sus espaldas.

—Y hablando de Julio —reanudó el tema la maestra, como si le interesase—, claro, lleva consigo un bastón, pero fuera de Chicago o el Oeste Medio, esto no es una prueba definitiva en contra. Lo más interesante de él es la forma en que, en los momentos de excitación y nerviosidad, habla un inglés perfecto.

—Dígame una cosa —pidió Adele, tras haberse mostrado de acuerdo con la maestra—. ¿Ha llegado la Policía a alguna conclusión…?

—Si quiere mi opinión, el problema que tiene la Policía no es el de *quién* sino el de *cómo* —le aclaró la maestra—. No, no creo que estén cerca de ninguna solución, a pesar de tener dos confesiones. Sí, el señor Hansen declaró que el culpable era el señor Lighton, y éste alegó que el criminal era el señor Hansen.

Adele se pasó una mano por la cabellera.

—¡Qué sarta de tonterías! Ninguno de los dos pudo asesinar al señor Fitz. Ni siquiera por una deuda de dinero. Lo mismo podrían pensar de Francis, que le entregó una cantidad al señor Hansen en el tren, como participación en un negocio de cordones de zapatos.

—¡Oh! —Exclamó *Miss* Withers.

—Creo que he sido algo indiscreta. Bueno, es igual —añadió Adele—, creo que de todas formas usted lo hubiese descubierto lo mismo, conque no importa. Usted lo sabe, y yo lo sé, que mi marido es incapaz de matar una mosca.

—En ese caso, no durará mucho tiempo en este país —bromeó *Miss* Hildegarde Withers, que ya había tenido sus primeras experiencias sobre aquella parte de la ínfima fauna de México—. Pero comprendo lo que quiere decir, y me siento inclinada a mostrarme de acuerdo con usted. Su marido carece de motivos. Además, es muy mal tirador, según tengo entendido.

—¿Tirador…? Oh, entiendo —esbozó una sonrisa—. Además, nos marchamos de aquí en el barco del miércoles. Mañana nos dirigimos ya al puerto de Veracruz.

—¿Con tanto equipaje? —*Miss* Withers tendió la vista hacia los bultos que atiborraban la habitación, maletas, baúles, cajas y paquetes de curiosidades alineados contra las paredes o encima de todos los muebles disponibles. Su mirada se detuvo en el par de

banderillas negras y doradas. Luego alzó la vista y añadió—: Al decir «nosotros», naturalmente, se refiere a usted y su esposo.

—Bueno… Francis es de la opinión que resultaría tal vez extraño marcharse él ahora, hasta que todo esté solucionado. Por tanto, me llevo a Dulcie para que me ayude con los billetes, el equipaje y el lío de las aduanas. Es una chica muy competente en esta clase de cosas.

—Competente tal vez sea decir poco —asintió *Miss* Withers—. Es también muy buena para guardar un secreto. Lo que no entiendo es por qué prefiere trabajar casi como criada en lugar de aprovecharse del dinero que se le encontró encima —la maestra movió la cabeza reflexivamente—. Y por lo visto ya no tiene deseos de continuar en México, ¿verdad?

—¡En absoluto! Ahora sólo desea irse de aquí —corroboró Adele —. Fuese cual fuese el motivo de su anhelo por venir a México, se ha evaporado. Claro que yo no quiero hacerle preguntas a este respecto. Dulcie está ahora encantada ante la perspectiva de marcharnos y, como es natural, Francis nos seguirá tan pronto como este misterio se halle solucionado.

La maestra pensó que el senador tal vez luciría ya una enorme barba blanca cuando el caso estuviese resuelto, pero no lo expresó en voz alta. Miró, por el contrario, la serie de látigos y junquillos de equitación que se hallaban, escalonados según su tamaño, sobre la mesa, listos para ser empaquetados.

—¡Todas mis amigas saben montar! —Explicó Adele—. En Long Island y Connecticut, todo el mundo se apasiona por los caballos. Conque estos látigos resultarán una gran novedad cuando lleguemos a Nueva York.

Había junquillos y látigos de todas clases, fabricados por los convictos de las Islas Marías. Los había de hueso de ballena con piel de cerdo, de madera brillantemente pintada, e incluso de caña con cabezas de caballo como mango. Los había de todas las variedades y condiciones.

—Ah, sí —dijo Adele—. El de piel de caimán. El mejor de toda la colección ha desaparecido.

—Como si no tuviésemos ya bastantes misterios en torno nuestro —asintió *Miss* Withers, pensando en otra cosa.

—No me extrañaría que fuese una de las doncellas del hotel —

exclamó Adele, con tristeza.

Miss Hildegarde Withers estuvo a pique de atragantarse ante la idea de una de las gordas criadas mexicanas galopando por el Paseo el día de fiesta y espoleando a su montura con uno de los látigos de Adele. Bien, había llegado el momento de marcharse.

—Antes de irme —dijo la maestra con timidez— supongo que no le importará que juguemos por un momento a decir la verdad…

—¿Cómo? —Adele estaba aturdida.

—¿No quiere decirme el verdadero motivo —*Miss* Withers bajó la voz hasta un murmullo— que la impulsa a impedir que Dulcie vaya con Julio a los «Jardines Flotantes»?

Adele Mabie permaneció unos instantes inmóvil.

—Claro que se lo diré —contestó, sin ninguna emoción en la voz —. No contraté a esa chica sólo por comodidad. Necesito a alguien que me haga compañía. Mi esposo no sirve… Podrían asesinarme una docena de veces sin que se enterase. Es un ángel, y tiene un gran porvenir en la política, pero no es demasiado inteligente.

—¿Y bien…? —La urgió *Miss* Withers.

—¡Necesito que Dulcie no se aparte de mi lado ni un solo instante porque estoy asustada! ¡Asustada por completo! Y temo que si me quedo sola… algo… alguien…

Se le quebró la voz pero no sollozó ni ocultó el rostro entre las manos. Simplemente, se quedó mirando fijamente al frente, inexpresivamente. Y *Miss* Withers comprendió que Adele Mabie le había dicho la verdad.

Poco después, la maestra cerraba la puerta del apartamento a sus espaldas y dejaba a Adele a solas con sus chucherías… y sus terrores.

Su miedo era tan sincero, tan grande, que *Miss* Withers llegó a preguntarse si la joven no sabría perfectamente cuál era el motivo de la amenaza contra su existencia.

Claro que nunca lo diría, ni era probable que lo hiciese Dulcie. Nadie decía nada en este caso, y cuando obtenían alguna información, solía tener más agujeros que una raqueta de tenis.

El inspector no estaba en su habitación. Nunca estaba allí cuando le necesitaba. *Miss* Withers descendió al vestíbulo del hotel y consiguió llegar a la calle, tras haber tenido que rechazar los servicios de un solo limpiabotas, lo cual era todo un récord.

Anduvo rápidamente, como si desease huir de algo. Bajó por Madero y Juárez, y pasó por los vecinos senderos de la Alameda, tan atestada de vendedores como siempre. Después, giró hacia el norte, por los terrenos de juego de la universidad, y se internó por calles bien empedradas y otras no tanto, pertenecientes al barrio antiguo, con sus centenares de patios españoles, y sus cabras, perros, críos y flores. Finalmente volvió hacia el sur, pasando por entre las manadas de vendedores de lotería que infestan el Rincón de la Fortuna, hasta alcanzar el mercado de San Juan, donde puede adquirirse todo cuanto uno desee.

Fue admirando los tenderetes repletos de rosas, iris, gladiolos, violetas de grato perfume, claveles de un rojo casi negro, gardenias que embalsamaban el aire con su penetrante aroma.

Había mesas llenas de llaves rotas, cepillos de dientes usados, goznes desparejados, maletines de tercera o cuarta mano… Había un tenderete con varios miles de frascos de medicinas, todos muy limpios y relucientes, otro atestado de pendientes y objetos de latón, y luego una fila entera de pechugas de gallina, seguida por otra de medias cabezas de cordero. La maestra procuró apresurar más el paso, mirándolo todo con ojos compasivos.

Vio una tienda de la que colgaban toda clase de cuerdas, riendas, bocados para caballos y espuelas y estribos de plata y cobre.

Las sombras se estaban ya alargando por las calles de la ciudad vieja, y de vez en cuando el sol coloreaba las piedras de las antiguas casonas con un resplandor desvaído.

La luz del sol caía de plano sobre un magnífico tilo que crecía casi pegado a un muro, un tilo medio oculto por la profusión de capullos que mostraba una buganvilla cercana. *Miss* Hildegarde Withers leyó la antigua inscripción de la pared: «calle Violeta», y contuvo el aliento.

Durante toda la tarde había estado, inconscientemente, buscando esta calle. Y ahora estaba en ella, en la esquina de la calle Violeta. La noche pasada, en este mismo sitio, Dulcie Prothero había sido atropellada por un taxi. A un tiro de piedra, debía hallarse una de las partes que componían el misterio. No sería muy difícil encontrarla, ya que la calle Violeta no tenía más que una manzana de longitud y carecía de salida por el otro extremo.

Continuó andando y, finalmente, por entre una portalada que conducía a un patio lleno de cabras, niños, lavaderos y flores, llegó junto a un grupo de niños que jugaban con una pelota hecha de trapos muy apretados.

—Hola —les saludó. Al fin y al cabo, los niños son niños en todos los idiomas.

—Hola, señorita, buenas tardes —dejaron de jugar, con la universal cortesía de los niños mexicanos, y se apiñaron en torno a la maestra.

—Busco la casa del torero americano —les dijo—. ¿Dónde está la casa del torero de yanquilandia?

Siete voces le dijeron:

—Allá, señorita —y siete dedos señalaron un edificio del otro lado de la calle. Siete manos aceptaron unas míseras monedas.

Era ya la hora del crepúsculo cuando *Miss* Hildegarde Withers abandonó la calle Violeta. Las sombras se habían ya abatido por completo sobre la ciudad. Los pocos faroles de gas que iluminaban algunos parajes sólo servían para acentuar más la oscuridad reinante. La maestra se estremeció y marchó a buen paso en dirección al hotel.

Un bloque de casas… otro… se dio cuenta, repentinamente, de que alguien la seguía. Era sólo una intuición, una sensación psíquica, sin nada definido, y sin embargo sabía que era verdad. Cada vez que se detenía a mirar hacia atrás no veía más que las calles, muy transitadas por los obreros que regresaban a sus casas, niños que jugaban, chillando a voz en grito, mujeres que cerraban ya los cajones de manzanas y ciruelas, en espera del día siguiente… En aquellas calles no circulaban automóviles, ni había taxis a la vista.

Sin embargo, le pareció una de las veces que una sombra se movía por encima de las demás. Las ventanas mal iluminadas parecían hallarse muy lejos, y cada esquina, cada portal, parecía estar al acecho…

Caminó de prisa, girando ya a la derecha ya a la izquierda a cada esquina.

«Me siento tan nerviosa como una gata», se dijo la maestra. «Pronto empezaré a ver cosas raras». Pero a pesar de esto, siguió apretando el paso.

El que la seguía también hizo lo mismo. Casi podía oír ya sus pisadas, si bien cada vez que volvía la vista hacia atrás tenía que confesar que debía tratarse del Hombre Invisible.

Algunas personas poseen la facultad de saber cuándo se las mira o vigila, con una especie de sexto sentido que les produce un escalofrío en la nuca. *Miss* Withers lo poseía en alto grado, y en aquellos momentos estaba funcionando a toda tensión.

«No puede ser un facineroso», se dijo colérica, «porque mi aspecto no es el de una persona adinerada. Tampoco podrían pedir un rescate muy elevado por mi persona. No creo que pretendan asesinarme, porque ciertamente me encuentro completamente a oscuras respecto a este caso».

De repente, la calle torcía casi en ángulo recto, yendo a desembocar en otra, y *Miss* Withers se detuvo, incierta, sin saber si debía girar a derecha o izquierda.

Tenía que decidirse y no tardó en hacerlo. De nada servía precipitarse ciegamente por unas calles desiertas y desconocidas. Tampoco le serviría de nada echar a correr, ya que la vida le había enseñado que de lo que más se quiere huir es lo que más se le pega a uno.

Dobló la esquina y *Miss* Hildegarde Withers se dispuso a desaparecer. No era fácil, pero halló un portal.

Esperó, con todos los músculos en tensión. Deseó que el inspector hubiese estado a su lado. O, a falta de su protección, haber tenido al menos el paraguas que tan bien le había servido en más de un caso. No, no era su imaginación la que le estaba jugando una mala pasada. Escuchó el ruido de unos pasos rápidos que doblaban la esquina, para detenerse seguidamente.

«¿Esperas descubrir dónde estoy, eh? ¡Ahora verás!» —y repentinamente, la maestra surgió de las sombras del portal para enfrentarse con su perseguidor.

Era Julio Méndez, que se estaba enjugando la frente con un pañuelo y se apoyaba pesadamente sobre su bastón de malaca.

Miss Withers no pronunció ni una sola palabra. Fue el *alegre caballero* quien se recobró antes de la impresión.

—¡Vaya sorpresa! ¡Qué encuentro más afortunado!

—¡Sorpresa para su tía! —Le acusó la maestra con muy poca educación—. Lleva más de media hora siguiéndome. Y no intente

negarlo.

—Nada de eso —concedió Julio, con su habitual animación—. Seguro que la seguía. Desde que la vi en la calle Violeta.

—¿Vigilaba aquella calle? ¿Por qué?

—Supongo que por la misma razón que usted —admitió Julio—. La verdad es que Dulcie me gusta mucho. Y tuve interés en saber qué había pasado anoche.

—¿Conque aún jugando al detective, eh?

—Ah, sí. Fui a la escuela con Manuel Robles, ¿entiende? Y debo hacer cuanto pueda, ¿no? —Comenzaron a andar juntos—. Este barrio no es muy seguro, por lo que será mejor que la acompañe al hotel. Dígame, ¿todavía no ha solucionado el asesinato?

La maestra movió desconsoladamente la cabeza.

—Me he formulado una serie de preguntas pero no encuentro las respuestas. Y el inspector me ayuda muy poco. Ahora se dedica a asentir a todo cuanto afirman esos policías idiotas de su país.

—Sí, son bastante estúpidos —murmuró Julio—, los conozco.

Continuaron en silencio una manzana de casas.

—Si hallase las respuestas a mis seis preguntas —dijo finalmente *Miss* Withers—, creo que tendría completamente solucionado este caso.

—Adelante, vaya diciendo —la apremió Julio, con toda seriedad —. No tengo nada que hacer. Dulcie me dio plantón cuando íbamos a ir a los «Jardines Flotantes».

—¿Qué puedo perder? —Exclamó la maestra, tras unos instantes de reflexión—. Primero… bien, primero: me gustaría saber por qué Michael Fitz tenía en la cocina de su apartamento un gallo de pelea, a punto de guisar.

Julio afirmó que esto parecía una incongruencia.

—Segundo: quiero saber por qué Adele le teme a Dulcie Prothero.

—¡Pero… pero si se muestra tan cariñosa con la chica…! Ha vuelto a aceptarla…

—Exactamente. Por eso sé que la teme. Tal vez piense que estará más segura pudiendo vigilar a la joven continuamente.

—Dulcie es incapaz de matar a nadie —Julio se mostró disconforme con aquella idea—, estoy seguro. Pero, en fin, continúe.

—Tercero: por qué Dulcie, que no goza de una situación desahogada ni mucho menos, llevaba una pequeña fortuna prendida en su… bueno, en sus ropas íntimas.

—Tal vez… —empezó a decir Julio. Pero *Miss* Withers le atajó, asegurándole que lo que quería eran hechos y no sospechas.

—No entiendo a esa chica —prosiguió— a pesar de que la conocí cuando llevaba trenzas. O tiene destrozado el corazón o se lo imagina —*Miss* Withers movió tristemente la cabeza—. Sea como sea, mi cuarta pregunta es: ¿por qué un tipo que lleva un grueso impermeable necesita una sombrilla cuando llueve?

El joven meditó un momento.

—Esto solamente se lo podría explicar el difunto Mike Fitz, ¿no?

—Quinto —continuó la maestra—: ¿Cómo es posible que una banderilla penetre hondamente en un cuerpo humano sin haber sido disparada con un arco o una pistola de aire?

—Sé lo del arco —reconoció Julio—. Los dos efectuamos el mismo experimento. Pero la pistola de aire…

—Hacen bastante ruido —le explicó ella—. Además, para disparar algo tan largo como una banderilla tendría que ser de fabricación especial. Y ninguno de nuestros sospechosos es un experto en armas.

Se detuvieron junto a un escaparate de una zapatería en la calle Dolores. Dentro, bajo la luz de una mezquina lámpara, un hombre con un mandil trabajaba con la lezna en la suela de un zapato, pasando una y otra vez la aguja y el hilo embreado.

—Sí, entiendo —asintió Julio—. Por tanto tenemos que volver a la idea primitiva; que alguien mató a Fitz por detrás.

—Pero el capitán De Silva o no sé quién, observó —dijo la maestra— que se necesitaría una fuerza enorme para clavar un dardo semejante en un cuerpo humano hasta hacerlo llegar al corazón. Sería distinto si se hubiese tratado de la espada de un matador. Pero una banderilla no es más que un adorno.

Miss Withers estaba contemplando hipnotizada al viejo zapatero, que seguía incansablemente manejando la aguja y la lezna.

—A menos… a menos —murmuró.

De repente, la maestra se volvió hacia Julio, con una expresión distinta en su rostro.

—Por favor, ¿puede dejarme un momento su bastón?

—¿Mi…? Claro —le entregó el bastón de malaca, viendo cómo *Miss* Withers le daba vueltas entre sus manos, examinando la contera y el puño.

—No está formado de dos piezas —la informó—. En mi casa tengo uno hueco, con un tubo de vidrio en el interior, para guardar cosas incluso. Pero no lo utilizo nunca.

—No buscaba ningún frasco ni tubo, en realidad. Buscaba una espada —admitió la maestra, devolviéndole el bastón al joven. Reanudaron la marcha, en tanto Julio todavía se consumía de curiosidad.

—Por favor —le suplicó—, ésta no era una de sus importantes preguntas, ¿verdad? ¿Cree que yo… u otra persona insertó un estoque en el cuerpo de Fitz? ¡No fue así como murió! Yo vi la foto en el periódico. Lo mataron con una banderilla, seguro…

—Lo sé, lo sé —afirmó la maestra, con impaciencia. Estaban llegando ya al hotel—. No, ésta no era mi sexta pregunta. Pero no creo que deba formulársela a usted.

—Por favor, si soy todo oídos…

—Muy bien, puesto que así lo quiere. ¿Por qué, en nombre del Cielo, insiste usted en hablar inglés como si fuese Cantinflas?

—¿Qué?

—¿Por qué finge no saber inglés a la perfección? Crea que me pone enferma el escucharle.

Durante un largo momento, Julio la contempló pensativamente. Luego se echó a reír.

—¿Conque está enferma de oírme, eh? Pues, ¿y yo…?

14

—CLARO que reconozco la foto —dijo la dama del vestido púrpura—. Es el señor Hansen, el guapo caballero americano. Le conocí en la plaza de toros.

La joven se apoyó lánguidamente en el quicio de la puerta.

—El señor Hansen estuvo sentado a su lado en la primera fila de los tendidos el domingo, ¿verdad?

Ella asintió.

—Pero el señor Hansen no se quedó hasta el final, ¿verdad?

—Ah, no, señores. Se marchó cuando los picadores terminaron con el último toro, a comprar unas flores. Yo le dije que me gustaba arrojarles flores a los matadores y que deseaba arrojárselas al joven Nicanor cuando hubiese despachado al astado.

—Lo cual está de acuerdo con lo que usted observó —dijo el capitán De Silva, volviéndose al inspector.

—Absolutamente —afirmó Piper.

—Pero el americano ya no volvió, ¿cierto, señorita? —Continuó De Silva el interrogatorio.

—Llovió mucho —explicó la Bella Consuelo—. Y tuve que marcharme corriendo para que no se me estropeara el vestido.

—¿Y no ha vuelto a verle desde entonces?

—Claro, porque usted lo encerró —repuso la joven, echando la cabeza hacia atrás—. Pero vendrá. Me prometió llevarme a Estados Unidos y darme una oportunidad para el cine. Me dijo que aquí estoy perdiendo el tiempo cantando en los cafés… que podría ser una especie de Rita Moreno, pero con más «gancho».

—Los zulús habrán ya llegado a la Luna el día que Hansen tenga influencia con las empresas de cine —le dijo el inspector Piper al capitán De Silva cuando estuvieron de nuevo en el coche.

—De todos modos, la historia concuerda con todo lo demás —observó el capitán—. Hansen salió a comprar flores…

—Dijo que iba a comprar flores… —le corrigió Piper—. Pero me gustaría hacer una pequeña prueba.

Media hora después estaban rodando por Insurgentes hacia la plaza de toros. Se detuvieron delante de la entrada sur.

—Entiendo —repitió el capitán De Silva—. Para el experimento, ahora son las cuatro y cuarenta y seis minutos de la tarde del domingo. Podemos establecer el tiempo exacto porque fue entonces cuando sonó el clarín señalando el final de la faena de los picadores. Y tanto la joven como usted coinciden en afirmar que Hansen se marchó en aquel instante. Usted, provisionalmente, es el señor Hansen que va en busca de un ramo de rosas —consultó el reloj y exclamó—. Bien… ¡adelante!

El Packard rodó lentamente y se detuvo dos manzanas más abajo, delante de una tienda de confecciones.

El comerciante recordaba muy bien al gringo que había corrido bajo la lluvia el pasado domingo, y le había preguntado dónde se hallaba la floristería más cercana. Él lo había dirigido al mercado, en dirección norte… Sí, era el señor de la fotografía.

El inspector, andando a grandes zancadas por la acera, giró hacia el norte. Otra parada… otra…

Había vendedoras de flores en todas las esquinas, mujeres inclinadas sobre unos bancos cargados de flores y hombres que recorrían unas calles que parecían invernaderos. Pero el domingo por la tarde, todo había sido distinto. Al Hansen había tenido que seguir buscando.

«Seguramente, por culpa de su amor propio, el individuo no regresó a la plaza con las manos vacías», se dijo Piper a sí mismo, en tanto seguía avanzando.

Al fin, mientras el coche policial rodaba al frente, el inspector llegó a unas callejas repletas de gente y muy perfumadas que rodeaban el mercado de San Juan. Por entre aquella muchedumbre compuesta de mujeres con cestas de compra, cuchillos y perros, apenas quedaba sitio para el coche, que además tenía que contornear enormes montones de pimientos verdes y colorados, judías, frijoles…

La sirena del coche tocaba sin cesar y Piper logró apretar el paso. Deseaba apostar diez dólares a que la lengua de Al Hansen no tardaría en colgar más de un palmo fuera de la boca si él conseguía

mantener su marcha al mismo paso durante dos travesías más.

A lo largo de las aceras se alineaban unos tenderetes de flores que no cerraban nunca. El ambiente estaba impregnado de un fuerte aroma en el que se entremezclaban efluvios de millares de flores diferentes.

Las vendedoras apremiaban al inspector —«no compre, señor, sólo admire»— las violetas diminutas, las lilas espléndidas, las serenas gardenias…

El capitán De Silva ya había encontrado el tenderete donde el domingo un norteamericano había comprado dos docenas de rosas rojas por ochenta centavos. Apenas fue necesario que enseñase la foto, ya que son raros los clientes que no regatean en el mercado de flores.

Según el reloj de De Silva eran las cinco y dos minutos.

—Hansen debió ir andando en busca de las flores —afirmó el inspector—, pero una vez efectuada la compra, seguramente debió coger un taxi para llegar a tiempo a la plaza.

—¡Seguro! —Aseveró De Silva, y el inspector subió al coche, dirigiéndose acto seguido a «El Toreo», procurando no atropellar a los innumerables niños, perros y gatos.

—Ningún taxi correría tanto como nosotros —observó el inspector, sujetándose el sombrero con ambas manos.

Sin embargo, aunque marcharon a gran velocidad, cuando el conductor puso el freno frente a la gigantesca plaza de toros, el capitán De Silva consultó de nuevo su reloj y meneó la cabeza.

—Son las cinco y nueve minutos del domingo por la tarde —anunció.

—Sí —añadió el inspector—. ¡Y el cadáver de Michael Fitz se ha descubierto hace ya dos minutos!

De regreso a su despacho de la jefatura el capitán De Silva garabateó una orden y se la entregó a un agente uniformado.

—Que suelten al señor Hansen —le dijo en español.

—Sí, mi capitán —el subordinado vaciló—. ¿También al señor Lighton?

—No sé por qué tenemos que soltar a Rollo Lighton —dijo el capitán—. Toda la tarde ha estado siendo interrogado y lo único que sabemos es que mintió cuando alegó que había pasado la tarde trabajando.

—Cualquier persona —observó el inspector de Nueva York— mentiría si se viese mezclado en un asesinato.

—Tanto inocente como culpable, ¿no? Sí, claro. Pero me gustaría averiguar si Lighton dice la verdad cuando afirma que estuvo en el «Mariposa» después de no haber hallado ningún asiento libre en la plaza.

—Afirma que el senador estaba en el bar y que le invitó a un trago, pero tal vez sólo estén procurándose mutuamente una coartada —meditó el inspector en voz alta.

El capitán se retrepó en la butaca y cruzó las manos por detrás de la nuca.

—¿No es natural que se ayuden los compatriotas? —Dijo. En aquel momento se produjo una llamada a la puerta.

Entró un agente.

—El encargado del bar «La Mariposa» desea verle señor.

—Que pase —contestó De Silva al momento—. Quédese, Piper.

El encargado se mostró lleno de disculpas.

—No entiendo qué sucedió cuando vinieron ustedes al bar —dijo, con multiplicidad de gestos y palabras—. Entran y salen tantas personas… Es humano que no me acordase, ¿verdad?

—Bien, bien, fue un error —le calmó De Silva. Piper estaba acodado, de espaldas a la ventana, fumando un cigarro.

—Sí, capitán. Pero es que hay otro error. Un error que cometió el empleado que contraté la semana pasada, el tonto de Ramón. No sabe…

—Bien ¿de qué se trata? ¿Ha roto algún vaso?

—No, capitán, mucho peor. Le despediré si vuelve a ocurrir. Pero mientras tanto, ello tal vez tenga algo que ver con el motivo por el que usted vino a verme. ¡Tome esto!

Sacó unos boletos del bar, mostrando las cantidades de tres rondas de bebidas por separado, con fecha del domingo anterior y firmadas por Rollo Lighton.

Interesado a su pesar, el inspector susurró algo al oído del capitán. De Silva asintió.

—Ese Ramón, el camarero nuevo… ¿estuvo de turno todo el domingo?

El encargado movió la cabeza.

—Sólo desde las cuatro hasta la hora del cierre, señor. Y aceptó

estas firmas solamente, porque antes de las seis uno de los camareros más antiguos le advirtió que una cuenta firmada por el señor Lighton tiene el mismo valor que el papel mojado.

Cuando el encargado se hubo marchado, el inspector arrojó su cigarro a la papelera de De Silva.

—¡Otro sospechoso exculpado! —Observó—. Y si cree que mi amiga, la señorita Withers no se reirá de mí cuando la informe…

—Tiene usted suerte —contestó tristemente el capitán—. Yo tengo que presentarle mis informes al teniente coronel, y éste no se reirá, se lo aseguro.

Miss Hildegarde Withers, en lugar de reírse del inspector estaba sumamente excitada.

—Acabo de dar un paseo muy interesante y he mantenido una sugestiva charla con Julio Méndez —le explicó en el vestíbulo del hotel—. No te dejes engañar por el sombrero y el bastón, Oscar; el joven está muy bien educado. Creo que no le hemos prestado demasiada atención a Julio.

—¿Sí? Bien, ¿de qué hablasteis tú y el *alegre caballero*?

La maestra le refirió su conversación con el joven, añadiendo:

—Méndez se halla muy inquieto ante la partida de Dulcie con Adele Mabie, proyectada para mañana.

—Hildegarde —el inspector pareció disgustado—, ¿no irás a convertirte en casamentera de nuevo?

—¿Un final feliz, Oscar? No, en absoluto. Me sentiré satisfecha si consigo solucionar este caso sin que se produzcan más asesinatos. Además, estos días siento una sensación en la nuca que… Bueno, parece como si alguien me estuviese pisando los talones.

—¡Calma, Hildegarde! —Le aconsejó el inspector—. No ocurrirá nada más, estando todo el mundo sobre aviso.

—Si mal no recuerdo —la maestra soltó uno de sus acostumbrados bufidos—, tú estabas jugando a cartas mientras se produjo la primera muerte, y contemplabas una corrida de toros durante la segunda. Por tanto, voy a tomar mis precauciones. Cuando obtenga las respuestas a mis seis preguntas; no, ahora sólo a cuatro, creo que tendré el caso solucionado.

—¿Preguntas? ¿Qué preguntas? —Inquirió el inspector.

—Es una lista particular —le repuso ella—. Pero podrías ayudarme a contestar una, Oscar. ¿Por qué puede querer un

individuo comerse un gallo de pelea?

—¿Qué? —Entonces se acordó—. Que me registren. Tal vez ese tipo estaba hambriento.

—¿Has jugado alguna vez al *bridge*, Oscar? —Le preguntó la maestra a continuación.

Piper juró que era inocente de tal acusación.

—El ajedrez, el dominó y las damas son el límite para mí.

—Bien, entonces al póquer. Cuando un jugador pierde ¿no le echa muchas veces la culpa a las cartas, lo mismo que los jugadores de golf suelen romper sus palos?

—Sí, ¿por qué?

—¿No llegan a romper un mazo de cartas?

—Los jugadores suelen hacerlo —declaró el inspector—. Cuando aún era guardia, me pusieron de servicio en Belmont Park, porque un caballo favorito había perdido un gran premio, y un idiota quería matar al animal.

Miss Hildegarde Withers asintió, sonriendo como una gatita de Cheshire.

—Otra faceta del carácter de Mike Fitz —dijo—. Y una respuesta a una de mis preguntas.

—Estás cambiando de ideas, Hildegarde. Continuamente has estado afirmando que Fitz fue asesinado en lugar de Adele Mabie.

La contestación de *Miss* Withers se perdió en el aire al quedar el vestíbulo inundado de luz. Hubo una conmoción en la recepción y la conserjería, y el gerente apareció como por arte de magia.

—¡Funciona! —Exclamó—. ¡Nuestro generador funciona…! ¡El buen servicio del «Hotel Georges»!

—Sí —le confió Piper a la maestra, en un aparte—. Si en nuestro misterio se hiciese tanta luz…

—Así será antes de que finalice la noche —le prometió la maestra. En aquel momento el inspector se puso súbitamente de pie.

—Aquí viene De Silva —anunció—, y por lo visto trae noticias.

Pero el capitán apenas se detuvo a saludarles.

—Tengo un recado para usted —le dijo al inspector—, si bien antes tengo que ir arriba. Por favor, no se marchen del hotel —y desapareció por la escalera.

—Vaya cosa más rara —observó el inspector—. ¿Qué mosca le habrá picado?

—¿Aquí en México? Cualquiera —repuso la maestra—. Bien, aquí llega alguien más.

Se trataba de los Ippwing, cogidos del brazo, y cargados de flores. Expresaron su placer al ver al inspector y a *Miss* Withers, placer por la electricidad y placer por casi todo.

—¡Hemos pasado unas horas deliciosas! —Explicó la señora Ippwing, falta de aliento—. Una auténtica segunda luna de miel.

—Hemos ido en barca, y hemos comprado todas las flores del mundo por dos dólares —añadió Marcus Ippwing—. Es un sitio encantador… No se lo pierdan antes de regresar a Estados Unidos. Todo el mundo que viene a México va a Xochimilco.

—¿Qué es, un invernadero? —Preguntó Piper.

—¡Los «Jardines Flotantes»! Sólo que ya no flotan. Pero hay un pueblecito con una iglesia, y muchos canales y se puede bogar durante horas en las góndolas, mientras te siguen otras embarcaciones con *mariachis* —la señora Ippwing estaba resplandeciente—. ¡Miren, miren las fotografías! Enséñaselas, Marcus.

Su esposo exhibió un gran sobre lleno de fotos.

—En el desembarcadero había un hombrecito con una cámara fotográfica —prosiguió la señora Ippwing—. Y al saltar a tierra nos hizo unos retratos. ¿Ven? Papá y yo estamos aquí sentados en unos asientos a proa de la góndola. ¡Y por todas partes hay flores!

El inspector y *Miss* Withers contemplaron las fotografías, al parecer maravillados.

—Cuando estábamos por el canal —continuó la señora Ippwing —, llegó otro fotógrafo en otra góndola y volvió a retratarnos, y luego, al desembarcar, nos entregaron ya todas las fotos reveladas.

Miss Withers prosiguió examinando las cartulinas, y en algunas divisó, en efecto, los rostros de los señores Ippwing, pero con atavíos y ambientes sumamente raros, a los que parecían haber sido transportados por arte de magia.

Le estaban sonriendo desde la carlinga de un avión pilotado por Charles Augustus Lindbergh. Le sonreían desde la plataforma de observación del Empire State Building, con Al Smith detrás y un dirigible amarrado en lo alto del edificio. En otra foto estaban estrechando las manos del presidente de México, embutidos en unos pintorescos trajes de charros mexicanos.

—Hildegarde, debemos ir a Xochimilco y ver todo esto —exclamó Piper.

—¿No creen que nuestra hijita se morirá de risa al verlo? —Comentó Marcus Ippwing.

Había más fotos. En una se veía la Torre Eiffel al fondo, otra mostraba las cabezas de los Ippwing surgiendo por los ventanucos de un navío… ¡navegando por las Cataratas del Niágara!

—Muy interesante —dijo *Miss* Withers, con tono de convencida. Pero el inspector la obligó a separarse de la pareja.

—Quiero saber que está haciendo arriba De Silva —declaró—. Si este tipo piensa que va a dejarme en la estacada…

—Podríamos subir y averiguarlo —sugirió *Miss* Withers. Pero no tuvieron que ir muy lejos. Oyeron una voz de mujer, desesperada, al llegar al segundo rellano. El capitán De Silva se hallaba en el pasillo, y Adele Mabie en el umbral de su departamento.

—Puede ir a decirle a su jefe que no pienso asistir a ninguna reunión esta noche. ¡Me quedaré aquí! ¡He estado haciendo paquetes todo el día y todavía me queda mucho trabajo por hacer!

—En tal caso, tal vez conseguiremos que el notario venga aquí —la aplacó el capitán De Silva—. Su departamento es grande y cabremos todos. Además, sólo será cuestión de minutos.

—Bien, si insiste… —cedió Adele—. Naturalmente, deseo que se haga justicia, y si en mi mano está…

—Entonces, hasta las nueve —despidiose el capitán. Dio media vuelta y echó a andar por el corredor, por lo que el inspector y su acompañante apenas tuvieron tiempo de fingir que acababan de llegar.

—Oigan, por favor —les llamó el policía mexicano—. Es necesario que todos los que están mezclados en este caso declaren ante un notario y ante mí. Habitación 307 a las nueve en punto. Orden del jefe.

—¿Qué pasa? —Se atrevió a preguntar *Miss* Withers.

—Oh, un formulismo —la tranquilizó el capitán—. Aunque necesario, puesto que algunas personas piensan dejar el país.

Se dirigió velozmente a las escaleras, y poco después se elevaron en el vestíbulo las voces de los señores Ippwing aceptando la invitación.

—La bola de nieve va rodando —observó *Miss* Hildegarde

Withers—. Y aún rodará más.

—¿Qué dices? —El inspector se sentía irritado—. No entiendo a qué viene esta reunión. Declaraciones ante un notario y corteses invitaciones para asistir a una reunión…

—No sabemos —le dijo la maestra— si Dulcie se siente feliz ante la invitación del jefe.

—¿Dulcie? ¿Qué hay con ella?

—Oh, nada, Oscar, salvo que la reunión creo que se celebrará en su honor.

—¿Si? Bien, entonces asistirá —dijo el inspector.

—Yo diría que no —y *Miss* Hildegarde Withers meneó vigorosamente la cabeza.

15

—¿ESTÁN todos? —Preguntó el capitán De Silva. Consultó su reloj, y vio que eran ya las nueve y veinte.

—El retraso de Dulcie es culpa mía —se disculpó Adele Mabie—. La envié a la agencia de viajes. Con tantas curiosidades hay que cumplir muchas formalidades —Adele indicó con la mano todo el equipaje amontonado por todas partes, hacia el fondo de la habitación—. Pero no tardará mucho.

El senador parecía bastante inquieto. Se movía incansablemente arriba y abajo, como si no pudiera quedarse quieto en su butaca. Evidentemente, se hallaba en ese estado en que uno se coge al brazo de los demás, o a las solapas de las chaquetas…

Miss Withers veía ya claramente por qué Dulcie había lamentado su impulso en la plataforma posterior del tren, haciendo innumerables esfuerzos por devolver los treinta dólares con los que posiblemente se sentía ligada a los Mabie.

Rollo Lighton, sentado en un rincón, cerca de la fila de látigos primorosamente empaquetados, si bien aún algunos no lo estaban, procedía a encender un cigarrillo con la punta del anterior, con temblorosas manos. No prestaba atención a la charla de Al Hansen, que tenía algo que ver con el dinero que podían ganar en México con la importación de unas cuantas máquinas tragaperras.

Los Ippwing le estaban escuchando, impertérritos. A su llegada se habían sentado en unas sillas arrimadas a la pared, esperando sonrientes, como si se hallasen en el intermedio de un cine.

Hildegarde Withers había escogido una butaca de cuero, bastante incómoda, que había hecho avanzar ligeramente a fin de no estar lejos del centro del grupo. Adele Mabie se movía nerviosamente por la estancia, deteniéndose de vez en cuando delante de la maestra para decirle:

—Ha sido una vergüenza tener que cambiarlo todo de sitio,

cuando ya Dulcie lo tenía listo para que se lo llevasen. ¡Es un tesoro esa chica! Incluso encontró el látigo, el de la piel de caimán, ¿recuerda?

—¿Dónde lo encontró? —Pero Adele no respondió.

A las nueve y media aún no habían aparecido Dulcie y Julio.

—Empezaremos sin ellos —dijo De Silva. Como si no estuviera muy seguro de lo que iba a ocurrir, el capitán se inclinó a murmurarle unas palabras a un hombrecillo que llevaba unas gafas de gruesos cristales y que, según presumió *Miss* Withers, era el notario. Éste sacó un cuaderno de taquigrafía y varios lápices.

—Lo que desea el jefe es simplemente esto —empezó a decir el capitán—. No deseamos poner ningún obstáculo a la estancia de nuestros amigos del otro lado de Río Grande. Así que cada uno de ustedes hará sencillamente una declaración, bajo juramento claro está, de todo lo que han visto u oído durante el transcurso de ambos asesinatos…

—¡Cáspita! —Susurró el inspector a *Miss* Withers—. ¡Esto es una estupidez… y pensé que esos chicos eran inteligentes!

Ella le hizo callar.

—El teniente coronel ha ordenado que estas declaraciones fuesen hechas delante de todos ustedes, para que no sea omitido ni un solo detalle, ni se dé ninguna información equivocada, para que puedan ser comprobados todos los datos —continuó el capitán—. Nuestro primer testigo tenía que haber sido la señorita Prothero, con la cual teníamos que discutir respecto a un frasco de perfume, seguramente de su propiedad.

Miss Withers asintió aprobadoramente.

—Pero puesto que no está con nosotros, será mejor que empiece por usted, señora Mabie. Por favor, cuente su primera entrevista con la joven Dulcie.

—Bueno… vino en respuesta a un anuncio que puse en un diario —dijo lentamente—. Pedía una doncella con experiencia que desease ir a México. Me pareció muy bien dispuesta, por lo que la tomé a mi servicio. Además, deseaba viajar por un salario reducido. Ardía en deseos de venir aquí.

—¿Sabe usted por qué? —La interrumpió el capitán. Entonces sonó el teléfono.

Miss Withers fue la que llegó antes al aparato.

—Oh, sí… que suba, por favor.

El senador pareció sobresaltarse.

—No habrá más identificaciones, ¿verdad?

—No exactamente —le replicó *Miss* Withers—. Lo pasó bastante mal en la última, ¿eh?

Hubo una llamada a la puerta y el capitán De Silva fue a abrir. En el pasillo, entre dos agentes de uniforme, protestando y debatiéndose había un joven de cabello claro, boca apenada y orejas, como más adelante dijo el inspector, como un taxi con las portezuelas abiertas.

—Oh, sí —dijo *Miss* Withers—. Un agregado a nuestro pequeño grupo. El señor…

El joven contempló, y luego paseó la mirada por los demás.

—Dígale su nombre a esta dama —gruñó el inspector—, o…

—Ahora no, Oscar —se apresuró a decir la maestra—. No creo que haya necesidad de amenazas. Ese señor es…

—Mi nombre, si tanto interesa, es Robert Schultz —el joven rechazó una silla.

—Dirección, el último piso del número dos de la calle Violeta —añadió la maestra.

Pero fue la señora Ippwing quien pareció quedar más impresionada.

—¿No… no será Robert Schultz?

El joven sonrió débilmente.

—Sí, lo fui.

—Vaya, papá —la dama estaba encantada—, es Schultz, el matador norteamericano. ¿No recuerdas haber leído en los periódicos hace un año los grandes triunfos del joven norteamericano que vino aquí a enseñarles a torear a los mexicanos?

—Bah, tonterías de los periódicos —admitió su esposo.

—Pero hace mucho tiempo que no he leído nada más de usted —continuó la señora Ippwing.

—Todavía sigo en los ruedos —dijo el joven.

—Sí, en los ruedos —asintió *Miss* Withers—. Lleva usted una chaqueta colorada y ayuda a arrastrar los toros muertos.

—Es un empleo, ¿no? —Robert dio media vuelta de repente—. ¡No tengo nada que ver con todo esto! ¡Y no he hecho nada!

—¿De veras? —Díjole Hildegarde Withers, con suavidad—. ¿Y el quebrantamiento de promesa?

El joven se detuvo, tallado en mármol.

—¿Qué me dice de su antigua prometida, la preciosa jovencita de Nueva York?

El joven volvió a exhibir una sonrisa helada.

—Si se refiere a la señorita Dulcie Prothero, hemos terminado. Sí, me buscó al llegar aquí y descubrió que…

—Descubrió que usted se había casado y tenía familia. Lo que yo he averiguado esta tarde —concluyó *Miss* Withers. El joven inclinó la cabeza.

El silencio en la estancia se hizo opresivo, difícil de soportar. Adele Mabie estaba golpeando el suelo con el pie. *Miss* Withers frunció el ceño.

—Gracias por haber venido. Ha sido una revelación conocerle. Lamento no haberle encontrado cuando estuve en su casa esta tarde, pero ya tuve bastante con hallar a una joven mexicana y a dos o tres bebés por el suelo. Debió de ser esta escena doméstica la que tanto asombró a Dulcie cuando hubo conseguido su dirección en la oficina de la plaza de toros. No me extraña que se asombrase.

—Todo ha pasado ya —se obstinó el joven—. Será mejor que no volvamos a vernos.

—No es extraño que la joven saliese de su casa sumida en tal estupor —continuó *Miss* Withers—, que no viese al taxi. Ella…

Yendo hacia la puerta, Robert Schultz se detuvo de repente y se plantó en el suelo con las piernas separadas.

—¡Por favor, repita eso otra vez!

—La señorita Prothero fue atropellada anoche por un taxi —le explicó la maestra—. Aunque no veo su importancia…

Robert Schultz ya había cerrado la puerta.

—No me gusta ese joven —opinó la señora Ippwing—. Le iba a pedir un autógrafo… pero, ¿ya para qué?

El capitán De Silva, obviamente sobresaltado por el inesperado giro de los acontecimientos, hizo varios esfuerzos para continuar la sesión.

—Si usted no se opone —le dijo a *Miss* Withers con ligero sarcasmo, cosa que no produjo el menor efecto en la maestra.

—Adelante —dijo ésta—. Sólo he intentado aclarar uno de los

ángulos más obtusos de este caso. Hoy a mediodía decidí que si lograba hallar respuesta a seis preguntas, tendría completamente solucionado este caso. Cuando entramos aquí, sólo me quedaban cuatro preguntas sin contestar, pero no hay duda de que antes de que termine esta agradable sesión habré hallado las debidas contestaciones a las que faltan.

La maestra pareció poner especial empeño en aparecer como un ser omnisciente. El capitán le hizo un gesto a su ayudante y volvió a restablecerse la calma.

—Bien, señora Mabie, si es tan amable…

Las luces parpadearon y se extinguieron. Hubo una pausa, una voz pidió cerillas, y de pronto las luces volvieron a encenderse.

—¡Servicio del «Hotel Georges»! —Se mofó el inspector.

Mas en aquel momento volvieron a vacilar las luces y finalmente se apagaron. Se produjo un largo período de expectación, durante el cual todo el mundo estuvo sentado, intercambiando observaciones respecto a los generadores mexicanos.

Miss Hildegarde Withers oyó un ligero roce a sus espaldas y de pronto se dejó caer al suelo. Fue un movimiento tan instintivo que le sorprendió a ella misma. Se quedó en el suelo, sin atreverse a respirar.

—¿Nadie tiene una cerilla? —Preguntó uno al fin. Todos comprendieron que la luz tardaría seguramente en volver, y en diversos puntos de la estancia se inflamaron cerillas y mecheros. Había luz suficiente para ver que todo el mundo estaba en su sitio… excepto la maestra.

—¡Miren! —Gritó Adele Mabie.

El inspector se apresuró a ayudar a la maestra a levantarse.

—¿Te encuentras bien?

—¡Claro que estoy bien! —Replicó ella.

Adele, con la ayuda de las cerillas logró encontrar las velas, y a su luz todos pudieron distinguir a Julio Méndez, de pie en el umbral, parpadeando asombrado. A su lado estaba Dulcie Prothero.

—¿Jugando al escondite en la oscuridad? —Inquirió el *alegre caballero*.

—Siento llegar tarde —se excusó Dulcie—. No sabía que celebraban una asamblea. Encontré al señor Méndez en el vestíbulo…

—Trabaja demasiado —la interrumpió Julio—. Se ha pasado toda la tarde haciendo paquetes, y hasta se había olvidado de comer. Por tanto, me la llevé a «Prendes» y la invité a cenar.

Dulcie asintió. *Miss* Withers comprendió que la chica había estado riendo. En torno a su boca había signos de risa, si bien todavía no bailaba en sus ojos.

—Lástima que no hubieses estado aquí hace un instante, Dulcie —le dijo la maestra—. Ha venido un amigo tuyo.

En aquel momento volvieron las luces, cegándoles a todos momentáneamente. Se apagaron, parpadearon y finalmente brillaron de nuevo. Todos se echaron a reír con nerviosismo.

—Si esto hubiese sido un misterio en un escenario —bromeó el inspector Piper—, ahora encontraríamos a uno de nosotros apuñalado en el suelo.

Miss Withers contuvo la respiración.

—¿Sí, verdad? —Dijo luego con voz estrangulada—. Si esto fuese una novela de misterio…

Estaba contemplando el respaldo de su butaca. Todos siguieron la dirección de su mirada y vieron que a través de la tela, la fibra y el tapizado del respaldo, había un agujero triangular.

—¡Claro! —Chilló Adele Mabie histéricamente—. ¡Por eso se apagaron las luces! Pero, ¿por qué a usted y no a mí?

—Porque —respondió *Miss* Withers—, da la casualidad de que ya conozco la respuesta de la última pregunta.

Fue Julio Méndez quien primero habló.

—Mal asunto —observó—. Hundiendo cuchillos por la espalda. Tal vez —miró inquisitivamente al capitán— deberíamos vaciar nuestros bolsillos, ¿no?

De Silva aceptó la sugerencia al momento.

—Cierren las puertas —ordenó—. Lo lamento pero todos los presentes tendrán que someterse a un cacheo.

—¡Nadie pondrá sus zarpas sobre mi persona! —Gritó el senador.

—Y, naturalmente —observó *Miss* Withers con suavidad—, aquel que se niegue a colaborar será el culpable, ¿no es así?

Hubo alguna controversia, pero al fin todos fueron desfilando por el dormitorio, donde fueron sometidos a un concienzudo registro. El capitán De Silva se encargó de los hombres y las señoras

se sometieron a las atenciones de *Miss* Hildegarde Withers. La señora Mabie, la señora Ippwing… hasta Dulcie fueron cacheadas minuciosamente. Aquel procedimiento fue lento, embarazoso para todo el mundo, y sin el menor resultado. Los hombres, la mayoría, todos llevaban cuchillos en los bolsillos, mas ninguno con una hoja triangular.

A continuación, fue el saloncito el que sufrió un escrupuloso examen llevado a cabo por el capitán, mientras Julio Méndez formulaba diversos y jocosos comentarios.

La señora Ippwing se acercó cautelosamente a la maestra y le susurró al oído:

—Ese joven y la chica estaban en la puerta cuando encendimos las velas. ¿No hubieran podido arrojar el cuchillo al corredor?

Se registró el corredor, y como carecía de muebles no tardó en ponerse al descubierto que nadie había echado ningún cuchillo al suelo.

—Tal vez la ventana, ¿no? —Alentó Julio.

—Es lo que iba a sugerir —apoyó el capitán De Silva. Pero la ventana estaba firmemente cerrada y cuando la abrieron, los goznes rechinaron estrepitosamente, por lo que tuvo que olvidarse aquella posibilidad. La puerta del dormitorio, asimismo, también rechinaba.

—Seguro que el arma está en este cuarto —declaró el inspector Oscar Piper—. ¿Volvemos a registrarlo?

Siguieron su consejo, mirando debajo de la mesa, de los almohadones del sofá y en todos los rincones.

Sin embargo no salió ningún cuchillo.

Rollo Lighton observó que seguramente nadie habría oído hablar de muebles con compartimentos secretos.

—Claro está —exclamó *Miss* Withers—. El asesino es un mueblista que hace algún tiempo se deslizó furtivamente en este saloncito y colocó unos cajones secretos en los muebles, anticipándose a la reunión de esta noche. Bien —soltó un bufido—. Ahora, una de miedo.

Dulcie Prothero estaba apoyada en la mesa, y volvía a mostrar la misma palidez que en el hospital.

—Creo que lo mejor será marcharnos de aquí, ¿no? —Propuso Julio Méndez—. Antes de que vuelva a apagarse la luz.

—Sí, por favor —rogó la señora Ippwing—. ¡Por desgracia, papá

ya me tendrá despierta toda la noche, soñando en voz alta con probables pistas!

Al capitán De Silva no le quedó más remedio que abrir la puerta.

Se produjo un éxodo general, ya que todos tenían deseos de poner la mayor distancia posible entre ellos y aquella estancia peligrosa. El estilete extraviado era una espada de Damocles, sólo que, como observó *Miss* Withers, colgaba de un hilo en la Cuarta Dimensión.

Incluso el senador miró a su esposa con semblante alterado.

—Adele, ¿te importa…? Creo que necesito un trago, y el bar de la esquina está abierto —le temblaban las manos.

—No me importa, pero no tardes en volver.

—Volveré en seguida —le prometió él.

—Seguro, ya me cuidaré yo de eso —agregó Al Hansen. Sonreía como de costumbre pero tenía como helado el resto de la cara—. Le pediré a Pedro que mezcle unos combinados que nos hagan olvidar todas las penalidades pasadas, presentes y futuras, ¿eh, senador? —Miró a Rollo Lighton—. ¿Vienes?

—No, no voy —rehusó Lighton y salió apresuradamente hacia el corredor, sin duda sorprendido de haber rechazado una invitación a beber.

Julio Méndez se hallaba al lado de Dulcie.

—¿Qué le parece si la acompañase a su habitación? —Le propuso a la joven.

—Sí, por favor —le agradeció ella. Por fin todos se marcharon, todos menos *Miss* Withers, el inspector… y Adele.

—No fue un fracaso completo esta convocatoria —dijo la maestra, pensativamente—. Y la noche aún no ha concluido… Me pregunto…

—Veo claramente lo que quiere decir —la atajó Adele Mabie. Paseaba arriba y abajo de la estancia, como una fiera enjaulada. De pronto añadió—: ¿Y si yo no hubiese estado de acuerdo, qué?

—¿De acuerdo? —*Miss* Withers puso cara de inocencia.

—¡En servir de cebo! —Continuó Adele, con la voz cada vez más temblorosa—. Todos saben que me marcho mañana, y que esta noche es la única oportunidad…

—Sí —asintió la maestra.

—Usted está tratando de atrapar al asesino, y no le importa

arriesgar las vidas de los demás.

—Ni siquiera la mía —le recordó *Miss* Withers—. El inspector podrá decírselo.

—La suya y la de los demás. ¡Está tan segura de todo! Piensa que tendrá tiempo de intervenir antes de que me maten —Adele se hallaba al borde del histerismo—. Pero nadie intervino en Nueva Laredo cuando aquel joven empleado de aduanas falleció ante mis ojos. Nadie intervino en la plaza de toros, y otro hombre murió. Dos veces me he librado por puro accidente y no creo que consiga librarme una tercera.

—Hacemos cuanto podemos; los ángeles no harían más —replicó *Miss* Withers, picada.

—Y si piensa que voy a quedarme sola en esta habitación ni siquiera una hora… —estalló Adele.

—Un momento —dijo la maestra—. Tengo una idea. Oscar, éste es un asunto exclusivamente femenino. ¿Te molestaría dejarnos a solas media hora?

—No sé si debo hacerlo —gruñó el inspector.

—Entonces, préstanos tu revólver, Oscar —le pidió la maestra.

—Yo no sé disparar muy bien —objetó Adele.

—Yo sí —afirmó la maestra, cogiendo la pistola y sosteniéndola con el brazo extendido—. Adiós, Oscar —le siguió a la puerta, le susurró al oído unas instrucciones y el inspector desapareció.

Cuando estuvieron solas, la maestra se volvió hacia la asustada Adele.

—Se halla más en peligro de lo que se imagina —le dijo, con voz teñida de simpatía—. Más de lo que se imagina nadie.

El rostro estaba contraído, ya no era hermoso.

—Lo sé… Debí marcharme esta noche en vez de mañana.

—El peligro la seguirá —le anunció *Miss* Withers—. La seguirá alrededor del mundo. Es lo que se llama «una mujer marcada»; a menos…

—¿Qué puedo hacer? —Sollozó Adele—. Ésta espera es terrible.

—Le diré qué puede hacer, con mi ayuda —declaró *Miss* Hildegarde Withers—. Debe…

Adele chilló cuando un proyectil entró por la ventana que el capitán De Silva había dejado entreabierta, y fue a chocar contra el suelo. Era un tintero, con un pedazo de papel pegado al mismo por

una goma.

Ambas mujeres corrieron a la ventana. En la puerta lateral del restaurante «Pangborn» un hombre estaba entrando en un taxi, pero no lograron divisar quién era. Vieron luego cómo las luces traseras del vehículo desaparecían.

Fue Adele quien cogió el proyectil y quien abrió el doblado mensaje.

Sólo había cuatro palabras escritas con mano firme: *Es la Hora Cero*.

El inspector andaba a buen paso por el desierto corredor del cuarto piso, cuando de repente se detuvo y aguzó el oído. Oyó unas voces encolerizadas procedentes del fondo del edificio. Frunció el ceño, fue a las escaleras y retrocedió, más de prisa que antes. Dobló una esquina y de pronto se aplastó contra el muro.

Dulcie Prothero se hallaba en la puerta de su habitación, una de las pequeñas salitas del último piso que al parecer estaban ocupadas. Ante ella, en el corredor, había dos jóvenes, que indiscutiblemente estaban discutiendo.

—Será mejor que se largue —decía Julio Méndez, sin acento mexicano—. No sea tonto.

El otro, un joven pálido, de largas orejas y mandíbula decidida, no se movió.

—He de hablar con Dulcie. ¿Quién es usted?

—Esa joven no quiere hablar con usted —le espetó Julio.

—No meta las narices donde no debe —le increpó de malhumor el matador de toros.

—Vamos, lárguese —ordenó el otro. En su mano apareció de repente una automática—. No hablo en balde.

—Por favor, vete, Bobsie —le suplicó Dulcie.

Pero Bobsie sacudió negativamente la cabeza.

—Tienes que escucharme.

—Nada de eso —rezongó Julio—. Vamos, fuera… Si se acerca más le parto la cara.

El rostro de Robert Schultz estaba penosamente contraído. Invitó a Julio a disparar y lo mandó al infierno. Luego se acercó otro paso.

—¡Oh, no! —Gritó Dulcie—. Por favor… por favor, cállense los dos. ¡Esto no me gusta!

—Váyase —repitió Julio.

—Vamos, dispare —le invitó Schultz de nuevo—. No me importa. Puedo temer a un toro, pero no a usted ni a su maldita pistola. Dispare, aunque le abriré ese coco que tiene por cabeza.

—Un paso más —le amenazó Julio, inexpresivamente— y tendrá su merecido.

El inspector estaba debatiéndose entre su deber, que le ordenaba intervenir en la disputa, y la sospecha de que aquella disputa era muy importante, como dispuesta por el destino.

Schultz dio un paso más… otro. Dulcie gritó, avanzó y su voz se perdió como el viento entre los árboles. En el corredor alguien abrió una puerta, atisbó fuera, y volvió a cerrar con estrépito. La gente de México ha aprendido a no meterse en camisa de once varas y el inspector siguió este ejemplo.

En vez de apretar el gatillo, Julio Méndez, inesperadamente, se desciñó el cinto y la funda del revólver, arrojándolo todo al suelo.

—De acuerdo. ¡Vamos!

—¡Vocinglero! —Le gritó el ex matador, abalanzándose hacia el otro. Méndez le recibió con un salto de lado y asió la mano de su contrincante en una llave de jiujitsu. El inspector asintió satisfecho, ya que era una de las llaves que le había enseñado su profesor japonés en la academia de Policía.

Pero Schultz se retorció, giró sobre sus tacones, y deshizo la llave. Largó un rápido zurdazo y Julio maldijo agriamente, incapaz de contrarrestar la contundencia de aquel puñetazo.

Descubrió su guardia y rápidamente un puño hizo impacto en su barbilla. Todavía sorprendido, Julio Méndez trastabilló y cayó al suelo.

Desde el umbral de su habitación, que la señora Mabie había creído adecuada para ella, Dulcie Prothero asistía a una pelea sin moverse.

—¡Y ahora me escucharás! —Le gritó el matador—. ¡No es cierto!

La joven movió lentamente la cabeza, pero él continuó acaloradamente:

—No estoy casado… Cuando estuviste en mi casa…

—Yo vi lo que vi —replicó Dulcie en voz baja.

—¡No es verdad! Era mi patrona. ¡Siempre trae sus hijos a mi casa cuando tiene que hacer la limpieza! Pero me di cuenta de que

habías sacado una conclusión equivocada…

—¿Y me dejaste marchar?

—Pensé que era mejor para ti —protestó él—. Quiero decir, la mejor manera de acabar de una vez. He pasado muchas calamidades durante este último año.

—¡Tú!

—No podía escribírtelas —prosiguió—. Hay cosas muy difíciles de poner por escrito. Bien, me cornearon en mi último toro y cogí miedo. No puedo acercarme a un toro sin temblar. Estoy acabado. No sirvo más que para lo que hago, para ser un monosabio de chaqueta colorada.

Dulcie calló.

—Intenté emborracharme y morirme, pero no sirvió de nada. Me imaginé que sin mí estarías mejor. Por eso no te contesté en la plaza. Agaché la cabeza y me marché a casa, mas cuando vi que me habías seguido hasta allí…

—No importa —le atajó Dulcie.

—¡Sí importa! Estaba loco, créeme. Pero no podía hacer nada más que dejarte en tu creencia. Pensé que regresarías a Nueva York y me olvidarías.

—Tenía el dinero —le contestó la joven—. Puse en el Banco todo el dinero que me fuiste enviando. Por eso vine.

El torero no quiso aceptar el sobre que ella le ofrecía.

—Tal vez… tal vez aún no sea tarde —exclamó Schultz animadamente—. Cariño, debí saber que no te importaría que me hubiese corneado un toro. Que no te importa cuál sea mi empleo.

—Sí, debiste adivinarlo —repitió Dulcie. Se acercó al joven con los brazos extendidos.

—Te quiero, muñeca.

«Hildegarde debería estar aquí, con su afición a los finales felices», se dijo el inspector. Pero en aquel momento se quedó boquiabierto, porque Dulcie no estaba abrazando al matador norteamericano.

—Tú me amas todavía —estaba diciendo Dulcie—. Cuando llegué aquí habría sido ésta la cosa más dulce que podía haber oído, pero ahora me suena a cosa remota, pasada…

Dejó el sobre con el dinero en una de las extendidas manos del matador. Luego, se arrodilló al lado del gladiador vencido, y colocó

su cabeza sobre la falda.

—¡Si le has herido…! —Gritole a Schultz—. ¡Oh, vete, vete!

Como si un canario hubiese escupido sobre su cara, Schultz recorrió lentamente el corredor, demasiado aturdido para darse cuenta de que delante suyo un irlandés se precipitaba escaleras abajo.

El inspector golpeó suavemente a la puerta del 307, giró la manilla y entró. *Miss* Hildegarde Withers, ante su gran asombro, estaba girando la llave de la puerta del dormitorio. Se hallaba sola en el saloncito, sola con los muebles mal colocados y los paquetes de curiosidades.

Oscar Piper miró a su vieja amiga. Nunca proclamaba ser el séptimo hijo de un séptimo hijo y habría sido el primero en rechazar cualquier atisbo de clarividencia. Pero en aquel momento estuvo completamente seguro, tan seguro como que aquella dama se llamaba Hildegarde Martha Withers, de que la maestra tenía algo entre ceja y ceja.

Apenas escuchó sus preguntas, cortó en seco su explicación de la pelea que había tenido lugar en el corredor y de pronto le espetó:

—Oye, Oscar, ¿oyes algo?

—Mira, Hildegarde, no entiendo por qué me has enviado a paseo… hace un instante, teniendo que recorrer el corredor de arriba. Ya jugaré a la pelota contigo cuando tengamos tiempo, pero este caso está ahora peor que antes. Y si piensas que soy lo bastante ingenuo como para esperar que nuestro misterioso asesino se deje atrapar de forma incauta…

La maestra movió la cabeza.

—Además, hay otra puerta en el corredor que da directamente al dormitorio. Cualquiera que quisiera asesinarla, entraría por allí.

—La puerta está cerrada y tengo yo la llave —le explicó *Miss* Withers.

—Hildegarde —el inspector parecía aplanado—, estoy harto de verme a oscuras. Si quieres jugar a las adivinanzas me marcho a la cama. Yo he…

—Calla, Oscar. ¿No oyes nada?

Obediente, el inspector volvió a prestar atención.

—No, no… —entonces sonó un disparo ahogado en el dormitorio.

—¡Lo he oído! —Exclamó con sequedad y se precipitó hacia la puerta de comunicación. Pero a pesar de su rapidez, *Miss* Withers se le adelantó. Le barrió el paso, con los brazos extendidos.

—¡No entrarás! ¡Ahora, no!

—¿Estás loca? —Quiso abalanzarse, desorbitados los ojos—. ¡Alguien acaba de asesinar a Adele Mabie!

—¿Y qué, Oscar? —Dijo ella simplemente.

16

EL teléfono empezó a sonar con zumbidos cortos, estridentes, coléricos.

—¿Quieres contestar, Oscar? —Le preguntó la maestra.

—¿Por qué?

—¡Vamos, contesta en seguida! Debe de ser el recepcionista. Alguien habrá comunicado el disparo. Diles que ha sido un error, que estabas limpiando un revólver y se ha escapado el tiro.

—No lo haré —se obstinó el inspector. Pocas veces intentaba oponerse a los deseos de su compañera.

—Sé lo que estoy haciendo —replicó la maestra. Ahora había una nota de desesperación en su voz—. Contesta, Oscar. No debe venir la Policía hasta que tengas preparada una historia que nos proteja a los dos.

El inspector sacudió la cabeza, mas ante la insistente mirada de aquellas pupilas azules, obedeció. Levantó el receptor y habló con voz autoritaria con el conserje de noche. Luego se volvió a la maestra.

—Hildegarde, ¿quién hay en ese cuarto?

—Adele Mabie —la maestra apenas movió los labios.

—¿Muerta?

Ella asintió lentamente.

—Pero, ¿por qué?

—Debes escuchar toda la historia —le dijo—. Siéntate, ahora ya no hay prisa.

—¿Cómo que no hay…? —Pero gradualmente se fue calmando y acabó por hundirse en una silla.

—Todo empezó hace dos años —comenzó a explicar *Miss* Hildegarde Withers—, cuando una mujer hermosa vendió una cadena de salones de belleza por un millón de dólares y se fue a dar la vuelta al mundo, para divertirse y descansar.

—Sí, lo sé.

—Pero lo que no sabes es que, como todos los demás pasajeros de la agencia «Empress» tenían el privilegio de poder hacer, Adele Mabie dejó el buque en un puerto del Pacífico y atravesó México para volver a bordo en el mar del Caribe, pasando por la Ciudad de México.

—¿Adivinanzas, Hildegarde?

La maestra sacudió la cabeza.

—La prueba estaba en aquel montón de fotografías que los Ippwing nos enseñaron en el vestíbulo. ¿Recuerdas que una de ellas los mostraba deslizándose por un tobogán del «Luna Park»?

—Sí, pero…

—Tú no relacionaste la fotografía con la que sacaste del equipaje de Adele en el tren, que demostraba que la joven había efectuado un viaje a Coney Island, ¿verdad? No te diste cuenta de que Adele había perdido aquella fotografía, y que por eso no quiso que Dulcie fuese a Xochimilco, ¿eh? ¡No quería en modo alguno que supiésemos que ya había estado anteriormente en México!

—¡Diantre! Entonces…

—Espera, Oscar. Adele Mabie había visitado la Ciudad de México, y había conocido a un hombre. Seguramente de forma un tanto irregular… de lo que se arrepintió luego, por lo cual recortó de la fotografía el rostro del hombre.

—Bien… ¿qué hay si de veras conoció a ese hombre?

—¿Y si ese hombre fue Michael Fitz? Al parecer, pasaba buena parte del tiempo intentando acompañar a las turistas bonitas.

El inspector reflexionó unos instantes.

—De acuerdo, pero en los pocos días que pudo durar su estancia en México, no creo que hubiera mucho tiempo para…

—Lo pensé, Oscar. Mas recuerda que la joven se hallaba de viaje en plan de divertirse, de olvidar los duros años de trabajo. Y el clima tropical, o al menos así me lo han contado, es muy estimulante para el romance. Igualmente estimulante debió de ser el dinero que estaba haciendo un agujero en los bolsillos de Adele, al menos con respecto al señor Fitz. Era exactamente la clase de tipo que sabe combinar el placer con la ganancia.

—¿Crees, entonces, que la despojó?

—Del corazón y del bolsillo, Oscar. Recuerda que ella siempre

afirmó que era más lista que los hombres en los negocios. Debió considerarse como un genio de las finanzas, teniendo en cuenta sus éxitos con los institutos de belleza. Y su orgullo resultó herido, Oscar. Y la herida fue sangrando durante el resto de su viaje, y más aún cuando se casó con un político estúpido, a quien siempre se sintió superior. Parecía feliz. Pero un hombre había obtenido ya lo mejor de ella. Un hombre se reía de ella. Y de repente se enteró de que su esposo tendría que realizar un viaje político a México.

—Mabie me dijo que había esperado realizar solo el viaje y que su esposa había insistido en acompañarle —corroboró el inspector —. ¿No intentarás decirme que Adele Mabie vino a México con el exclusivo objeto de vengarse de Michael Fitz?

—Verás, Oscar. Adele vino por una razón. Fue por casualidad que aceptó como doncella a una chica que estaba ansiosa de venir a México para reunirse con su prometido. Fue un accidente que Dulcie, cuando fue despedida en Laredo, dejase abandonado un frasco de perfume barato, porque carecía de valor. Pero, Oscar, no fue un accidente ni una casualidad que Adele Mabie tuviese consigo cierta cantidad de ácido prúsico, que había cogido ya en Nueva York con la intención de ofrecérselo a alguien. Cuando llegó el momento de cruzar la frontera, ella llevaba el veneno disimulado dentro del frasco de perfume, que fue el sitio más seguro que pudo encontrar. Todo habría salido a la perfección si el pobre Manuel Robles no hubiese cogido el frasco y lo hubiese olido, con toda seguridad bromeando respecto a la costumbre estúpida de las turistas de llevar perfumes a otro país, donde también pueden comprarlos en gran profusión. Olió, pues, el frasco antes de que Adele pudiese impedírselo… ¡y falleció!

—¡Pero ella también se desmayó! —Protestó el inspector.

—Sí, se desmayó, Oscar. Por miedo de que se descubriese su secreto por aquel estúpido contratiempo. Sabía que estaba en peligro de verse arrestada. Y entonces, el destino decidió intervenir. El doctor mexicano no estaba familiarizado con el característico olor, en parte desvanecido por el aroma del perfume. Y tú saltaste a la conclusión de que algún oculto enemigo pretendía asesinarla… fallando en el intento.

—Eso fue debido al té envenenado cuya taza alguien destruyó de un pistoletazo antes de que yo pudiera analizar el contenido —

asintió el inspector.

—Naturalmente. Aquel té nunca estuvo envenenado, y fue la propia Adele quien rompió la taza. Sólo quería grabar en tu cerebro, y en el de su marido, la idea de que ella se hallaba en peligro. La bala lo hizo todo más real. La sacó de uno de sus cartuchos, que arrojó luego junto con la pistola. Sabía que tú registrarías su equipaje.

—¿Tenía una pistola?

Miss Withers asintió.

—Ella misma me lo dijo. Pero espera. El asunto se embrolló, en beneficio suyo, cuando resultó que la doncella despedida, por una queja auténtica, se encontraba en el tren. Ya había un sospechoso, agravándose la cosa cuando tú viste que Dulcie aceptaba en la plataforma del tren la semana de salario ofrecida por el senador.

Miss Withers se encogió de hombros.

—¡El asunto salió bien, Oscar! Tú estabas ofuscado por la teoría que ella había sabido imprimir en tu mente. Las autoridades mexicanas eran lentas, o lo parecían, y el grupo prosiguió la marcha hacia la Ciudad de México.

—¡Donde fui a dar con mis huesos en la cárcel porque alguien me robó los documentos! —Se quejó el inspector—. ¿Fue Adele quien lo hizo?

—¿Por qué debía importarle a Adele que arrestasen o no a la chica? —Rio *Miss* Withers—. Supongo que fue Julio Méndez, el galante caballero que se había enamorado de Dulcie y quería impedir que la arrestasen, hasta que él pudiese probar su inocencia.

—Entonces, ¿era sólo otro detective por afición? ¡Por eso estaba constantemente en todas partes! ¿Fue por eso que mató a la serpiente?

Miss Withers asintió con seriedad.

—La serpiente fue la prueba más tangible del complot contra Adele. Tenía que redondear la teoría. La compró sabiendo exactamente qué era, y la exhibió donde podía resultar una prueba de valor. No corría el menor riesgo… si Julio no la mataba, otro lo haría.

—Olvidas muchas cosas —le reprochó el inspector—. ¿Qué hay del negocio entre Hansen, Lighton y Fitz?

—Pura coincidencia, Oscar. Aunque no tan grande como te

imaginas. Michael Fitz era muy conocido por su habilidad en tal clase de negocios sucios. Ya llevaba años arrastrándose por aquí. Pero cuando recibió el dinero telegráfico de Lighton y Hansen, el senador, como mudo accionista, se llevó el dinero a una riña de gallos, seguramente con la intención de aumentar los fondos. Perdió, cosa natural. Y tan furioso le puso la pérdida que se llevó a casa al gallo perdedor, lo mató, si ya no lo estaba, e incluso planeó comérselo.

Piper compuso un semblante avinagrado, como si acabase de ver algo repugnante.

—Buen muchacho, ¿eh?

—Un asesinato es un asesinato, Oscar. Fitz purgó todos sus pecados. Pero antes… conoció a Dulcie en el Consulado. La chica sospechó sus intenciones, ya que no es tonta. Sin embargo, se hallaba necesitada de ayuda y creyó que Fitz podría concedérsela. Sabía que Fitz no le demostraría la menor simpatía si le contaba que había venido en busca de su novio, por lo que urdió el cuento de las esmeraldas y el hermano. Y Fitz se lo tragó con cebo, anzuelo y sedal.

—Los hombres confiados siempre se dejan engatusar más fácilmente —sentenció Piper—. Yo nunca me dejaría engañar.

Miss Withers asintió, sin comentarios.

—Creyó la historia tan implícitamente que eligió la esmeralda de la joven como un medio de poner fin a sus problemas financieros. La robó, trató de convertirla en dinero, con el que acallar las exigencias de sus socios…

—Y halló que se trataba de un pedazo de vidrio. ¡Valiente broma!

Miss Withers soltó un bufido.

—La vida le gastó varias bromas a Michael Fitz. Cuando estaba sentado en el tendido de la plaza, preguntándose por qué la joven que le había acompañado había saltado al ruedo yendo en busca de alguien, alguien llegó silenciosamente detrás suyo.

—¿Adele Mabie? ¡Pero, Hildegarde, si Adele estaba con nosotros cuando Fitz murió!

—¿Sí? Escucha, Oscar. ¿Hay alguna autopsia que pueda determinar una muerte con la diferencia de algunos minutos? Adele sabía que su marido, que era un ser sensible, incapaz de soportar

ninguna crueldad, se marcharía poco después de comenzar el espectáculo. Ella estuvo temprano en la plaza, manteniéndose al fondo. Pero reconoció haber visto cómo Dulcie había saltado al ruedo, lo cual había ocurrido bastante antes de la ostensible llegada de Adele a la plaza. Esperó hasta que la emoción se apoderó de los espectadores, indudablemente el momento en que el joven Nicanor fue embestido por el toro, ¡y mató!

—¿Esperas que yo me trague ese cuento?

—Fue así, Oscar. Lo hizo tapada por la sombrilla, con lo cual nadie pudo darse cuenta de su acción.

—¿Esperas que me crea que una mujer como Adele fue capaz de clavar una banderilla más de quince centímetros dentro del cuerpo de un hombre, atravesando la tela de sus ropas, cuando yo mismo fui incapaz de hundirla más de tres en el cuerpo de un cerdo?

—Sí, Oscar. Ya llegaremos a esto. Adele dejó la banderilla en la espalda de su víctima, la cual se inclinó hacia delante, sobre la barandilla. Pero no quería que se descubriese el crimen hasta haber salido ella de la plaza, por lo que tranquilamente dejó su sombrilla sobre los hombros de Fitz, como si éste la estuviese sosteniendo, y se marchó.

—¿Tuvo tanto nervio?

—Sí, Oscar, aún más. Las mujeres son superiores a los hombres en muchos aspectos, y ciertamente también en el asesinato. ¿Qué te dicen los nombres de la Wharton, Cordelia Botkin, Vermilya y su pote de pimienta… y varias docenas más? Adele Mabie esperaba haber convencido ya a todo el mundo de que era ella la víctima destinada de estos crímenes, y que todos saltaríamos a la conclusión de que Fitz haba sido confundido con ella, o que alguien le había herido, fallando en la puntería.

—¡Sigo queriendo saber cómo pudo matar a un hombre con la banderilla! —Se obstinó Oscar Piper.

—No fue así, Oscar.

—Tú has dicho…

—No con la banderilla. La palabra banderilla significa «pequeña bandera» en español. No es un instrumento de muerte, sino de adorno. A lo sumo de castigo. Una forma de insultar al toro, según el carácter latino. En el ruedo, al toro lo matan con una espada muy afilada, y Adele usó el mismo método.

De repente, Piper indicó el respaldo de la silla.

—¿La hoja que hizo este agujero?

—Sí, Oscar.

—¿Era bruja esta mujer? ¿Dónde pudo ocultar un arma de tal tamaño?

—Es una pregunta que me estuve haciendo durante mucho tiempo. Recordarás, Oscar, que cuando Adele llegó a la plaza llevaba un paquete con las compras del día, ¿verdad?

—¿Recordarlo? Todavía me duele el brazo. Pero dentro no había ninguna espada.

—Espera. Cuando salimos de la plaza ella compró un par de banderillas. Un truco muy avispado, para hacernos creer que no había comprado otras a la entrada.

—¡Pero has afirmado que ella no mató a Fitz con ninguna banderilla!

—Escucha. Adele llevaba otra arma consigo, un arma que me engañó y habría engañado a cualquiera. Entreví la verdad mientras estuve viendo coser unos zapatos. El zapatero utilizaba un instrumento para hacer el agujero y luego insertaba la aguja para pasar el hilo.

—¿Quieres decir que la banderilla penetró con tanta facilidad porque la herida la produjo otra arma?

—Exacto, Oscar. Una hoja que entró y fue retirada rápidamente, dejando solamente unas gotas de sangre. Luego, penetró la banderilla a fin de confundirnos a todos, disimulando la verdadera naturaleza de la herida.

—Un punto para mí —dijo Piper—. Sospeché de Julio.

—¡También yo, Oscar! Especialmente después de pensar que la espada podía haber estado escondida en un paraguas o un bastón. Jamás habría obtenido la respuesta de no haber cometido Adele un ligero error. Ocultó el instrumento, y cuando se dio cuenta de que yo lo había echado a faltar de este cuarto, lo devolvió a su sitio, porque no se atrevió a atraer la atención sobre él.

—Bien, ¿qué era? —Preguntó Piper—. ¿O quieres tenerme bailando en la cuerda floja?

—No, Oscar —se apiadó Hildegarde Withers—. Era el arma que Adele Mabie llevaba el domingo por la tarde entre sus compras. Estaba sobre la mesa cuando registramos la habitación esta noche.

Y sigue allí. ¿La ves? —Y la maestra señaló el látigo de caimán.

El inspector lo asió por el mango, y de pronto *Miss* Withers lo giró del otro extremo. Entonces, el inspector observó que sólo estaba sosteniendo en la mano una funda de piel. Era *Miss* Withers la que sostenía una hoja de acero triangular de unos cincuenta centímetros de longitud.

—¡Vaya, esto atravesaría cualquier cosa! —Exclamó el inspector, probando la resistencia de la hoja.

—Sí, Oscar. Y esta noche estuvo a punto de ensartarme en la oscuridad porque Adele temió que yo le formulase a Dulcie una pregunta, la pregunta que sabía de cierto la condenaría. Mi pregunta habría llevado a Dulcie como testigo ante un tribunal, y Adele sería colgada como resultado de sus declaraciones.

—¿Qué pregunta?

—Ésta simplemente: ¿Dónde había arrojado Dulcie el frasco de perfume que admitió haber abandonado? La respuesta, claro está, era que sencillamente se lo había dejado olvidado cuando Adele Mabie la despidió en Laredo.

—Y por eso Adele quería retener constantemente a Dulcie a su lado, por eso no permitió que esta noche saliese con Julio.

—Exacto, Oscar. Claro, la chica era un testigo en potencia. Y sospecho que si mañana se hubiesen embarcado ambas en el buque, una noche Dulcie se habría suicidado saltando por la borda.

—Es posible, Hildegarde. Pero no es suficiente todo esto. Lo has demostrado todo, excepto el motivo por el cual Adele está muerta en lugar de verse entre rejas.

Miss Withers se levantó, atravesó la estancia y volvió a su sitio.

—No lo entenderías, Oscar, pero no podría soportar que una compatriota tuviera que enfrentarse a un pelotón de ejecución en tierra extraña, o pasara su vida entera en la Isla del Diablo en el Pacífico.

—Quieres decir, que a pesar de todo, sentías simpatía…

—Lo decidimos Adele y yo. Mientras tú estuviste fuera, y fuiste tan amable de secundarme en mi petición. Cuando el tintero penetró por la ventana, Adele comprendió que yo estaba al tanto del asunto. Comprendió asimismo que yo había solucionado el truco del tintero y la banderilla, objetos ambos que habían sido arrojados contra mi ventana desde el balcón de encima.

—¡Pero tú me dijiste que se trataba de una excusa para comprobar si el tintero era el mismo que había habido en esta mesa! ¡Me engañaste!

Miss Withers sonrió débilmente.

—Bien, cuando vi que ella ya lo sabía, Adele Mabie tuvo perdido el combate. No fue ya más que una mujer aterrorizada, atrapada en una senda que no tenía ya más que una salida. Lo que hice fue lo decente, Oscar. Tendrás que apoyarme como puedas.

—No querrás decir…

—La encerré en su dormitorio, Oscar. Y antes de cerrar la puerta le entregué un revólver, con un solo cartucho en la recámara —la maestra le desafió con la mirada—. El revólver es el tuyo, Oscar. Ella supo qué podía hacer con aquella bala… y lo hizo.

El inspector se puso de pie lentamente.

—Eres muy graciosa, Hildegarde. Supongo… ¡Bien, te apoyaré aunque De Silva y los suyos pongan el grito en el Cielo! —Extendió una mano—. Dame la llave.

Abrió la puerta del dormitorio y la cerró firmemente detrás suyo. Hubo un momento de silencio, y después la maestra oyó un grito de incredulidad.

—¡Hildegarde!

La maestra estuvo a su lado al instante siguiente, acusándose por la visión que iba a contemplar.

Adele Mabie no yacía en el suelo, como una asesina y suicida declarada, sino que había desaparecido.

Juntos, contemplaron la cerradura destrozada de la puerta del pasillo bajo el impacto de un proyectil del 38.

—¡Y pensar que oí el disparo! —Se reprochó amargamente el inspector.

17

—¡OH, Oscar! —Sollozó *Miss* Withers—. ¿Cómo podía figurármelo?

Pero él ya no la escuchaba. Bajó las escaleras, con la maestra pegada a sus talones, aporreó el mostrador con los puños y despertó al adormilado conserje.

—¿Ha visto salir a una señora? ¿Por dónde se marchó?

El hombre negó con la cabeza.

—No vi a ninguna señora, caballero. Nadie ha salido desde la medianoche —lo cual era más de dos horas antes.

—¿Dormido, eh? ¡Naturalmente, ella se escabulló ante sus narices!

El mexicano sonrió ampliamente.

—Nadie entra o sale después de medianoche sin que yo lo sepa, señor —buscó detrás de su silla y exhibió una llave—. De la puerta —explicó—. Si alguien sale, tiene que despertarme. Si alguien entra, tiene que llamar al timbre y esperar.

El inspector y *Miss* Withers se contemplaron mutuamente.

—¡Entonces se ha escondido en el edificio, Oscar! ¡Rápido, llama a la Policía!

—No hay tiempo, Hildegarde —estaba subiendo ya por la escalera, como si no hubiese corrido en veinte años—. Dulcie, la testigo contra ella —doblaron una esquina—. Adele debe estar loca y puede intentar…

Segundo, tercero, cuarto piso.

Corredor abajo, una esquina, una puerta entreabierta.

—Creo que está allí —indicó Piper.

Ambos se habían detenido, temblorosos, a la escucha. Por algún ignorado motivo ninguno de los dos deseaba indagar más allá de aquella puerta entornada. Y entonces oyeron la voz de Dulcie Prothero.

Se plantaron en el umbral y ante ellos se presentó una visión que jamás podrían ya olvidar.

Allí estaba Dulcie, viva, e ilesa, hablando por teléfono.

—¿Pero no hay nadie en la jefatura que hable inglés?

Y allí estaba Adele Mabie, furiosa, con el cabello echado sobre los ojos como una Medusa, blancos los rojos labios, mostrando unos dientes caninos. Tenía el vestido desgarrado en el hombro, una mejilla amoratada, y en amargo, colérico silencio, se hallaba arrodillada en el suelo, luchando contra la potencia de unas esposas.

El otro extremo de dicho instrumento lo sujetaba Julio Méndez, quien se apoyaba en la cama, restregándose con un pañuelo la sangre que manaba de una pequeña contusión en la frente.

—Hola —les saludó alegremente, plenamente aliviado ante la inesperada presencia.

Piper entró en acción, asiendo a la mujer por los brazos y retorciéndolos hacia atrás. *Miss* Withers se aproximó a Julio.

—¿Grave? —Quiso saber Piper.

—No es nada —dijo Julio—. Cuando cayó al suelo no me di cuenta de que llevaba un pedazo de cristal en la mano… supongo que de algún vaso.

—¡Cuidado, Oscar! —Le avisó la maestra.

Adele había levantado los brazos agarrotados, tratando de golpear al inspector por la nuca con las pesadas esposas. El inspector logró esquivar el golpe, y le pegó a la mujer con el codo en la boca del estómago, enviándola a rodar sobre la cama, jadeando y sollozando. Dulcie continuó tranquilamente hablando por teléfono:

—Mi prisionera, inspector —dijo Julio, con voz débil—. Ya me había fijado en ella, y abajo vi que era ella la única que señalaba a *Miss* Withers caída al suelo. ¡Claro, esperaba encontrarla allí, asesinada!

—Buen trabajo, muchacho —aprobó el inspector. Luego frunció el ceño—. Oye, hablas diferente. ¿Y de dónde sacaste las esposas?

—Sí, Oscar, ya es hora de que lo sepas —intervino Hildegarde Withers—. Éste es el teniente coronel Méndez de la Seguridad Pública. Estuvo representando el papel del *alegre caballero* mientras investigaba este caso, pero después de haber sostenido

ambos una entrevista en la calle, llegamos a un trato, e hicimos ciertos arreglos para la sesión de esta noche.

El inspector se mostró más abatido que nunca.

—Yo… bueno… perdone…

—Verá —se disculpó Julio—, empecé hablando de esta forma y tuve que continuar para mantenerme en carácter —mostró su semblante más grave—. ¿Es la asesina, verdad? —Señaló a la cautiva.

Miss Withers se lo refirió todo.

—De no haber sido por su visita, temo que la pobre Dulcie habría sido la tercera víctima.

—¿Qué? —Dulcie acababa de soltar el teléfono—. ¡Oh, por favor! —Gimió ahora—. Yo arrastré aquí a ese pobre chico… ¡Miren su frente!

Julio enseñó por fin un bulto como una media naranja.

—Esto me lo hice cuando caí en el pasillo, durante la pelea. Todavía no me encuentro recuperado por completo. Por eso esta dama consiguió herirme también con el pedazo de cristal. Dulcie acababa de curarme cuando esa mujer nos visitó.

Por fin, la joven del teléfono había logrado comunicar lo ocurrido y las ruedas de la justicia comenzaron a girar.

—Bien —dijo Julio Méndez—, comprendo sus puntos de vista, *Miss* Withers, pero no los comparto. Es cierto que fui condiscípulo de Manuel Robles, y por eso volé a Villaldama, para ocuparme personalmente del caso. Fui padrino del hijo de Manuel —añadió tristemente—, y por eso me siento feliz de haber atrapado a esta mujer. ¡Y seré feliz si la veo ajusticiada! ¡No, no me importa cuál sea el final de Adele Mabie!

—Pero a mí sí me importa el porvenir de esta chiquilla —*Miss* Withers indicó a Dulcie—. ¿Tienes algún proyecto, mi querida niña?

Dulcie meneó tristemente la cabeza.

—¡Un momento, por favor! —Gritó Julio—. No entiendo muy bien lo que dicen, hablando tan de prisa, pero he de decir que sí tiene un proyecto.

—Oh, sí —asintió ella con dulzura. Y sonrió ampliamente. Era la mejor sonrisa que *Miss* Withers había visto en su semblante desde su nuevo encuentro—. Claro que tengo un proyecto. ¡Iré a Xochimilco a ver los «Jardines Flotantes» a la luz de la luna!

—¡Conmigo! —Añadió Julio—. No lo olvides.

El inspector Piper se volvió a la maestra.

—¿Lo ves? Ese lugar debe estar repleto de encanto. Tendremos que ir allí antes de volver a Nueva York. ¿Está muy lejos?

Miss Withers estaba contemplando a la joven pareja.

—He preguntado si están muy lejos los «Jardines Flotantes».

—A veinte años de distancia, Oscar —fue la contestación de la maestra.



STUART PALMER (Baraboo, Wisconsin, USA, 21 de junio de 1905 - Los Ángeles, California, USA, 4 de febrero de 1968) fue un popular novelista de misterio estadounidense, autor y guionista, conocido especialmente a través de la protagonista de sus novelas: Hildegarde Withers.

Nacido en Baraboo, Wisconsin, era descendiente de algunos de los primeros colonos ingleses, y a lo largo de su vida realizó numerosos trabajos como marinero, recolector de manzanas, taxista y reportero, antes de dedicarse a la ficción literaria. Su primera novela, *El misterio del pingüino* se publicó en 1931 y filmada el año siguiente por RKO Radio Pictures. La actriz de carácter Edna May Oliver interpretó con éxito a la heroína de Palmer, Hildegarde Withers, una maestra solterona aficionada a la deducción detectivesca —una versión americana de la *Miss* Marple de Agatha Christie, aunque mucho más cómica y cáustica—. El modelo de esta inusual investigadora fue una de sus profesoras de secundaria, según admitió el propio autor. En cuanto a la intervención de la actriz Edna Oliver fue una feliz coincidencia, pues su interpretación en el musical de Broadway “Showboat” parece que también influyó en la creación del personaje de Palmer, de modo que tras el éxito de la primera, la artista protagonizó dos películas más basadas en la

misma protagonista de las novelas, pero dejó su colaboración con la RKO en 1935 y las dos actrices que continuaron el personaje no obtuvieron la misma aceptación popular. De todas formas, el triunfo de su primera novela impulsó a Palmer a continuar su labor como escritor, y también a coleccionar imágenes de pingüinos y a diseñar una marca personal con esa ave.

Varias de sus historias se convirtieron también en películas, la mayoría en argumentos de intriga de la llamada serie B, como los tres primeros *Bulldog Drummond* para la Paramount Pictures, *Lobo solitario* para la Columbia y la serie *El halcón* para la RKO. Las novelas de misterio con Hildegarde Withers como protagonista continuaron con *Murder on the Blackboard* (1932), *Murder on Wheels* (1932), *The Puzzle of the Pepper Tree* (1934), *Four Lost Ladies* (1949), y *Cold Poison* (1954). *The People vs. Withers and Malone* (1963) fue una colaboración con Craig Rice en la que se introduce el abogado borrachín J. J. Malone creado por este último como eficaz contrapunto de la acción y finalmente *Hildegarde Withers Makes the Scene* (1969) fue un libro completado por Fletcher Flora, habitual colaborador también de Ellery Queen a la muerte de Palmer y publicada de manera póstuma. Palmer también destacó con historias cortas de *Withers* que se publicaron en revistas de misterio y algunas presentadas de manera antológica en *The Riddles of Hildegarde Withers* (1947).

Notas

[1] En español en el original. *(N. del T.)* <<

[2] El Toreo: nombre de la plaza de toros de México. *(N. del T.)*
<<

[3] En español en el original. *(N. del T.)* <<

[4] Hemingway, el desaparecido escritor norteamericano, era un entusiasta de las corridas de toros, a las que dedicó buena parte de su literatura. *(N. del T.)* < <

[5] Refrán mexicano, equivalente al español: «Quien con niños se acuesta, mojado amanece». *(N. del T.)* <<